

Alice y el Rey de Corazones

OLGA SALAR

Selecta

Alice y el rey de corazones

SERIE
Reyes del juego 1

Olga Salar

Selecta

Con todo mi amor para Aitana, Daniela y Cloe

Nos veremos en los jardines de la memoria y en el palacio de los sueños

El sombrerero Loco

Lewis Carrol Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas

Capítulo 1

Como cada día, Alice fue de las últimas personas en abandonar las oficinas de Empire Creative, una de las agencias de publicidad más importantes de Manhattan, en la que trabajaba como directora creativa. Entró en el ascensor perdida en sus pensamientos y no regresó de su mundo interior hasta que se despidió de la recepcionista y de los vigilantes de seguridad de la planta baja.

Para ella ya había comenzado el fin de semana, ya que era política de empresa que el viernes a la hora de comer se terminara la jornada laboral, lo que era de agradecer dadas las horas extra que todos le echaban a lo largo de la semana. Sobre todo, si había algún proyecto que presentar que no estaba terminado porque el cliente había solicitado cambios de última hora o porque dicho cliente descartaba todas sus propuestas, a pesar de que siempre tenían en la recámara un plan b e incluso un c.

Una vez fuera del edificio paró a un taxi y le dio la dirección del restaurante en el que iba a comer con una de sus mejores amigas. El Wonderland se había convertido en parte de su rutina semanal. Desde hacía seis meses cada viernes a mediodía se reunía allí con

Morgan, una de sus amigas más queridas, comían y charlaban de todo un poco.

Por suerte, y a diferencia de su otra mejor amiga, su hermana Emily, quien era dueña de una librería y tenía un horario fijo que jamás se saltaba. Morgan Jones era diseñadora y dueña de su propia marca y, por tanto, la que marcaba sus tiempos.

Por todo ello cada viernes al mediodía, sin falta, ambas se reservaban un par de horas de sus apretadas agendas para comer juntas y ponerse al día sobre cómo había sido su semana.

Llevaban quedando años, habían probado infinidad de restaurantes hasta que encontraron el Wonderland y decidieron que los especiales del chef bien valían su eterna fidelidad.

De ese modo, se convirtieron en clientas habituales y, tanto el maître como los camareros e incluso el chef, las trataban como tales.

Cuando llegó, Alice notó dos cosas: que Morgan ya estaba esperándola en su mesa habitual y que el Rey de Corazones también estaba allí con una nueva mujer.

No sabían su nombre ni a qué se dedicaba, lo único que conocían de él era que cada viernes a la hora de comer aparecía con una mujer distinta en el sentido literal de la palabra. Cada una de sus citas era diferente a la anterior, estaba claro que no tenía un tipo concreto: rubias, morenas, pelirrojas, altas, bajas, jóvenes, maduras… Lo único que todas tenían en común era lo bien vestidas que iban. Sus ropas hablaban de dinero y estatus, lo que aumentaba su curiosidad.

Cada semana la presencia del Rey de Corazones era una constante y una sorpresa al mismo tiempo. Durante las primeras semanas en las que Alice y Morgan se fijaron en él —difícil no hacerlo dado su atractivo—, se habían reído de la situación e incluso habían hecho apuestas sobre si repetiría invitada o no. Sin embargo,

con el paso de las semanas Alice había comenzado a observarlo más y más interesada, atraída por la incógnita que representaba su modo de actuar.

¿A qué podía dedicarse un hombre que siempre vestía trajes a medida? Moreno, alto y de hombros anchos; con una barbilla partida en dos por un sutil hoyuelo; de cejas espesas y elegantes, labios marcados, bien podría haber sido un modelo o un actor. Sin embargo, no lo era y lo sabía con un ochenta por ciento de certeza porque lo había buscado en los catálogos con los que trabajaban en Empire Creative.

—¡Mierda! —se quejó apartando la mirada con rapidez—. Me ha pillado observándolo.

—¿Y qué? Es natural mirar hacia el salón.

—Me ha saludado con la cabeza, Morgan. Sabe que lo miro habitualmente —aclaró.

—¿O es educado y ha reparado en que somos clientas habituales como él?

—También es posible —concedió poco convencida de que esa fuese la razón.

Como fuera, apartó la mirada de su mesa no queriendo que él la pillara de nuevo, algo que, aunque no se lo hubiera dicho a Morgan, era bastante habitual durante las últimas semanas, si bien era cierto que nunca antes la había saludado.

De cualquier manera, no le atraía la idea de que él pensara que le estaba acechando. Puede que fuera guapo e interesante, pero Alice no salía con jugadores, de hecho, no salía con nadie siendo literal. De una u otra manera, el tipo atractivo que se aprovechaba de ello para ligar a diestra y siniestra era alguien que bajo ningún concepto entraba en su lista de posibles citas.

Miró a Morgan, que la observaba risueña al notar su interés mal

disimulado y, tras contarle algo para lo que tardó unos segundos en seguir el hilo, se autocensuró y se concentró en ella decidida a disfrutar de una deliciosa comida y de una conversación agradable.

Como siempre, se dejaron aconsejar por el camarero, y fue un acierto en toda regla. Desde los entrantes hasta la lasaña de espinacas de setas y trufa, todo estuvo delicioso.

Se preguntó qué habría escogido él, por lo que, por reflejo, miró en su dirección.

—Alice Rosewood, ¿me estás escuchando? —se quejó Morgan, después de que llegara el postre.

—Sí, por supuesto —contestó distraída.

De verdad que había intentado no mirar, pero el que la chica estuviera llorando y que él le pasara un pañuelo para que se limpiara la tenía completamente interesada. ¿La estaba dejando en la primera cita?

—Bien, porque tengo que contarte algo muy importante —siguió Morgan.

Asintió por inercia.

—¿Crees que la está dejando y por eso llora? —preguntó Alice. A pesar de que le había dicho a su mejor amiga que estaba escuchando, lo cierto era que su atención estaba fija en el hombre atractivo y elegante que se sentaba dos mesas más allá de la suya —. Sería la primera vez que lo hace. Nunca repite, pero sus citas parecen estar contentas en su presencia.

El trabajo de Alice consistía en encontrar maneras de vender productos, en el arte de seducir a posibles usuarios y, como buena adicta al trabajo, su mente nunca descansaba. Siempre estaba en funcionamiento, inventando historias para llegar a sus posibles clientes y, como no podía ser de otro modo, su imaginación inquieta había creado infinidad de escenarios para explicar la vida del tipo

atractivo que cambiaba de mujer como de traje de chaqueta. Y lo peor de todo era que ninguna de las vidas que había imaginado para él parecía la correcta: profesor de etiqueta, gigoló, agente de seguros, representante de actrices, fotógrafo…

—Alice, céntrate, por favor. Es importante.

El tono de Morgan la sacó de golpe de sus divagaciones, lo que hizo que fijara su atención en ella, avergonzada de sí misma por haberla ignorado a pesar de que le había asegurado que la estaba escuchando.

—¿Qué sucede?

La vio suspirar cansada y derrotada y el tipo atractivo desapareció por completo de su cerebro.

—Creo que Michael me está engañando.

Se quedó en silencio unos segundos mientras asimilaba lo que acababa de escuchar. Morgan no era una mujer celosa o irracional. Siempre había sido la más sensata de las tres, la que tenía los pies en la tierra, mientras ella era todo sueños fantásticos, y Emily sueños románticos. Si creía que su esposo la engañaba había una muy alta probabilidad de que fuera real.

—¿Por qué lo piensas?

—Está extraño.

Esperó a que se explayara, pero Morgan parecía perdida en sus recuerdos.

—Extraño, ¿en qué sentido?

Suspiró antes de dar más explicaciones y Alice esperó con el corazón en un puño. Si bien Morgan era su mejor amiga, Michael también era importante para ella. Aunque no tenía ninguna duda de a quién iba a apoyar si pasaba lo peor, pero era consciente de que las separaciones eran horribles, no solo para los implicados, sino para todo su entorno.

—No nos hemos acostado en al menos dos meses.

—¿Perdón?

Morgan asintió.

—Y siempre está colgado de su teléfono, al que de repente le ha puesto un código de privacidad para acceder a la aplicación de mensajes.

—De acuerdo —dijo con más calma de la que sentía—, puede no ser nada.

Al ver la ceja arqueada de Morgan, añadió:

—O puede que sí. Lo primero es estar seguras.

—¿Qué debo hacer?

—¿Tú sola? Nada. ¿Juntas? Lo que sea necesario.

Capítulo 2

Cuando llegó el miércoles, Alice estaba convencida de que estaba sufriendo la semana más larga de la historia de la humanidad. Tenía más trabajo del que podía hacer, la preocupación por Morgan estaba a todas horas en su cabeza y su preciosa melena rubia peligraba por las constantes lluvias, ya que la humedad se lo ondulaba, por lo que al tercer día de ondas desordenadas descartó alisárselo y se lo dejó al natural.

La sorpresa fueron los elogios que recibió al llegar a la oficina. Daniel fue el más efusivo de todos y Alice le agradeció internamente por resquebrajar uno de sus complejos de adolescente.

En cualquier caso, se sentía estresada: había proyectos que debía terminar con urgencia, otros que comenzar y, en un par de semanas, había un evento de recaudación de fondos muy importante organizado por una de las marcas con las que trabajaba —concretamente una de bebidas isotónicas para deportistas—, a la que tenía que asistir y para la que no tenía ni vestido, ni zapatos, ni, lo más complicado de conseguir, acompañante.

El problema del vestido era que no tenía un cuerpo acorde con lo

que las marcas promulgaban. Si bien era muy delgada, lo cierto era que tenía mucho pecho y entrar en los vestidos siempre era un problema. Para que le quedara bien de pecho tenía que comprar un vestido dos tallas más grandes, por lo que le quedaba enorme de cintura y de caderas y no lo podía estrenar porque debían arreglárselo para no parecer un fantoche.

Por suerte, su mejor amiga era diseñadora y, aunque no la molestaba habitualmente, porque jamás le permitía pagarle la ropa, la situación actual era una emergencia. Ya encontraría la manera de devolverle el favor.

Decidida a solucionar al menos dos de sus problemas, salió después de avisar a Oscar, su asistente, de que se marchaba a comer y, tras coger un taxi, le dio una dirección en el Garment District, donde Morgan tenía su tienda y su atelier, ubicado este en la parte de atrás de la misma. Con su visita se aseguraba de que su amiga estaba bien y conseguiría el modelo perfecto para la fiesta.

No le había dicho nada de que iba a ir, pero sabía que estaba allí, por lo que, mientras el taxi la llevaba a su destino, sacó el teléfono del bolso y pidió comida suficiente para cuatro personas, consciente de que Alex y Piper también estarían allí, para que les fuera entregada en el atelier directamente.

A pesar de que había tenido y estaba teniendo una semana muy ajetreada, la situación de Morgan la tenía realmente preocupada. Emily no había podido escaparse de la librería, pero Morgan y Alice habían ido de visita y le habían contado sobre las sospechas de la primera.

El problema era que dichas sospechas eran cada vez más amplias. Morgan le había dicho por teléfono el día anterior que el viernes, durante la comida, le contaría las novedades, pero Alice no tenía tanta paciencia como para esperar.

Sabía que su pequeña escapada le iba a costar trasnochar para terminar con parte del trabajo que se había organizado para el día, pero merecía la pena pasar un rato con Morgan y animarla a comerse un sándwich sentada en su escritorio, sin apartar los ojos del ordenador.

Además, necesitaba despejar su mente de cosas serias y la ropa era algo que la ayudaría a hacerlo.

Tal y como había esperado, cuando entró se topó con Piper atendiendo a una clienta. Le hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo y ella le señaló del mismo modo dónde estaba Morgan. Cruzó la tienda y se coló detrás del mostrador para atravesar la puerta que conducía al atelier.

Al entrar se quedó plantada mirando el maravilloso vestido que Alex y Morgan estaban montando sobre un maniquí.

Un vestido con escotazo hasta la cintura y falda tableada en lamé plateado.

—¡Qué maravilla! —exclamó Morgan al verla—. Tenemos modelo para el vestido.

—Es perfecta —aplaudió Alexander con su acento británico y su sonrisa amable.

—Estupendo, porque necesito un vestido para un evento.

—Has venido al lugar correcto —se vanaglorió su amiga—, estoy segura de que podemos cubrir tus necesidades.

—¿Eso significa que me prestas a Alex para que sea mi acompañante? —bromeó.

—Eso es cosa de él.

—Si me interesaran las mujeres tú serías mi primera opción —concedió este entre risas.

—¡Oye! —protestó su jefa.

—Lo siento, Morgan, pero estás casada y eso te excluye de

prácticamente todo lo divertido.

—Aguafiestas —se quejó fingiéndose ofendida.

—Es verdad. Estás fuera del mercado de la diversión —se guaseó Alice—. Y Alex, que sepas que, si tuviera alguna posibilidad contigo, ya te habría tirado la caña. Tengo debilidad por los británicos rubios de ojos azules.

—Di que estás loca por Charlie Hunnam y listo.

—¡Joder! Yo también —secundó Alexander.

—Y a ella también le gusta, el problema es que estás casada y fuera del mercado —bromeó.

—Tú sigue provocando y no habrá vestido para ti —amenazó.

—Sabes que me quieres —se lanzó a abrazar a su amiga, que no pudo aguantar más el ceño fruncido.

—De acuerdo. Vamos a probarte el modelo y, si no nos convence, lo intentaremos con otro hasta que demos con vestido el perfecto para ti.

En ese instante llamaron a la puerta trasera del atelier y Alice recordó que había encargado comida para todos.

—Me parece bien, pero primero comamos, que he hecho un pedido en tu tailandés favorito —anunció mientras se encaminaba a abrir la puerta al repartidor.

—Alex, tienes que acompañarla a la fiesta —anunció Morgan muy seria—, seguro que allí habrá tipos guapos que puede presentarte. No podemos dejar que asista sola, es demasiado guapa para eso y con nuestro diseño estará despampanante.

Alice estalló en carcajadas al tiempo que abría la puerta.

—¡Pelota! —se rio.

—Es lo menos que puedo hacer dadas las circunstancias.

El repartidor la miró con curiosidad mientras ella intentaba mantener el tipo y no reírse a carcajadas de las locuras de su amiga.

***

Casi dos horas después, tras haber comido y haber escogido el vestido perfecto para ella, aprovechando que Morgan la acompañó hasta el taxi que había pedido para regresar al trabajo, le preguntó lo que le preocupaba:

—¿Qué ibas a contarme el viernes?

—Puede esperar.

—No, no puede. Dímelo.

—De acuerdo. El Lunes Michael llegó a casa con una camisa que no era suya.

—¿Perdón?

—Quiero decir que era una camisa nueva que nunca había estado antes en casa. Lo sé porque era de rallas marrones, ¿quién compra una camisa así?

—Puede que se hubiera manchado en la consulta y por eso se cambió. ¿Qué dijo cuando le preguntaste? —inquirió muy seria.

—Nada porque no le pregunté. No quiero que sepa que sospecho, pero cada vez estoy más segura de que me engaña. Estamos a miércoles y desde el viernes que comimos juntas ha tenido que salir tres veces por una emergencia.

—Bueno…

—Es dentista, Alice. No médico de urgencias.

El taxista pitó impaciente y las dos mujeres se despidieron sin poder terminar su conversación, lo que dejó a Alice preocupada. Morgan parecía estar demasiado tranquila ante la situación, lo que significaba que estaba fingiendo y guardándose la preocupación para sí misma.

Nada más subir al coche llamó a su hermana para ponerla al día y pedirle consejo, después de todo, Emily tenía experiencia en esos

temas: no había nadie en el mundo que leyera tanto como ella.

Acababa de bajar del taxi que la había dejado frente a su oficina cuando vio una silueta conocida caminar hacia ella con un maletín en las manos. Por unos segundos centró toda su atención en él, pendiente de sus pasos y de a dónde se dirigía.

Era la primera vez que lo veía fuera del Wonderland y la curiosidad que normalmente sentía por él se multiplicó al verle caminar solo por Manhattan con el mismo estilo elegante y seguro de sí mismo que le caracterizaba.

Se quedó allí plantada sin moverse hasta que lo vio entrar en un edificio cercano al de su propia oficina. Lamentablemente, dicho edificio albergaba demasiados despachos como para adivinar a cuál se dirigía.

Capítulo 3

Desde hacía un tiempo los viernes era el día favorito de la semana de Alice y no precisamente porque con él comenzaba el fin de semana.

Cuando llegó al Wonderland Morgan ya estaba allí, quien no había llegado era su reciente obsesión. No era que se hubiera colgado de alguien sin conocerle, eso era de adolescentes, y Alice ya hacía bastante que había dejado de serlo; lo que le atraía del Rey de Corazones —apodo con el que lo habían bautizado—, además de su aspecto, era el misterio que suponía. Si hubiese logrado averiguar algo de él seguramente lo habría superado con rapidez, pero el hecho de que apareciera cada semana con una mujer nueva y no haber descifrado el motivo por el que lo hacía suponía una incógnita que se moría por desentrañar.

Cuando llegó a su mesa habitual, la expresión de Morgan la puso alerta. Se olvidó de todo y se centró en el intento de sonrisa de su amiga.

—¿Qué sucede?

—Hola a ti también.

—Morgan —le llamó la atención mientras tomaba asiento frente a ella.

Ella suspiró con cansancio y soltó todo lo que le preocupaba.

—Tengo miedo de estar convirtiéndome en una paranoica. Ahora además de verle camisas que yo no le he comprado también huelo un perfume diferente en él. Por no hablar de la cantidad de urgencias que de un tiempo a esta parte atiende.

—Deberías confrontarle directamente.

—No quiero hacerlo por dos razones. La primera, porque si esto es solo una percepción mía podría afectar a nuestro matrimonio; y la segunda, porque si de verdad me está engañando no quiero ponerle sobre aviso con que lo sé.

—Eres mucho más inteligente que yo —apuntó—. No creo que fuera capaz de callarme con tantas dudas.

—Solo intento ser racional.

—¿Y qué vas a hacer? Porque no puedes simplemente dejarlo estar.

Morgan negó con la cabeza con timidez.

—En realidad he pensado que podríamos seguirle cuando vaya a alguna de sus urgencias.

—¿Las dos?

—No puedo hacer esto sin ti.

—No tienes que hacerlo. Es solo que no estoy segura de que pueda controlarme si de verdad te está engañando.

—Vas a tener que hacerlo porque, si me engaña, voy a necesitar pruebas y tú te vas a encargar de las fotografías.

—¿Para qué quieres fotografías?

Se encogió de hombros.

—Estamos casados en gananciales.

—¡Mierda!

—Sí, y puede que sea una mala persona, pero desde que tengo sospechas de que me engaña me siento cada vez más despegada de él. Y lo peor es que me siento culpable porque ni siquiera sé si es cierto. ¿Soy horrible?

—No, estás decepcionada.

—Pero ni siquiera sé si esto es real.

—No, pero sí que es cierto que él ya no te trata como antes. Sigue sin..., ya sabes…

La vio asentir.

—A su favor he de reconocer que yo tampoco he hecho nada por intentar cambiar las cosas.

—Es normal, estás dolida.

—¿Vas a defenderme por todo? Porque no eres imparcial.

—No tengo que serlo. Como mejor amiga tengo derecho a ser parcial. Va con el cargo.

Por primera vez desde que se sentó, Alice vio como Morgan sonreía. Momento que el camarero aprovechó para acercarse a ellas y tomarles nota sobre la bebida. Normalmente, nunca pedían nada de alcohol, pero el día lo ameritaba, por lo que consideraron que una buena botella de vino era perfecta para regar los problemas, imaginarios o reales, todavía no estaba claro, que Morgan había puesto sobre la mesa.

Por otro lado, pensó Alice, hubiera infidelidad de por medio o no, estaba claro que el matrimonio de su amiga no estaba pasando por su mejor momento.

Tras la llegada de la comida y decidir cómo iban a proceder con el problema de Morgan, Alice se relajó lo suficiente como para recordar al hombre que protagonizaba la mayoría de sus pensamientos. Había estado tan absorta en sus planes para descubrir si Michael era o no infiel que ni siquiera se había dado

cuenta de que el Rey de Corazones estaba sentado en su mesa habitual.

La sorpresa fue que no estaba comiendo con una mujer, sino con un hombre, lo que logró que se atragantara con el sorbo de vino que estaba tragando.

—¡Mierda! —protestó sin dejar de mirar en su dirección.

Por instinto, Morgan buscó al tipo con la mirada, sorprendiéndose igual que su amiga al ver que el acompañante de esa semana era un hombre.

—Es muy guapo y viste de maravilla —apuntó Morgan sin disimulo.

Alice asintió y se sirvió lo que quedaba de la botella de vino. Ni siquiera se había dado cuenta de que se la habían terminado hasta ese instante. La conversación había estado tan animada que había centrado toda su atención en ella.

—Lleva los ojos pintados —apuntó Morgan—. ¿Crees que sea algún modelo o quizás un famoso roquero?

—Algunos hombres se maquillan —matizó—, no solo los roqueros.

—No estaba siendo clasista ni despectiva. Solo especulaba sobre a qué se dedica.

—Lo sé. Lo siento, es que es una sorpresa el cambio.

—Este tipo se vuelve cada vez más interesante —apuntó Morgan —, entiendo que estés tan obsesionada con él.

Como si hubiera notado que lo estaban mirando, giró la cabeza y sus miradas se cruzaron durante un segundo. Alice dudó en disimular, pero era ridículo, así que, influida por el alcohol, hizo el mismo gesto de cabeza que él le había hecho la semana anterior y le saludó.

El Rey de Corazones sonrió abiertamente y le devolvió el gesto

antes de regresar su atención a su acompañante.

—No estoy obsesionada —contestó cuando volvió a mirar a Morgan.

—Claro que no, cariño. Solo exageraba.

La miró con suspicacia.

—Me estás dando la razón para apaciguarme.

—Siempre has sido muy lista —rio buscando su mano posada sobre la mesa para darle unas palmaditas de cariño.

—No tiene gracia.

—Pero sí que la tiene si ya os saludáis y todo. En nada estaremos compartiendo mesa con él y sus amigas —dijo aguantándose la risa.

—Eres cruel.

Alice le lanzó una pretendida mirada de molestia y se levantó para ir al baño.

—El vino está haciendo su efecto —bromeó—, ahora vuelvo.

Su amiga dejó de disimular su diversión y asintió con la cabeza.

Movida por su eterna curiosidad, Alice decidió que quería ver de cerca al acompañante de su leve obsesión y decidió encaminarse al baño, pasando por detrás de su mesa; después de todo era el camino más corto.

Trató de ser disimulada y miró sin ser evidente. Una vez dentro del baño se apoyó contra la puerta y suspiró. Definitivamente, el nuevo acompañante era guapo y perfectamente un modelo o, como había dicho Morgan, una estrella del rock. Sea como fuera, le resultaba conocido, aunque no sabía de qué, lo que probablemente le convertía en modelo.

Suspiró sonoramente y se apartó de la puerta para entrar en uno de los cubículos y hacer precisamente lo que la había llevado hasta allí. Unos minutos después salió, se lavó las manos y se miró en el

espejo que tenía delante. Ella tampoco estaba mal, pelo rubio y ojos azules, piel perfecta —si no se tenía en cuenta el puñado de pecas sobre su nariz y los coloretes que le había proporcionada el exceso de vino—.

—No tendrías que haber bebido tanto —se regañó—. Ahora estás colorada.

Se secó las manos con papel y decidió regresar a la mesa. Salió con la cabeza en alto y la espalda recta. Morgan la necesitaba, eso era lo único que debía preocuparla. Dejó el baño con tanto ímpetu que chocó contra algo duro que olía deliciosamente bien. Sin duda un aroma persistente en su nariz.

Alzó la mirada al notar los brazos que la sujetaron para evitar que cayera por inercia tras el golpe, y se encontró con la mirada castaña más sexy que había visto nunca.

—Lo siento —se excusó, sorprendida de que la frase pronunciada tuviera sentido.

El hombre sonrió. Era bastante más alto que ella y sus trajes escondían un cuerpo trabajado, dado que estaba tocando algunos de sus magníficos músculos.

Se dio cuenta demasiado tarde de que seguía en sus brazos y, aun así, pasó más tiempo del políticamente correcto antes de que se separara de él. No iba a disculparse por ello, el Rey de Corazones era el tipo más atractivo que había visto en mucho tiempo y, para rematar, olía de maravilla.

—Gracias por evitar que me cayera —le dijo con una sonrisa—, iba despistada.

Él esbozó una sonrisa y se vio más y más sexy.

—Más bien parecías decidida —replicó él con coquetería.

—Sí, eso también. Soy Alice —se presentó, ofreciéndole la mano.

Si había una ocasión para saber su nombre era esa, y ella no era

de las que perdían su oportunidad por indecisión.

—Jacob —dijo tomando su mano—, encantado de conocerte, Alice, y ten más cuidado la próxima vez que salgas tan decidida de un baño —bromeó—, quizás no esté ahí para sujetarte.

Estuvo tentada de decir algo provocador, pero decidió que lo mejor era no asustarlo. Después de todo era alguien a quien veía habitualmente.

—Gracias por el consejo. Lo tendré en cuenta.

Jacob le sonrió sin dejar de mirarla a los ojos y su corazón se aceleró hasta el punto de que temió que estuviera a punto de darle un ataque. Preocupada porque realmente sucediera, se dio la vuelta y se alejó de camino a su mesa.

Estaba tomando asiento frente a Morgan cuando se dio cuenta de algo importante:

—¡Mierda! No hemos intercambiado apellidos.

—¿Disculpa? —preguntó su amiga confundida.

—¿Tienes algo que hacer ahora? —le preguntó muy seria.

—Nada urgente, ¿por qué?, ¿qué ha pasado?, ¿estás bien?

—Vamos al Sephora. Necesito averiguar qué perfume lleva antes de que se me borre de mi memoria olfativa.

—¿Quién?

—Acabo de chocar con Jacob.

Morgan la miró confundida.

—¿Quién es Jacob?

—El Rey de Corazones.

Morgan asintió lentamente.

—Y sabes su nombre porque...

—Se lo he preguntado.

Morgan seguía con una mirada de preocupación.

—Así sin más. ¿Le has parado y le has preguntado su nombre?

—No, he chocado con él y me ha agarrado para que no me cayera al suelo.

Morgan entrecerró los ojos, suspicaz.

—¿Lo has hecho adrede?

—¿Qué? No, ha sido fortuito.

—¡Seguro! —concedió—. ¿Sabes? Empiezo a preocuparme de que estés más que un poco obsesionada.

Alice se encogió de hombros.

—Es posible, pero se me pasará cuando se acabe el misterio de quién es.

—Si tú lo dices —apuntó Morgan incrédula.

—Lo digo porque es así. Ahora que sé su nombre solo necesito descubrir su apellido y todo lo demás vendrá rodado.

—Francamente, amiga, me das miedo.

Capítulo 4

Después de muchas semanas de trabajo ininterrumpido, Alice tenía realmente libre el fin de semana, o lo había tenido, porque todos sus planes para mimarse se habían ido a pique después de que Morgan la avisara de que Michael había recibido aviso de una urgencia dental.

Así no era como había planeado pasar su sábado por la tarde, pero tenía que cumplir con los planes que ella y Morgan habían orquestado para descubrir si Michael era o no infiel.

Aunque eso supusiera decir adiós a su fin de semana de spa en casa. No obstante, aunque no podía remojarse en la bañera hasta que se le arrugara la piel con sus sales de baño favoritas y una copa de vino, todavía podía darse algún capricho en forma de azúcar, y quizás, si la supuesta urgencia de Michael no se alargaba y llegaba pronto a casa, podía tirarse en el sofá para leer y ver películas románticas que le recordaran que tenía treinta años y seguía soltera. Lo malo de haber vivido gran parte de su vida con una hermana romántica empedernida era que se le hubiera pegado un poco la parte de romántica, jamás la de empedernida.

Como fuera, tenía que mirar al futuro, nunca más literalmente, y vigilar desde su posición, detrás de un coche y con una gorra que le despeinaba el pelo, los movimientos de Michael.

Por suerte, ella y Morgan vivían solo a dos calles la una de la otra, porque si hubiera tenido que coger un taxi para plantarse en casa de su amiga habría llegado tarde. Esta la había llamado cuando su marido se metió en la ducha, lo que las había escamado a ambas, ¿por qué arreglarse tanto para una urgencia?

Intentó ser imparcial y no adelantar acontecimientos.

Esperó agazapada en su escondite unos minutos más antes de que Michael saliera de su edificio y se subiera a un taxi que ya lo estaba esperando.

Estaba tan comprometida con la misión que prácticamente se echó encima del primer taxi libre que vio. Ni siquiera parpadeó por el frenazo a escasos metros de ella. Subió como alma en pena.

—Por favor, siga a ese coche —le pidió al taxista—. Siempre he querido decir eso.

El conductor soltó una carcajada.

—No te preocupes, no le perderé. Siempre he querido formar parte de un seguimiento.

—Gracias.

—¿Qué ha hecho para que casi hagas que te atropelle? —preguntó el taxista.

Era un hombre de unos cincuenta y algunos, con el pelo canoso y una sonrisa amplia. Tenía el tipo de rostro que lo colocaba directamente en la lista de los buenos de Santa.

—Sí, lo siento por eso —se excusó—. Creemos que está engañando a mi amiga.

—¡Oh! Eso es malo.

—Todavía no es seguro.

—Como sea. No es la primera vez que una chica se sube a mi taxi llorando porque su pareja la ha engañado.

—Yo no… —Se calló porque el conductor seguía con su monólogo.

—Lo curioso es que ni una sola vez he recogido a un hombre preocupado por lo mismo, o si lo estaba, nunca lo mencionó.

Lo vio encogerse de hombros.

—Las mujeres también engañan.

—Lo sé, pero supongo que son más listas —apuntó muy serio.

Alice no dijo nada, aunque pensaba que no se trataba de ser más listas sino de que a los hombres se les educaba para que no mostraran sus sentimientos. Puede que la sociedad hubiese cambiado, pero todavía quedaba mucho por hacer.

Siguió pendiente del coche de delante que, efectivamente, se dirigía a la clínica dental de Michael.

El sonido de su móvil hizo que apartara la mirada del parabrisas. Ni siquiera saludó al descolgar:

—Voy detrás de él en un taxi —le contó a Morgan.

—Yo también voy en uno detrás de vosotros.

—¡Bien! Va hacia la clínica. Así que no hay que preocuparse, te avisaré si algo cambia.

—De acuerdo —aceptó colgando la llamada.

Durante los siguientes diez minutos nadie habló en el coche. El tráfico era denso, como siempre en Nueva York, pero el taxista era un buen conductor y en ningún momento perdió de vista a su objetivo. También tuvo el buen tino de detenerse lo bastante cerca para que Alice no perdiera de vista a Michael sin que este se diera cuenta de su presencia cuando llegaron a su destino que era, tal y como había supuesto, la clínica dental.

Esperó en el coche hasta que le vio desparecer por la puerta

principal y después salió, no sin darle antes una generosa propina a su inesperado cómplice.

Esperó sin que la vieran a que llegara Morgan. Mientras tanto, estuvo pendiente de la puerta de la clínica donde nadie entró. Pasaron diez largos minutos antes de que Morgan bajara de un taxi y la buscara con la mirada.

Tras captar su atención, su amiga se acercó a ella.

—¿Entramos? —preguntó.

—Esperemos. Ahora mismo está solo. Ha abierto la puerta y ha entrado, por lo que estoy segura de que no había nadie allí cuando ha llegado.

—Vale.

—No estés nerviosa, puede que no sea nada.

Asintió, pero Alice sabía que sus palabras no la habían apaciguado.

Cinco minutos después apareció otra persona andando por la acera que atrajo la atención de Morgan.

—Esa es su higienista dental —explicó—. No entiendo qué hace una higienista dental en una urgencia. Habría entendido que se presentara la recepcionista, pero ella.

—Quizás no ha podido ir la recepcionista y va a cubrirla.

Morgan la miró con incredulidad, consciente de que ni ella misma se creía lo que decía.

—De acuerdo —propuso Alice—, vamos a esperar unos minutos a ver quién es la urgencia y después de eso actuamos. Podemos entrar como si nada o puedo fingir que me duele una muela y que me has acompañado.

—No creo que…

—Tengo una urgencia y nadie mejor que el marido de mi amiga para atenderme.

—Odio esperar.

—Lo sé —concedió Alice pasándole el brazo por los hombros.

Los diez minutos iniciales se convirtieron en quince porque ninguna de las dos quería dar el siguiente paso. Sabían que si entraban ya no habría suposiciones y que la realidad se impondría.

—Vamos —pidió Morgan.

Alice asintió y la siguió en silencio. Al llegar a la puerta, notaron que estaba cerrada con llave. Por suerte, Morgan tenía una copia, por lo que abrió lo más silenciosamente que pudo y entraron en la clínica, donde sonaba una suave música de fondo.

Siguieron por el pasillo de camino al despacho de Michael, pero no llegaron muy lejos porque los sonidos que salían de una de las salas de atención las alertaron de lo que sucedía.

Morgan se quedó en la puerta sin saber qué hacer, de modo que fue Alice quien abrió de golpe y atrapó a los de dentro gritando:

—¡Sorpresa!

Capítulo 5

Alice había pasado un par de semanas complicadas. Que el trabajo fuera estresante era algo habitual, pero a ello se le habían añadido los problemas de Morgan que, como buena amiga, había hecho suyos.

Después de que ambas pillaran a Michael con su higienista dental en la consulta, en lugar de asumir la culpa y dejar a su esposa en paz, este había decidido que no quería divorciarse y, no solo eso, sino que le exigía a esta que le perdonara y pasaran página.

El único respiro que tenía Morgan era que se había mudado a un apartamento en el mismo edificio en el que vivía Alice, porque Michael se había negado a abandonar el hasta el momento hogar conyugal.

Incluso Emily se había escapado un par de horas de su reino literario para ayudar con la mudanza y tratar de animarla.

Por suerte, esa noche Alice iba a poder desconectar de todo porque se encontraba en uno de los hoteles más exclusivos de Manhattan en la fiesta más importante del año.

Había famosos de casi todos los ámbitos a cada paso que daba. Desde deportistas —evidente dado que la fiesta la daba una conocida marca de bebidas isotónicas— hasta influencers, nepo babies, actores, músicos…

Morgan había acertado al escogerle el vestido, estaba deslumbrante y, aunque no había asistido con pareja —Alex se había ofrecido, pero a Alice sabía que esa misma noche tenía una cita con un chico que había conocido recientemente—, no estaba del todo aislada ya que, por su trabajo en la agencia, conocía a muchos de los asistentes a la fiesta.

Estaba planteándose dirigirse a la barra a por una bebida cuando su jefe, el director de la sucursal de Nueva York, se detuvo a su lado. Iba acompañado de su asistente y Alice no sabría decir cuál de los dos era más atractivo.

Donde Phil era moreno, alto, de hombros anchos y profundos ojos verdes, Daniel era castaño, con los ojos color caramelo y tan alto como él, aunque era mucho menos corpulento que su jefe.

Los dos iban impecablemente vestidos.

—Buenas noches, Alice —saludó—. ¿Has venido sola?

—Buenas noches, Phil. Tú también estás muy guapo. Gracias.

Escuchó a Daniel reírse de su interacción.

—Estás preciosa, Alice —la halagó este.

—Gracias, Dan. Tú también estás impresionante.

—¿Ves? —le preguntó Daniel a su jefe—, así es como se saluda a una dama.

Phil bufó, molesto.

—Alice no es una mujer cualquiera, es nuestra compañera.

—En realidad soy tu subordinada, pero me vale con compañera, jefe.

Daniel rio sin esconderse. Alice se había preguntado en más de

una ocasión el tipo de relación que tenían ambos porque Phil no era de los que toleraban que nadie le llamara la atención por nada, y, sin embargo, Daniel lo hacía constantemente sin despeinarse o asustarse por sus gritos.

—Como sea. ¿Has venido sola?

—¿Por qué estás tan insistente con el tema?

Phil le lanzó una mirada fulminante porque todavía no le había contestado y fue Daniel quien se apiadó de él.

—Quiere presentarte a alguien —explicó.

—¿A un hombre? —inquirió sorprendida.

—No, a un koala —protestó molesto—. Pues claro que a un hombre.

—Lo siento, Phil, es que es raro que quieras presentarme a alguien, a no ser que sea por trabajo. ¿Quieres que encandile a alguien para que nos pida una campaña?

—¡Por Dios! ¿Qué clase de persona crees que soy?

—No dramatices, no me refería a nada sórdido.

—¡Bien! —concedió, todavía esperando a que respondiera a su pregunta.

—Alice, díselo ya antes de que le dé algo y me pierda la fiesta por tener que salir corriendo al hospital —pidió Daniel, burlándose del mal humor de Phil.

—Sí, he venido sola —confesó, finalmente—. ¿Es guapo?

—¿Quién?

—El tipo que me vas a presentar.

—Es guapo —se adelantó Daniel—. Mucho.

Phil no dijo nada, pero era evidente que estaba molesto por algo. Lo que Alice no podía asegurar era que lo estuviera por las palabras de su asistente o por cómo había ido la conversación hasta el momento.

—De acuerdo —se cuadró de hombros—. Dadme cinco minutos que vaya al baño a retocarme el pintalabios y me lo presentas.

—Pero si estás bien.

—Y cuando vuelva estaré mejor —dijo con firmeza y, antes de que pudiera protestar, se alejó de ellos para ir al aseo y asegurarse de que todo estuviera como debía estar.

El cuarto de baño estaba a la altura del resto del hotel: mármol por todas partes, grifería dorada, espejos impecables y jabones Diptyque.

Se alegró de que no estuviera muy concurrido, por lo que pudo retocarse el maquillaje y acomodarse el vestido con cierta intimidad. Cuando estuvo segura de que estaba perfecta salió y se dio de bruces contra alguien. La mala suerte hizo que le resbalara un tacón y a punto estuvo de caer, no lo hizo porque alguien la sujetó y la estabilizó contra su cuerpo.

Se le aceleró el corazón cuando un aroma conocido inundó sus fosas nasales. Cuando su cerebro se puso en marcha levantó a toda prisa la cabeza para toparse con que Jacob sin apellido había vuelto a salvarla.

Él la estaba mirando con una sonrisa divertida en los labios. Había vuelto a verlo en el Wonderland, pero en ningún momento se dio la situación como para que pudieran hablar, a pesar de que ella estuvo atenta por si él se levantaba de la mesa. Cosa que no hizo.

—Supongo que me he convertido en tu salvador otra vez —bromeó.

Ella trató de enderezarse, pero el tobillo le dio un latigazo.

—Gracias por evitar que me cayera, otra vez —dijo con los dientes apretados por el dolor—, pero esta vez no me has salvado del todo porque me duele el tobillo.

Jacob la miró con preocupación, sin soltarla.

—Dime que no hay nadie en el baño de damas.

—¿Por qué?, ¿quieres entrar?

—Es eso o que tú entres en el de caballeros —explicó muy serio —, porque necesito revisar que no te hayas hecho un esguince.

—¿Eres médico?

—No —dijo con una sonrisa—, pero jugaba al futbol en el instituto y en la universidad y sé algo de lesiones.

—No hay nadie.

—¡Bien! Vamos.

Se puso a su lado y la asió por la cintura, de manera que prácticamente cargaba con todo su peso.

Una vez en el baño la hizo sentarse en el sofá redondo que había en el centro y, tras pedirle permiso para tocarla, se agachó frente a ella para palpar el tobillo.

—Tengo una buena noticia y una mala. ¿Cuál quieres primero?

—¿La buena?

—¿Me estás preguntando? —inquirió con diversión en la voz.

—No, la buena.

—La buena es que no te has hecho un esguince; la mala es que se te va a inflamar bastante si no le pones hielo, y te va a doler por unos días.

—Estupendo. Podría ser peor.

Jacob sonrió y a Alice se le olvidó por unos instantes que le dolía.

—¿Has venido acompañada?

Tras la pregunta fue ella sonrió.

—¿Por qué?, ¿tú también quieres presentarme a alguien?

—¿También? ¿Quién quiere presentarte a gente?

—Mi jefe. Y no, he venido sola.

—De acuerdo. En ese caso deja que te acompañe hasta el

vestíbulo donde podrás sentarte y mientras te pediré un taxi para que te lleve a casa.

—No tienes que molestarte.

—No es molestia. Después de todo es mi culpa por no haberte salvado como debía —bromeó.

Ella sonrió y asintió.

Volvió a ponerse de pie y a agarrase a él y, más despacio de lo que parecía posible, comenzaron a andar juntos hacia el vestíbulo. El dolor se estaba intensificando, pero se negaba a quejarse delante de él.

No le hubiese molestado ir despacio si no le doliera tanto. Estar abrazada a él era increíble: olía bien y tenía algunos de sus músculos pegados a su cuerpo, lo que era lo más cerca que había estado de un hombre en muchos meses.

No tuvieron que cruzar el salón de la fiesta para llegar al hall, habría sido interesante que algunos colegas y clientes la vieran agarrada a Jacob como si le fuera la vida en ello.

Una vez que la ayudó a sentarse donde estaban los cómodos sofás para leer, Jacob se acercó a la recepción para que le pidieran un taxi. Regresó inmediatamente después con un vaso de agua y un analgésico.

—Gracias por el rescate.

—Siento que haya sido a medias. La próxima vez lo haré mejor —bromeó mientras le tendía lo que había traído—. Tómatelo, te quitara el dolor.

—Gracias, y espero que no haya próxima vez. Y lo digo en serio, gracias.

Se tragó la pastilla con todo el vaso de agua. Él se lo cogió y lo dejó encima de una de las mesas bajas en las que se encontraba la prensa del día.

—De nada —respondió, por fin.

—Puedes volver a la fiesta. Creo que puedo llegar al taxi si salto a la pata coja —lo dijo como una broma, pero lo cierto era que iba a tener que quitarse el otro tacón y saltar hasta el coche.

—No creo que sea buena idea que te pongas a saltar si no estoy cerca —le siguió el juego—; después de todo, soy tu rescatador de cabecera.

No protestó porque en ese momento un taxi se detuvo frente a la puerta del hotel y el portero entró para avisarles.

Tres minutos después estaba sentada en el coche recibiendo las indicaciones de Jacob sobre lo que tenía que hacer con su tobillo cuando llegara a casa.

—Gracias por todo —dijo Alice con sinceridad.

—De nada. Nos vemos el próximo viernes —se despidió, cerrando la puerta caballerosamente.

Alice no perdió el tiempo. El taxista todavía no había arrancado el coche cuando ya estaba sacando su teléfono del bolso para hacer dos llamadas, la primera a su jefe, para decirle que se iba, y la segunda a su hermana. Necesitaba contarle que acababa de convertirse en la heroína romántica rescatada por el libertino.

Capítulo 6

A Alice la semana se le hizo eterna. En cuanto se subió al taxi, tras su accidente en la fiesta, llamó a Phil para avisarle de que se había hecho daño en el pie y se iba a casa, lo que había resultado en que su jefe le exigiera que se fuera a urgencias y que se tomara un par de días libres para recuperarse.

Al final lo que había hecho era trabajar desde casa mientras mantenía el pie en alto. El miércoles ya estaba perfectamente, aun así, se decidió por los mocasines en lugar de los tacones y retomó su trabajo en la agencia.

El trabajo en la oficina seguía siendo frenético, con plazos de entrega pendientes y los equipos dando el mil por mil, por lo que, cuando se dio cuenta, ya era viernes y el momento de comer con Morgan y de ver a Jacob.

Había tratado por todos los medios de no pensar en él, sí era guapísimo y encantador, pero estaba claro que no tenía ninguna posibilidad con él. En ninguno de sus encuentros fortuitos se había mostrado interesado. Había sido educado y servicial, pero nada que le diera a entender que tenía algún interés en ella.

De hecho, Alice hasta dudaba que recordara su nombre, pues no la había llamado por él en ningún momento mientras la ayudó tras su traspiés.

—Se acabó —anunció en voz alta para sí misma, dado que estaba sola, o eso creía porque la voz de Daniel la sobresaltó.

—¿Qué se ha acabado?

—Me has asustado —se quejó.

—Bueno, llevas media hora removiendo el café y pensando en vaya usted a saber qué, porque te aseguro que te he saludado al entrar y ni te has enterado.

—Sí, supongo.

—¿Va todo bien?

Alice notó la preocupación en su voz.

—Sí, no es nada importante.

—De acuerdo —concedió, aunque no parecía muy convencido—. ¿Sabes?, creo que necesitas salir más.

Alice se carcajeó de buena gana.

—Es posible.

—Perfecto, porque el sábado he quedado con unos amigos para ir a Aether. Vente, y trae a tus amigas también.

—¿Sabes qué? Creo que sí que voy a ir.

—Perfecto. Te mandaré un mensaje esta noche con los detalles.

—Dan, una cosa. ¿También has invitado a Phil?

Lo vio reírse de buena gana mientras salía de la cocina con su propia taza de café, no obstante, no le dio la respuesta que esperaba.

Alice pensó que era una buena idea cambiar de aires y probar con el club más de moda de Manhattan, situado en Hudson Yards. Y no había duda de que Morgan necesitaba lo mismo.

***

Cuando llegó al Wonderland Morgan ya estaba en su mesa, al igual que Jacob. Trató de no mirar en su dirección y se sentó frente a su amiga. Antes de que esta dijera nada le contó sobre la idea de salir con Daniel y sus amigos.

—Me parece bien —aceptó—. Creo que necesito emborracharme y olvidarme de todo por una noche.

—No creo que la resaca del día siguiente merezca la pena.

—Estoy de acuerdo contigo —apuntó una voz a su lado.

Se dio la vuelta para toparse con Jacob, que había dejado a su acompañante sentada en la mesa para acercarse a ella.

—Las grandes mentes piensan igual —dijo, negándose a dejar que le afectara el hecho de que había ido a buscarla.

—Y vuelvo a estar de acuerdo. —Sonrió—. ¿Cómo está tu tobillo?

—Mejor, muchas gracias por tu ayuda.

Él le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Me alegra que estés mejor. He estado preocupado por tu tobillo. Te dije que no había ningún esguince, pero no tengo ninguna autoridad para hacerlo.

—No te preocupes, fui a urgencias y tenías razón, fue el golpe en el tendón lo que produjo la inflamación.

Asintió y miró a Morgan.

—Lo siento, os he interrumpido.

—Para nada —respondió Morgan—, de hecho, te agradezco que la ayudaras.

—Soy Jacob —dijo, ofreciéndole la mano.

—Morgan, la mejor amiga de Alice.

Él asintió con una sonrisa perfecta.

—Bueno, os dejo para que comais tranquilas. Solo quería

asegurarme de que estabas bien. Ni siquiera pensé en preguntarte tu número de teléfono para asegurarme de que llegabas bien a casa.

—Llegué bien. Gracias por preocuparte.

Un nuevo asentimiento y se retiró otra vez a su mesa, donde su acompañante lo esperaba.

Fue entonces cuando Alice se permitió mirar en esa dirección y se quedó de piedra al ver que dicha acompañante era Sloane Sterling, la modelo internacional recientemente en pleno auge de su popularidad por su sonado divorcio del futbolista de la NFL Caden West. Durante años habían sido la pareja perfecta, de ahí que su divorcio generara tanto interés en el público.

—¿Has visto con quién está? —inquirió Morgan, completamente fascinada.

—Sí.

—Si tuviera más valor me acercaría y le pediría el teléfono de su abogado —comentó—. Se ha embolsado una buena suma tras su divorcio, cuando todo apuntaba a que se iría con las manos vacías.

—No cuentes conmigo. Por nada del mundo me acercaría a esa mesa.

—No me extraña que estés tan obsesionada con él. El tipo es… impresionante en todos los sentidos.

—Lo sé.

—¡Vaya! No has negado lo de la obsesión.

Alice se encogió de hombros.

—Debería superarlo. Nunca sabremos a qué se dedica, y parece que tampoco quiere que lo hagamos porque se ha presentado con su nombre, nada de apellido.

—Quizás sea publicista como tú. Estaba en la fiesta.

—No creo. Además, que estuviera en la fiesta no es un factor determinante. Había gente de todos los ámbitos de la sociedad.

—¿Por qué no preguntas por ahí? Seguro que alguien de tu agencia sabe quién es.

—Al único al que le puedo preguntar es a Dan.

Morgan la miró fijamente, esperando a que ella misma cayera en la cuenta.

—Pues hazlo. Como asistente de tu jefe es la mejor fuente de información que vas a encontrar.

Alice arrugó el ceño.

—No creo que merezca la pena. No está interesado. Si lo estuviera me habría pedido el número de teléfono o se habría ofrecido a acompañarme a casa, no a limitarse a meterme en un taxi y desaparecer.

—Creía que solo te interesaba descubrir el misterio de su trabajo.

Alice la fulminó con la mirada. La conocía demasiado bien como para que sus palabras fueran ciertas.

—No te jactes, que estoy deprimida.

—Únete al club.

—¿Eso significa que mañana vamos a salir con Dan y sus amigos?

—Por supuesto —estuvo de acuerdo Morgan—. ¿Emily se une a nosotras?

—No, está en un fin de semana de esos raros en los que un grupo de gente se une para hablar de una autora y se visten como los personajes y esas cosas.

—No es raro, es bonito.

—Si tú lo dices.

—¿Qué autora es?, ¿Jane Austen?

—No, esa fue hace un par de meses. Creo que es Eleanor Vane.

—No lo digas así —la regañó—, te encantan sus libros.

Alice agachó la cabeza con resignación.

—Lo sé. Me hubiese encantado apuntarme al evento, pero no quedaban plazas.

Morgan se echó a reír tanto y tan fuerte que Jacob se quedó mirándolas con curiosidad.

—Culpo a mi hermana de ser fan de autores de romántica en lugar actores de cine, aunque uno de mis favoritos parezca uno de ellos.

—¿Quién?

—Kingston Ellsworth. Es guapísimo y escribe de maravilla.

—Eso no puedo perdérmelo —decidió Morgan mientras sacaba su teléfono y buscaba al autor—. Definitivamente, podría ser un actor de Hollywood. Es guapísimo.

Alice asintió.

—Pero tiene un fallo.

—¿Cuál? Porque yo lo veo perfecto.

—Según Emily, es un ególatra de campeonato.

—Bueno, es guapísimo, puede permitírselo.

—Supongo, aunque a mí me gusta por su cerebro, no por su físico.

Morgan la miró asombrada unos segundos antes de reírse tanto y tan fuerte que se agarró el estómago como si doliera.

Alice no miró en dirección a Jacob por si acaso él las estaba mirando, dado el escándalo que estaba montando su amiga.

Capítulo 7

Hacía mucho tiempo que Alice no salía de verdad, por lo que se había arreglado con esmero para la ocasión. Dejó su melena rubia suelta y se puso un bonito vestido negro, ceñido y corto. También había probado a pintarse los labios rojos, pero era demasiado llamativo para que se sintiera cómoda, por lo que se había decidido por un rosa mucho más sutil que le daba un aspecto jugoso a su boca.

Habían quedado con Daniel y sus amigos en la entrada del club. Cuando llegaron ella y Morgan, se realizaron las presentaciones y, contra todo lo que Alice hubiese esperado, Daniel las condujo por fuera de la interminable cola para entrar directamente a las puertas del club, donde les abrieron la cinta para que pasaran. Las sorpresas no quedaron en eso porque incluso fueron conducidos a la zona VIP, donde las paredes eran de cristal, por las que podías ver sin ser visto por los del otro lado.

El club era realmente impresionante, de materiales como el cristal y el aluminio. Tenía un toque etéreo, como su nombre indicaba, y a la vez futurista.

—¿A quién le has vendido tu alma para estar aquí? —bromeó Alice.

—A nadie. Mi padre es uno de los inversores —explicó Daniel sin darle demasiada importancia—. Tengo paso directo.

—¿Eres millonario y trabajas como asistente de Phil? ¡¿Estás loco?!

—Mi padre es el millonario, y yo trabajo en la mejor agencia de publicidad del país.

—Visto así... —admitió con sorna.

Daniel sonrió y el tema quedó aparcado.

Tomaron asiento en uno de los reservados e inmediatamente después aparecieron dos camareros, uno con un par de botellas en la mano y el otro con vasos.

Morgan entabló conversación con una de las amigas de Daniel. La música sonaba de fondo, pero en la zona VIP era lo suficientemente alta como para que la gente pudiera bailar, pero no tanto como para no poder mantener una conversación medio normal.

Tras media hora sentada decidió que necesitaba una botella de agua. El alcohol que había en la mesa era demasiado fuerte para ella, que no solía beber más allá de una copa de vino en momentos puntuales.

Con esa idea en mente se levantó de los sillones y salió de la zona de reservados para ir a la barra, todo ello sin salir de la zona VIP.

Se quedó parada de golpe cuando vio a Phil apoyado en una parte de dicha barra, no obstante, fue su compañía la que hizo que se alejara hasta la otra punta.

—Al final sí que has invitado a Phil —le recriminó a Daniel cuando este se paró a su lado.

—No lo he hecho.

—Está en la barra.

Daniel se encogió de hombros.

—Pero no porque le haya invitado yo. Este es el club más de moda, es normal que venga gente.

—¿Sabes con quién está?

—¿Jacob? —aventuró. Ella asintió—. Es un compañero de la facultad. Que Phil no te vea o te lo presentará.

—¿Perdón?

—Él es el tipo que quería presentarte el día de la fiesta.

—¿Por qué?

—No lo sé —admitió Daniel—. El cerebro de Phil trabaja a una frecuencia que no acabo de entender. —Se encogió de hombros—. El tipo es guapo, no hay pérdida.

—Y un casanova.

—¿Lo conoces?

—No mucho, pero siempre está con mujeres.

—Yo tampoco lo conozco, mucho así que no puedo opinar.

Alice no pudo indagar más porque la amiga de Daniel que había estado hablando con Morgan desde que llegaron se acercó a ellos, sonriente.

A la diseñadora le había caído bien al instante, mientras que Alice apenas había podido tolerar su verborrea hemorrágica.

La chica volvió a monopolizar la conversación mientras ella se abstraía en sus pensamientos. Había sido una sorpresa que Phil conociera a Jacob, pero, sobre todo, que hubiese querido presentárselo; a no ser que se debiera a un tema laboral, lo que en ese caso tendría sentido dado su cargo en la agencia.

El problema de base era que Alice no tenía ni idea de a qué se dedicaba Jacob, por lo que no podía más que especular sobre los

motivos de su jefe.

—¿Qué quieres pedir? —la sacó Daniel de sus pensamientos.

—Una botella de agua, por favor.

Cinco minutos después volvían a estar sentados en el reservado, pero los pensamientos de ella volvían una y otra vez al hecho de que Jacob estuviera allí con Phil.

Indecisa, se inclinó hacía Daniel, que estaba sentado a su lado, y le preguntó:

—¿Deberíamos ir a saludar a Phil?

—¿Quieres hacerlo?

—¿Y tú?

Daniel sonrió y, en lugar de responder, se puso de pie y le tendió la mano para ayudarla a hacer lo mismo.

—Ahora volvemos —anunció al resto mientras salían cogidos de la mano.

Se acercaron hasta donde estaban los otros, sin soltarse, y a Alice no se le escapó la expresión de asombro y de ¿molestia? en la mirada de su jefe al verlos aparecer juntos.

—Buenas noches —saludó Daniel—. Os hemos visto desde el otro lado de la barra y nos ha parecido grosero pasar de largo.

—¿Habéis venido juntos? —inquirió Phil, muy serio.

—Sí —fue la escueta respuesta de su asistente.

—Hemos venido en grupo —aclaró ella.

Tenía la sensación de encontrarse en medio de algo que desconocía. Fue Jacob quien acabó con la incomodidad del momento.

—¿Cómo está tu tobillo? —le preguntó, sorprendiendo a los otros dos hombres.

—Ya está perfecto. Gracias.

Phil miró a su amigo perplejo.

—¿La conoces?

—Soy su rescatista personal —bromeó—, por supuesto que la conozco.

Phil abrió la boca como si fuera a decir algo más, pero se censuró a sí mismo y no volvió a hablar.

—Estamos en un reservado, ¿por qué no os unís a nosotros? —ofreció Daniel—. Es mucho más cómodo que estar aquí apoyado en la barra.

—Yo voy a marcharme ya —respondió Jacob sin dejar de sonreír —, pero estoy seguro de que a Phil le encantará unirse a vosotros.

—Por supuesto —concedió este—. Me despido de él y os busco.

Daniel volvió a cogerle la mano y a llevársela de vuelta a donde estaban sus amigos. No hizo ningún comentario ni le preguntó nada y ella se lo agradeció internamente.

Una vez con el resto se sentó y no participó de las conversaciones que bullían a su alrededor. Se sentía tonta y eso no era algo a lo que estuviera acostumbrada. Normalmente era la más inteligente de la sala, no solo a nivel intelectual, sino principalmente a nivel emocional.

Solía ser capaz de adivinar qué pensaban o sentían las personas que la rodeaban y era gracias a esa sensibilidad por lo que era tan buena en su trabajo: sabía lo que el cliente quería, aunque a este le costara explicarlo.

De ese mismo modo inexplicable era consciente de que Jacob había recurrido a una burda excusa para no estar en el mismo espacio que ella. El motivo lo desconocía, pero no por ello era menos molesto y humillante.

Cuando Phil apareció frente a ella estuvo tentada de preguntarle al respecto, pero su sentido común actuó por encima de sus ansias de saber. Jacob había sido demasiado evidente como para que tanto

Phil como Daniel se dieran cuenta de que ella era el motivo por el que no quería unirse al grupo.

De modo que no dijo nada, no le preguntó por qué quería presentárselo y se forzó a no pensar en nada que lo involucrara.

No se trataba de dramatismos, sino de autoprotección.

Capítulo 8

Eran poco más de las nueve cuando Alice salió del edificio del nuevo cliente de la agencia acompañada por su asistente.

Dicho cliente se había empeñado que en que la directora creativa fuera a su fábrica para que viera de primera mano cómo se hacían sus productos y después la había arrastrado hasta sus oficinas para que pudiera hablar con los trabajadores para que estos le corroboraran lo buen empresario que era y lo mucho que se preocupaba por ellos.

No era la primera vez que visitaba una empresa, aunque normalmente lo hacía acompañada por el equipo que iba a realizar la campaña, el problema era que el cliente había exigido que fuera ella y, como mucho, su asistente los que acudieran a la visita para no alterar el perfecto funcionamiento de su empresa.

Alice no se perturbó, estaba acostumbrada a tratar con clientes complicados, y este no era ni de lejos el peor con el que se había visto envuelta.

Al menos se iban con información importante, ya que Oscar se había encargado de tomar fotos y vídeos que después compartiría

con los responsables de crear la campaña.

No era que Alice no participara en ellas, lo hacía, pero intervenía una vez terminadas y antes de que le fueran presentadas al cliente. Era el último filtro por el que pasaban antes de que se mostraran formalmente.

Había ocasiones en las que solo tenía que aprobarlas y otras en las que hacía sugerencias de cambios o daba ideas nuevas más acordes con el producto que deseaban vender. Como fuera, ella siempre estaba presente.

Gestionaba como directora creativa todas y cada una de las campañas que se realizaban en la agencia y colaboraba directamente con todos los equipos que la formaban.

Contenta de haber terminado la visita, ella y Oscar decidieron que iba a ser más fácil conseguir un taxi desde una de las avenidas principales, por lo que caminaron unos minutos mientras charlaban sobre sus impresiones. Lo ideal hubiese sido que la empresa que les había invitado les pusiera un coche, pero el cliente era demasiado exigente y cero detallista.

Por suerte, no tardaron en ver un taxi. Oscar le hizo el universal gesto con la mano para que se detuviera, pero este, en lugar de hacerlo frente a ellos, lo hizo un poco por detrás. Se dieron la vuelta, convencidos de que se había detenido por su llamada, pero se encontraron con que lo había hecho a pedido de otra persona. No habría sucedido nada fuera de lo normal si el otro tipo no hubiese resultado ser Jacob sin apellido, antes conocido como el Rey de Corazones.

Alice se puso tensa en cuanto se dio cuenta de quién era. No tenía previsto hacer ningún movimiento, pero Oscar tenía otros pensamientos y se adelantó para hablar con él.

Ni siquiera tuvo tiempo de decirle que lo dejara correr cuando su

asistente ya estaba dirigiéndose a Jacob.

—Oscar, déjalo —pidió sin moverse de donde estaba—. Esperaremos al siguiente.

Su comentario atrajo la atención de Jacob, quien le sonrió con amabilidad.

—Alice, qué sorpresa.

Ante el saludo, se vio obligada a avanzar.

—Sí, Nueva York es un pañuelo.

Él sonrió.

—¿Queríais mi taxi?

—En realidad es nuestro taxi —intervino Oscar—, le hemos hecho el alto, pero ha parado más atrás y entonces has llegado tú.

—Porque lo he parado yo —respondió Jacob sin perder la compostura, pero marcando su terreno.

—Mi jefa no puede estar de pie mucho tiempo —siguió Oscar—, hace poco se lastimó el tobillo.

—¡Cierto! Podemos compartirlo. Voy yo solo y vosotros cabéis perfectamente —ofreció amablemente—. Si no tuviera tanta prisa os lo cedería directamente, pero he de estar en un lugar en media hora y, si no me pongo ya en marcha, llegaré tarde.

Oscar ya estaba a punto de abrir la puerta para entrar en el vehículo cuando las palabras de Alice le detuvieron en seco.

—Gracias, pero no será necesario. Nosotros no tenemos prisa. Esperaremos al siguiente.

Jacob pareció sorprendido por la negativa, pero se recuperó rápidamente y recompuso su gesto.

—¿Estás segura?

Asintió muy seria.

—Lo estoy, pero gracias por la oferta.

—Soy tu rescatista, es mi deber —bromeó, pero ella sonrió

forzada y no dijo nada.

Jacob se despidió con un gesto de la cabeza y entró en el coche, alejándose de ellos.

—Ese tipo es un idiota —soltó Oscar, sorprendiéndola.

—Ha sido amable al ofrecernos compartirlo —le defendió sin pensarlo.

Él la miró con una expresión de indiferencia.

—Que sea amable no quita que también pueda ser idiota.

—No, supongo que no. No lo conozco lo suficiente como para saber si lo es o no.

—Yo tampoco, pero se le notaba.

—Es posible —dijo sin mojarse.

Oscar pareció complacido con sus palabras.

***

Llevaban cinco minutos en el taxi de regreso a la oficina cuando Morgan la llamó por teléfono.

—¿Dónde estás? —preguntó siquiera sin saludar.

—De camino a la oficina, ¿pasa algo?

—¿Crees que puedes pasarte por el atelier a la hora de comer?

—Por supuesto. ¿Va todo bien?

—Hablamos cuando estés aquí —dijo, e inmediatamente después colgó.

Confusa y preocupada, tuvo la certeza que iba a ser incapaz de funcionar con normalidad en el trabajo hasta que supiera lo que estaba pasando.

—¿Puedo darle una dirección distinta para que nos lleve? —le preguntó al taxista.

—Puede hacer lo que quiera siempre y cuando me pague la

carrera.

—Por supuesto —concedió, y unos segundos después le recitó la nueva dirección.

Oscar se mantuvo en silencio, cómplice de lo que fuera a hacer su jefa.

Veinte minutos después estaban descendiendo del vehículo frente a la entrada principal del atelier. Su asistente la siguió sin decir nada y, en cuanto entraron, las tres personas que había en la tienda, dos mujeres y un hombre, se giraron para mirarlos.

—¡Mierda! Te he asustado —exclamó Morgan al tiempo que se acercaba a Alice—. Hola —saludó a Oscar—. Soy Morgan, y ellos son Alex y Piper —les presentó con amabilidad.

—Y él es Oscar, mi asistente, pero no hemos venido a socializar. Dime qué sucede.

Piper fue la primera en reaccionar.

—¿Por qué Alice y tú no vais al taller mientras Alex y yo le preparamos a Oscar un café?, ¿o prefieres un té?

—El café es perfecto. Gracias.

Morgan le hizo un gesto de agradecimiento antes de echar a andar hacia la intimidad del taller.

—Michael ha sacado todo el dinero de la cuenta común y ahora no me contesta al teléfono —soltó en cuanto estuvieron a solas.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Morgan suspiró antes de explicarse.

—Me han llamado del banco para informarme porque ha sacado todo lo que había en la cuenta. Es el mismo banco con el que trabajo aquí en la tienda, por lo que mi gestor ya sabía que estoy separándome. No podía negarse a darle el dinero porque la cuenta es de ambos, por lo que me ha avisado en cuanto se ha ido.

—Hasta aquí, Morgan. Tienes que buscarte un abogado cuanto

antes y divorciarte legalmente de él.

—Lo sé.

—Pero primero consigue una copia del extracto de la cuenta de antes y después de que Michael sacara el dinero. ¿Hay algo más a lo que tenga acceso?

—Eso ya lo tengo. Me lo ha enviado David, mi gestor, y no. La empresa va a mi nombre, igual que la clínica va al suyo, y la casa es un alquiler. Pero sí que tengo cosas en esa casa que quiero recuperar.

—Un alquiler que va a tu nombre —adivinó.

—Sí, al de los dos. En realidad.

—Pues hay que cambiarlo cuanto antes. No sea que deje de pagar y te reclamen a ti.

—No había pensado en eso.

—Te daremos de baja y esta tarde iremos Emily yo contigo a tu apartamento para que te lleves todo lo que quieras conservar. No podemos esperar porque él ya está actuando. El siguiente paso debe ser conseguirte un abogado. Mi empresa tiene su propia asesoría legal, pero no creo que sirvan para un caso de divorcio. De todos modos, puedo preguntarle a Roman, que es quien protege la propiedad intelectual de la agencia y de nuestros clientes, mientras vigila que cada campaña cumpla con las normativas vigentes, a ver si puede recomendarme a alguien.

—Sarah me dio el contacto de un buen abogado de divorcios. Parece ser que llevó el de su hermana y fue todo muy bien.

Alice frunció el ceño, pensativa.

—¿Quién es Sarah?

—La amiga de Daniel que conocimos el sábado.

—¿La que hablaba sin parar?

—No seas mala.

Se puso seria de nuevo.

—De acuerdo, esto es lo que vamos a hacer: voy a regresar a la oficina y le voy a preguntar a Daniel qué tan de fiar es la tal Sarah. Si me dice que lo es, llamarás al abogado que te dijo y pedirás una cita cuanto antes. Después llamaré a Emily y las tres iremos a tu casa. Me da igual que esté Michael o no. Tenemos que sacar tus cosas ya.

—Me parece bien.

—Estupendo. Voy a irme antes de que Oscar se enamore de Piper.

Morgan se rio abiertamente.

—No te rías, que hablo en serio. No he visto a nadie más enamoradizo que él.

—¿De verdad? —inquirió con sorna.

—Eres una amiga pésima —le espetó antes de darse la vuelta y salir a toda prisa mientras Morgan la seguía, riéndose.

Esa misma tarde las tres mujeres se plantaron en el antiguo apartamento de Morgan con toda la intención de recuperar sus cosas. Por suerte, el portero no puso ninguna pega a que entraran e incluso se ofreció a ayudarlas.

Alice se quedó con las ganas de ver la cara de Michael cuando volviera a casa y se encontrara con que no era tan listo como creía y que a él también le habían expoliado.

Capítulo 9

Alice había salido antes de la oficina para acompañar a Morgan a su cita con el abogado que esperaba que se hiciera cargo de su divorcio. Sorprendentemente, el bufete que le había recomendado Sarah era uno de los más valorados de todo el estado.

Puede que la noche no hubiese ido como Alice había esperado, pero al menos había sido productiva, ya que ahí fue donde conocieron a Sarah.

Inesperadamente, el despacho de abogados al que iba a acompañar a Morgan estaba casi al lado de su oficina, lo que hacía más fácil que pudiera escaparse del trabajo para ir con ella.

Cuando llegaron al bufete las recibió una recepcionista encantadora que las hizo sentarse mientras avisaba a la secretaria del señor Sinclair de que habían llegado para su cita. Apenas dos minutos después, una mujer elegante de unos treinta y pocos años, alta y con el cabello oscuro recogido en un moño francés y una sonrisa amable se acercó a recogerlas para llevarlas al despacho de su jefe.

El bufete era enorme y elegantemente decorado. Estaba claro

que era importante y que allí acudía gente adinerada. La siguieron hasta la puerta de una oficina en la que se podía leer en letras doradas: Gabriel Sinclair.

Llamó a la puerta y abrió, intercambiando unas palabras con la persona de dentro antes de que abriera más ampliamente y las invitara a entrar.

Lo primero que le llamó la atención a Alice fue el propio Sinclair.

Se había levantado de su silla para recibirlas y era alto y sumamente atractivo. Con el cabello oscuro y unos ojos azules que destacaban a través de los cristales de sus gafas negras de pasta.

El traje, hecho a medida, le marcaba los anchos hombros, delimitando su buena apariencia.

—Buenas tardes —saludó—, señora Jones… —Miró entre ambas a la espera de que alguna de ellas le dijera que era su futura clienta.

Morgan tardó unos segundos en reaccionar, tan fascinada con él como lo estaba Alice.

—Yo soy la señora Jones —se presentó ofreciéndole la mano.

Él sonrió con calidez, con ese tipo de sonrisa que se ganaba la confianza inmediata de su interlocutor —seguramente una sonrisa aprendida en sus años de ejercicio—, y estrechó la mano de Morgan.

—Ella es Alice Rosewood, mi mejor amiga. Está aquí como apoyo moral.

Él sonrió más cálidamente si era posible y le ofreció su mano.

—Un placer conocerla, señora Rosewood.

—Señorita. Y el placer es mío.

—Por favor, tomen asiento —pidió señalando las cómodas sillas que había frente a su escritorio.

Todo en el despacho gritaba clase, estilo y buen gusto. Incluso el ambientador era increíblemente agradable y calmante.

—¿En qué puedo ayudarlas?

—Quiero que tramite mi divorcio —explicó Morgan—. Pillamos a mi marido engañándome y Alice tuvo el aplomo de tomar fotografías. No sé ni siquiera si es legal o si son necesarias para los trámites —dijo de repente nerviosa por lo que estaba por llegar.

—No te preocupes por eso ahora —la tranquilizó Gabriel.

—También le ha robado los ahorros comunes —añadió Alice, que no entendía cómo Morgan no se daba prisa en ponerle al día de todo lo sucedido.

—¿Has traído los extractos? —preguntó fijando su atención en Morgan—. Necesitaría que me enviaras todos los justificantes de que has aportado dinero a esa cuenta.

—Prácticamente todo el dinero de la cuenta lo he ingresado yo.

—Si puedes justificarlos lo recuperaremos todo.

—Hemos vaciado la casa —comentó con un hilo de voz.

—No exageres —intervino Alice—. Solo nos llevamos tus cosas, tienes los recibos que demuestran que lo has pagado tú.

Asintió. Por suerte era una persona organizada que guardaba todos los documentos importantes. Era el resultado de ser tu propio jefe, que la organización dependía de uno mismo y era casi tan importante como el trabajo en sí. Igualmente, podía contar con su gestor para lo que fuera que no tuviera ella misma en su poder.

—En ese caso no hay nada por lo que preocuparse.

—¿De veras? —parecía que Morgan estaba comenzando a ser consciente de que iba a divorciarse. Las semanas anteriores habían pasado como en un estado de trance y, ahora que estaba frente a la persona que se iba a ocupar de su separación, estaba asimilándolo como algo inminente.

Gabriel fue paciente sin apresurarla para que le contara los detalles. Esperó a que lo hiciera ella en sus propios tiempos. Alice intervino en un par de ocasiones, pero durante toda la entrevista se

mantuvo en segundo plano, como un apoyo silencioso para su amiga.

Acababa de conocer a Gabriel, pero ya le gustaba. Le inspiraba confianza y buenas vibraciones. Era consciente de que ese era su trabajo, pero, aun así, parecía de la clase de abogado que se implicaba con sus clientes.

La reunión se alargó más allá de la hora que tenían prevista, porque la secretaria de Gabriel llamó discretamente a la puerta para avisarle de que su cita de las tres acababa de llegar.

Cuando salieron de su despacho, acompañadas hasta la puerta por el propio Gabriel, Morgan ya había zanjado el tema más importante para su divorcio, tenía a alguien que la representaría y que velaría por sus intereses.

—Vaya tela con tu abogado —comentó Alice cuando salieron del despacho de Gabriel de camino al ascensor—. Deberías invitar a Sarah a cenar o algo así.

—Ni que lo digas, es guapísimo.

—Me refería a que es muy eficiente —bromeó—, pero como te gusta te animo a que salgas con él.

Morgan la miró mal.

—Todavía estoy casada. Salir con alguien es en lo que menos pienso en estos momentos. Además, estoy segura de que le gustas, y no te hagas la tonta porque tú también te has dado cuenta de lo guapo que es.

—No me refería a que tuvieras que formalizar una relación, señora casada, sino a que te divirtieras. Y estoy segura de que te equivocas y no le gusto.

—Primer punto: si tuviera que salir una noche con alguien, que no quiero, te aseguro que no sería con mi abogado, y segundo punto: le gustas. No ha dejado de mirarte en todo el tiempo que

hemos pasado en su despacho.

—Porque es educado y quería incluirme en la conversación.

Se detuvieron frente a los ascensores a esperar que llegara uno de los dos que había en el vestíbulo. Presionaron el botón y esperaron mientras seguían con su conversación.

Unos segundos después las puertas de uno de ellos se abrieron y Jacob apareció con un maletín en la mano y salió de él.

Se detuvo al verlas, entre sorprendido y divertido.

—Si no fuera porque no soy ese tipo de hombres pensaría que me estás siguiendo —bromeó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Alice descolocada.

—Trabajo aquí, ¿y tú?

—Buscar un abogado.

—Pues supongo que estás de suerte —bromeó.

—Gracias, pero ya tenemos uno —intervino Morgan—, el señor Gabriel Sinclair.

—¿Sabes cómo se llama este bufete? —preguntó él sin dejar de mirar a Alice, a pesar de que era Morgan la que había hablado.

—¿Hearst, Sinclair y asociados? —respondió Alice, confundida por el camino que seguían las preguntas.

Jacob asintió sonriente.

—Yo soy Hearst, Jacob Hearst —le ofreció la mano, como si fuera la primera vez que se conocieran.

Ella le siguió el juego y se la estrechó.

—Un placer, señor Hearst. —En esa ocasión fue ella la que se negó a decirle su apellido—. Pero no soy yo la que busca abogado, sino la señora Jones.

—Que está encantada con su elección —zanjó esta, muy seria.

—En ese caso me reservaré la oferta para cuando tú necesites uno —matizó Jacob mirando a Alice con fijeza.

—Espero que no suceda nunca, pero gracias igualmente.

Él cabeceó como respuesta y se alejó de ellas, seguramente hacia su despacho, donde fuera que estuviera este.

—¿Qué ha sido eso? —protestó Morgan, al tiempo que se movía para entrar en el ascensor—. Te ignora en el club y ahora se ofrece a ayudarte.

—Supongo que se ha tomado en serio su papel de mi salvador —bromeó—. No tiene importancia.

—Por supuesto que no la tiene. Gabriel es perfecto para ti.

—Esa sí que no me la esperaba —se quejó—. Y antes de que te pongas insistente con el tema te diré que no lo hagas, por favor.

—Por supuesto.

—Vas a ignorarme, ¿verdad?

—Por supuesto.

Capítulo 10

Alice necesitaba ir urgentemente al baño, pero no tenía intención de hacerlo hasta que Jacob se marchara del Wonderland. No fuera a creer que estaba buscando un acercamiento o algo así.

—Deja de moverte o ve a hacer pis de una vez.

—Paso.

—¿Vas a sufrir por su culpa? Sí que te ha dado fuerte.

—No me ha dado nada. Me resultaba interesante cuando no sabía quién era o a qué se dedicaba. No puedes negar que era llamativo que apareciera cada viernes con una mujer nueva —le recriminó muy seria.

—Una vez vino con un chico.

—Una vez —resaltó—. Como sea, ya no me interesa. El misterio está resuelto.

—Perfecto, pues ve al baño.

Negó con la cabeza.

—No quiero que piense que voy por él.

Morgan la miró con desconcierto.

—Lo siento, pero me he perdido la parte en la que tiene sentido

que él piense que vas a hacer pis por algo que se relaciona con su persona.

—Dicho así parece una chorrada.

—Es una chorrada —sentenció—. Ve antes de que no puedas levantarte sin que se te escape.

—No soy una señora mayor —se quejó, pero se levantó de su silla.

Decidida a no cruzarse con él dio una vuelta innecesaria para no tener que pasar cerca de su mesa y se dirigió al baño. Por suerte, no hubo contratiempos, a pesar de que su cuerpo decidió que, ya que estaba en el lugar adecuado, no podía esperar más.

Una vez que terminó, se lavó las manos, se arregló el pelo y salió para volver con Morgan.

No se encontró con nadie en el pasillo y no se tropezó con nada ni nadie durante el trayecto, lo que se sintió como una victoria. Todo iba de maravilla hasta que Jacob se plantó frente a ella a la entrada del pasillo que conducía a los aseos.

—Lo siento —dijo, pegándose a la pared para dejarle todo el espacio posible.

—No sé si reírme porque crees que necesito que te pegues a la pared para poder pasar o llorar porque crees que estoy gordo —bromeó.

—No creo que estés gordo, solo estoy cediéndote el paso —explicó con una sonrisa forzada.

—¿Va todo bien? —inquirió Jacob con suspicacia.

—Sí, de maravilla.

Él asintió, pero no se movió. Se quedó unos segundos más observándolo, como si estuviera tratando de leer en su rostro lo que de verdad estaba pensando.

—Nos vemos, Alice —se despidió con un gesto de la cabeza,

pasando por su lado sin volver a mirarla.

Regresó a su mesa sintiéndose idiota. Estaba siendo demasiado cortante con una persona que no le había hecho nada. El pobre no había tenido la culpa de que ella se obsesionara con descubrir sus secretos, ni mucho menos era culpable por no querer conocerla.

—¿Por qué tienes esa cara? —preguntó Morgan en cuanto estuvo sentada en su sitio.

—Soy una persona horrible.

—No lo eres.

Antes de que Morgan pudiera defenderla más le contó sobre su encuentro con Jacob y cómo había pasado de acosarle discretamente a ser una borde con él.

—Siempre has sido un poco extremista, pero no deberías preocuparte tanto por una persona a la que ves una vez a la semana y con la que mantienes conversaciones de, como mucho, tres frases.

—Supongo que tienes razón.

—La tengo, pero si te hace sentir un poco mejor, la próxima vez sé amable, es fácil y gratis.

—Gracias por el consejo.

—Cuando quieras. Por cierto, ¿qué planes tienes para el fin de semana?

—Emily se ha empeñado en que salgamos, viene a por mí esta tarde cuando cierre la librería —explicó—, quiere arrastrarme a ver un musical.

Morgan se guaseó de ella.

—Nunca he entendido el rechazo que le tienes a los musicales.

—No es natural —protestó—. La gente no se pone a cantar sus problemas ni sus alegrías. Hablan.

—Sería genial si todos cantáramos.

Alice puso mala cara.

—¿Quieres venir con nosotras?

—No. Ya te he monopolizado lo suficiente estas semanas. Pasa tiempo con tu hermana.

—No tienes que disculparte por eso. Emily quiere más a su librería que a mí. Vente, al menos a ti te gustan los musicales.

—Quizás la próxima vez. Este finde disfrutad de vuestro tiempo juntas, yo trataré de colocar todo lo que nos llevamos de mi antigua casa en la nueva.

Alice puso los ojos en blanco.

—¡Diviértete!

***

Emily apareció antes de la hora en que la esperaba. Alice había supuesto que su hermana no iba a dejar que nadie cerrara su librería por ella. Dear Reader era su sueño y, como tal, lo cuidaba hasta el más mínimo detalle.

Abrió la puerta de su apartamento con una sonrisa en los labios, su hermana era una de sus personas favoritas en el mundo. Apenas se llevaban dieciocho meses y, aunque tenían padres distintos, ya que el de Emily había fallecido en un accidente antes de que esta naciera, el padre de Alice la había adoptado como propia, no solo de nombre sino también de corazón.

Y, aun así, nadie que las viera podría dudar de que eran hermanas. Eran calcos más jóvenes de su madre. Con cada año que cumplían se iban pareciendo más y más entre ellas. Las dos con el mismo tono de cabello y el mismo color de ojos, la diferencia más notable era que donde Alice era toda curvas voluptuosas, Emily era delgada y estilizada.

—Estás guapísima —comentó Alice en cuanto se separaron tras

abrazarse.

Su hermana llevaba un vestido estilo boho chic que le sentaba de maravilla, junto con un abrigo y unas botas que completaban el conjunto.

—Tú tampoco estás mal —bromeó Emily.

Alice vestía un pantalón palazzo en tonos tierra con un jersey de cachemir en tono crudo. Remataba con una pañoleta en el cuello y un abrigo en tono camel.

—Gracias. ¿Qué vamos a ver?

—Sorpresa.

Alice arrugó el ceño.

—¿Sabes? La última vez que dije esa palabra las cosas se salieron de control.

Emily sonrió recordando la historia de espías que le habían contado.

—Francamente espero que nuestra noche vaya mejor.

—Mientras no me hagas perseguir a infieles estaremos bien.

—Para eso debería haber un nombre en mi vida, y no es el caso. St. Vicent no cuenta como hombre.

—Evidentemente, es un gato, Em.

—Es mi único espécimen del sexo masculino que tengo cerca —protestó.

—Porque quieres. Te pareces a mí, podrías tener a cualquier hombre —bromeó.

Emily se echó a reír de buena gana.

—Andamos bien de ego, ¿de novios qué tal?

—Eres cruel. Invítame a cenar para compensarme por recordarme que estoy sola y obligarme a ver un musical.

—¡Madre mía! Sí que tengo que resarcirte —se burló—, pero comer suena bien. ¡Vamos! —aceptó una sonriente Emily.

Al final, tal y como había vaticinado Alice, la sorpresa fue un caos. De todas las opciones en cartelera su hermana se había decantado por Moulin Rouge, una historia que no era precisamente sol y alegría.

Emily había conseguido buenos asientos, por lo que al menos disfrutaría de la tragedia en primera plana.

Cuando terminó la representación casi tres horas después, estaba segura de que tenía el maquillaje corrido.

—Después de esto creo que necesitamos una copa —pidió con una cara que pretendía ser lastimera.

—Me parece bien. ¿Algún sitio al que quieras ir?

—¿Qué te parece algo cercano? No tengo ganas de meterme en un club ahora mismo. A no ser que tú quieras.

Emily negó con la cabeza.

—Me parece bien tomar algo por aquí.

—Vayamos al Sardi's Bar, quizás veamos a algún famoso —ofreció Alice, consciente de lo fanática que era su hermana con algunos cantantes.

Tuvieron que esperar unos largos quince minutos antes de que les dieran una mesa en el bar. La gran mayoría de los asistentes a las representaciones habían decidido hacer lo mismo que ellas, por lo que los locales de copas estaban llenos.

—¿Cómo va la librería? —preguntó cuando llegó su pedido.

—Cada vez mejor. Tenemos nuevos clientes y las redes sociales están que arden.

—Me alegro. Siempre ha sido tu sueño.

—Mi sueño era ser escritora y tener una librería, digamos que solo he cumplido la mitad.

—La mitad es más de lo que consigue la mayoría.

—Puede ser.

—¿Y en el amor?, ¿has conocido a alguien interesante?

—¿Cuándo? Me paso el día en la librería o uniéndome a vosotras para entrar furtivamente en las casas y llevarme cosas.

Alice se rio del tono dramático.

—Em, la librería es un lugar estupendo para conocer a hombres inteligentes con la maravillosa costumbre de leer.

—Nada de momento. Esos se resisten a visitarme. Por ahora me veo obligada a lidiar con escritores ególatras que vienen a presentar su trabajo.

—¿Es guapo?

—¿Por qué asumes que es alguien real? Tal vez estoy hablando en general.

—Em.

—Es guapo, pero no merece la pena el esfuerzo.

—De acuerdo.

Siguieron hablando de todo un poco hasta que Emily bajó la voz, como si temiera que alguien fuera capaz de escucharla a través de todo el sonido estridente del bar.

—No te gires ahora, pero hay un tipo guapísimo que no deja de mirarte.

—Eso es lo peor que le puedes decir a una persona —se quejó—. Ahora estoy haciendo esfuerzos sobrehumanos para no girarme.

Emily amagó una sonrisa por su tono exagerado.

—De acuerdo, gírate ahora, corre, se acaba de dar la vuelta.

Casi se hizo un esguince de cuello en su afán por ser rápida. Su expresión debió de cambiar porque Emily se dio cuenta en seguida.

—¿Lo conoces?

—Podría decirse que sí.

—O lo conoces o no lo haces. No es algo que pueda darse a medias.

—¿Sabes cuando no dejas de encontrarte con una persona allá donde vas?

La vio asentir.

—Pues algo así es lo que me pasa con esta persona.

Apartó la mirada para que ni Jacob ni ninguna de las personas con las que estaba sentado se dieran cuenta de que los estaba observando.

—Entonces, no sabes su nombre.

—Sí que lo sé.

—Si sabes cómo se llama no puedes decir que no lo conoces. ¿Has hablado con él? —Emily estaba comenzando a sentirse frustrada con la actitud de su hermana. Alice no era una persona que evadiera preguntas o que se mostrara esquiva.

—Lo conozco, sé a qué se dedica y sí, hemos hablado. Varias veces.

—Y dices que te lo encuentras por todas partes —reflexionó en voz alta—. Es el destino que está empeñado en juntaros.

—Es posible, pero él no está de acuerdo con las decisiones del destino.

—Eso no lo sabes.

—Con certeza no, pero lo sospecho.

—Pero a ti te gusta —adivinó.

Asintió.

—Entonces, es fácil. Gánatelo. Eres guapa, lista y divertida, te pareces a mí —se la devolvió.

Fue el turno de Alice de reírse por la broma.

—A veces me olvido de que eres una romántica idealista —la pinchó.

—Romántica sí, pero idealista no tanto.

—Claro, cariño. —Había condescendencia en su tono, lo que

molestó a Emily.

—Se puede ser una romántica y tener los pies en la tierra.

Alice suspiró y se quedó en silencio un largo minuto.

—De acuerdo, voy a prometerte una cosa: si el destino vuelve a ponérmelo delante una vez más, haré algo al respecto. ¿Trato hecho?

Emily le puso ofreció el dedo meñique para que cerraran el trato como tocaba. Si iban a hacerlo, tenía que ser bien.

Capítulo 11

Desde que Morgan vivía en el mismo edificio que Alice, el verse era mucho más fácil que antes, por lo que mantener la cita de los viernes había dejado de ser la única manera de pasar tiempo juntas en medio de su ajetreada vida laboral, lo que se traducía en que si se daba algún contratiempo que hacía imposible que comieran juntas no se sentía tan frustrante como se habría sentido de haber sucedido unos meses antes.

Por eso no hubo drama ese viernes cuando Alice terminó de trabajar y, en lugar de dirigirse al Wonderland, se marchó directamente a su casa con la aplicación de comida a domicilio abierta en su restaurante favorito.

Morgan había tenido un imprevisto con un distribuidor de telas y había tenido que quedarse en el atelier para ver si podían solucionarlo y Emily comería cualquier cosa en la librería, lo que la dejaba sin nadie con quien compartir la sobremesa.

Estaba a punto de hacer un pedido cuando el móvil sonó en su mano. Descolgó con rapidez cuando vio que era Morgan, quizás había resuelto su problema y se unía a ella después de todo.

—Dime.

—Alice, necesito un favor.

—Claro. ¿Va todo bien?

—No, Alex sigue al teléfono intentando solucionar el tema de las telas y Piper está hablando con otro distribuidor por si no llegan a tiempo, pero no es para eso para lo que necesito tu ayuda —explicó.

—Tú dirás.

—Acabo de hablar con Gabriel y necesita que le dé en mano los documentos que me ha facilitado el banco. Son documentos originales, por lo que no puedo pasárselos por correo electrónico. ¿Podrías llevárselos?

—Por supuesto. ¿Dónde están?

—En casa. En una carpeta azul en el mueble de la entrada. Tienes la llave, ¿verdad?

—Sí, no te preocupes. ¿Para cuándo los necesita?

—Para ya. Te está esperando en su despacho. Ha prometido no marcharse hasta que llegues, pero no tardes, por favor. Creo que él tampoco trabaja después del mediodía, por lo que me está haciendo un favor al esperarte.

—Tranquila, ya iba de camino a casa cuando has llamado. En media hora estoy en su despacho.

Se escuchó la voz airada de Alex de fondo, pero Alice no llegó a entender lo que decía, solo que parecía enfadado y alterado.

—Tengo que dejarte. Gracias por ser la mejor amiga del mundo.

—De nada, pelota —contestó, pero Morgan ya había colgado, seguramente ansiosa por evitar que su empleado sufriera un ataque por el estrés.

No fue media hora, sino tres cuartos de hora lo que le costó llegar al despacho de Gabriel. Ni siquiera se había tomado un respiro para comer algo, de modo que estaba hambrienta y agotada de

tanto correr de aquí para allá.

Cuando llegó al bufete solo estaban los de seguridad, pero Gabriel ya había avisado de que iba a ir, por lo que la dejaron pasar sin problemas.

Se adentró en las oficinas a la búsqueda del despacho y vio con alivio que Gabriel había dejado su puerta abierta. La primera vez que había estado allí había ido siguiendo a su secretaria, mucho más pendiente de lo que le rodeaba que de hacia dónde se dirigía.

—Buenas tardes —saludó asomando la cabeza—. Te he traído la carpeta.

Él se levantó de su silla para recibirla.

—Pasa, por favor.

Le tendió lo que portaba con una sonrisa de disculpa.

—He tardado más de lo esperado. Perdona.

—No te preocupes. Te agradezco que lo hayas traído.

El estómago de Alice hizo acto de presencia en ese momento, protestando y pidiendo comida.

—Lo siento. No he tenido tiempo ni de comer —se excusó con las mejillas rojas por la vergüenza.

—Dame cinco minutos que prepare esto —alzó la carpeta—, y te invito para compensarte por privarte de alimento. —Ofreció con una sonrisa amable.

—No tienes que…

—Lo sé, pero me has hecho un favor.

—En realidad se lo he hecho a Morgan —comentó sonriendo.

—Y como Morgan es mi cliente, de rebote me lo has hecho a mí.

Su estómago volvió a sonar furioso.

—Créeme, yo también estoy hambriento.

Asintió.

—De acuerdo. Gracias.

—De nada. Cinco minutos —prometió y, al instante siguiente, se perdió en los documentos que tenía delante y en su ordenador.

Alice aprovechó para responder algunos correos que tenía pendientes y, diez minutos después, notó el movimiento de Gabriel, que había terminado y le estaba sonriendo.

—¿Lista?

—Sí.

Vio cómo se ponía el abrigo. apagaba las luces y le cedía el paso. Cerró su despacho y se dirigieron hacia los ascensores, desde donde bajaron al aparcamiento.

Gabriel conducía un Audi y fue tan caballeroso como para abrirle la puerta. El vehículo olía como la colonia del dueño y la música de fondo era algo que la propia Alice habría escogido, ya que desde hacía un tiempo Benson Boone estaba en todas sus listas de reproducción.

Ni siquiera se molestó en preguntar a dónde iban. Por alguna razón Gabriel la hacía sentir cómoda. Era la segunda vez que lo veía y, aun así, su presencia le resultaba calmante. Quizás era debido a la cadencia de su voz o a sus maneras tranquilas y pausadas.

Diez minutos después de subir al coche estaba bajando frente a un restaurante que conocía de maravilla. El botones tomó las llaves del Audi y Gabriel le abrió la puerta para que entrara.

Si se sorprendió al ver que era recibida por el maître por su nombre no dijo nada. Como clienta habitual, les dieron una mesa sin problemas.

—Así que vienes a menudo por aquí.

—Todos los viernes.

Arqueó una ceja y sonrió con calma.

—Morgan y yo quedamos todos los viernes a mediodía. Antes era el único modo de poder ponernos al día.

—¿Y ahora?

—Ahora somos vecinas —confesó.

No pudieron seguir con la conversación porque Jacob estaba, de repente, a su lado mirándolos con curiosidad.

—Hola, qué sorpresa.

—Jacob —saludó Gabriel levantándose para saludar a su amigo —. Esta es Alice —la presentó—. Me ha hecho un favor enorme así que he decidido invitarla a comer.

—Hola, Jacob —saludó esta.

—¿Ya os conocíais? —inquirió con fingida indiferencia.

—Sí, así es. Se podría decir que Alice y yo somos amigos lejanos.

—Buena apreciación —rio ella.

Había decidido ser más ella misma con él. Independientemente de lo que había pasado en el club, Jacob siempre había sido amable y educado con ella. No estaba bien ser tan dramática con una persona a la que apenas conocía solo porque había tenido un crush unilateral y vertiginoso.

Él pareció destensarse al notar su sonrisa.

—¿Has venido con la señora Foster? —preguntó Gabriel mirando hacia la mesa en la que había una mujer sentada mirando en su dirección.

Alzó la mano para saludar y ella, con una sonrisa tímida, le devolvió el gesto.

—Sí, aunque ahora es la señora Scott.

—Cierto. Pues disfruta de tu comida de celebración —le despidió Gabriel.

—Gracias, vosotros también —respondió, reticente a irse.

En cuanto se quedaron solos, el camarero aprovechó para acercarse a tomarles nota.

—Somos amigos desde la facultad. —Fue Gabriel quien retomó la

conversación.

—Entonces, quizás conozcas a mi jefe, Phil Howell.

—¿Trabajas con Philip? —inquirió riendo—. Es un gran tipo. Y lo sé de primera mano porque compartimos piso durante la universidad.

—Lo es —concedió.

—Puedes quejarte de tu jefe —bromeó—. Te prometo que no te delataré.

—No tengo nada malo que decir de él, salvo quizás que es… un poco especial.

No pudo ocultar su diversión ante sus palabras, pero hizo un gesto de cerrar la boca con la mano.

Alice sacó cuentas y, si Phil había asistido a la universidad con Gabriel y Jacob, los tres debían de ser de la misma edad, por lo que Jacob tendría treinta y tres años.

—Y Jacob y tú, ¿de qué os conocéis?

—De este restaurante. Coincidimos durante un tiempo y un día de esos evitó que me abriera la cabeza contra el suelo.

—Sí, es un habitual de este restaurante. Trae aquí a sus clientas después de ganar sus juicios.

Alice no estaba muy segura de entender de qué hablaba y él pareció darse cuenta porque se explayó más en su narración.

—Jacob es el abogado de divorcio de las mujeres a las que trae a comer. Normalmente siempre se ocupa de la parte más débil de la pareja —hizo un inciso—, no te lo tomes a mal, pero son las mujeres, y no porque sean débiles, sino porque sus maridos son los poderosos; algunos económicamente hablando y otros también lo son socialmente.

—¿Te refieres al divorcio de Caden West?

—Entre otros. Supongo que la viste aquí con él.

Ella asintió.

—Pero ¿no os daría más dinero defender a los maridos?

—No es cuestión de dinero, sino de principios. Jacob tuvo una infancia… complicada. —Se detuvo valorando si debía contárselo o no—. Su padre engañó a su madre, que era la que venía de una buena familia, y le robó el negocio que ambos habían montado con ayuda del dinero de esta.

—Eso es horrible.

—Lo es. La historia es más compleja, pero entiendes el punto.

Alice asintió.

—Por eso suele decantarse por las damas, es algo simbólico. Como si estuviera ayudando a su madre.

—¿Cómo está ella?

—De maravilla. Amelia Hearst es un prodigio de la naturaleza. No hay nada que pueda con ella. —La miró fijamente—. Su hijo es igual.

—¿Amelia Hearst? ¿Como la famosa pintora?

Asintió.

—Esa misma. Una mujer asombrosa. Como su hijo.

Alice sonrió divertida por su insistencia.

—No necesitas vendérmelo —bromeó para quitarle intensidad a la conversación—. No necesito un abogado y espero no hacerlo nunca.

—No te lo estaba vendiendo como letrado —dijo muy serio, para acto seguido añadir—: Jacob jamás sale con clientes.

Capítulo 12

El miércoles a la hora de almorzar Alice recibió en la oficina la inesperada visita de su hermana. Emily entró en su despacho riendo y bromeando con Daniel como si fueran amigos de toda la vida.

Al parecer este la había confundido con ella y le había soltado un extenso rollo sobre la campaña que tenía a todo el mundo estresado en la agencia.

Emily, en lugar de aclararle el malentendido, le había dejado desahogarse antes de decirle quién era. Y cuando por fin se había presentado correctamente, Daniel la había arrastrado hasta la cocina para invitarla a un café y seguir charlando con ella un poco más.

Alice pensó que Daniel realmente debía de estar ofuscado para confundirlas, ya que, si bien se parecían mucho, ni con la misma ropa las confundirían, mucho menos con sus estilos tan opuestos. Donde Alice usaba faldas lápiz, camisas y trajes de chaqueta, Emily optaba por vestidos boho, vaqueros y camisas románticas con volantes y cuellos grandes.

—No tendrías que haberle dicho que no eras yo —bromeó—, por cegato.

—¿Ves por qué ahora me gusta más Emily que tú?

Lo sorprendente para Alice no era que los dos hubiesen congeniado —tanto su hermana como Daniel eran personas extrovertidas y amables—; lo que realmente la había descolocado era que Emily no estuviera presa en su librería, de la que jamás salía en horario de atención al público.

—Tenía una reunión con mi gestor aquí cerca y he pasado a verte —explicó.

—Estupendo. ¿Comemos juntas o tienes que volver ya?

—En realidad Dan y yo pensábamos invitarte a comer con nosotros.

Alice soltó unas carcajadas llenas de diversión.

—Dan, acabas de conocerla y ya me has robado a mi hermana —se quejó bromeando.

—¿Qué quieres que haga? Es como tú, pero más simpática —la pinchó.

—¡Oye! Que yo soy supersimpática.

—Cuando estás de humor —le apoyó Emily en broma.

La aludida bufó.

—No puedo creerlo. Te estás poniendo de su lado, ya ni siquiera respetas la sangre.

Los otros dos rieron, encantados de haberla molestado.

Salieron de la oficina, en lugar de usar el comedor de la agencia, y optaron por un chino cercano que tanto Alice como Daniel conocían bien.

Se trataba del típico local que pasaba desapercibido si no sabías la calidad de sus productos; era pequeño, oscuro y estaba ubicado en una de las calles menos transitadas. Aun así, se pasaban el día preparando pedidos para llevar porque, una vez que alguien comía allí, ningún otro restaurante chino le satisfacía.

Entraron con soltura, como lo hacían los clientes habituales. En esos instantes a Alice le vino a la mente lo increíbles que eran algunas cosas de la vida. Cómo alguien podía comer en un restaurante de renombre y, a los pocos días, hacerlo en uno diminuto, con escasa luz y sillas incómodas y, aun así, ser incapaz de elegir entre las dos opciones.

Algunas personas eran como restaurantes, unas brillantes y bien amuebladas y otras más discretas y taciturnas, pero, al final del camino, lo que realmente importaba era lo a gusto que estabas con ellas y lo mucho que disfrutabas de lo que compartíais.

—¿Qué vamos a pedir? —preguntó Emily buscando la carta con la mirada.

Daniel solo sonrió, fue Alice la que le contestó.

—Dim Sum y lo que nos quieran traer.

—¿No se puede elegir?

—No, lo que la abuela haya hecho para hoy es lo que comeremos. De hecho, ni siquiera creo que tengan refrescos —bromeó Daniel.

—Eso no es verdad. No la asustes —le regañó Alice.

—No me asusta. No soy melindrosa con la comida.

—Te va a encantar —la animó Daniel—, la abuela cocina de maravilla. Es igual que la comida en China, deliciosa.

—¿Has estado en China? —preguntó Emily.

—Sí, visito Shanghái a menudo. Mi padre tiene negocios allí.

—Es millonario —se burló Alice—; si yo tuviera tanto dinero me quedaría en casa.

—¡Mentira! —la delató Emily—. Te daría algo si tuvieras que quedarte en casa sin hacer nada.

—¿Haría menos?

—Y te arruinarás en seguida —se burló Daniel—. Mi padre tiene

dinero porque trabaja mucho. Yo prefiero no tenerlo y trabajar menos.

—Buena elección —secundó Alice.

No siguieron con la conversación porque la hija mayor de la familia que regentaba el local se acercó a ellos con una jarra de agua y un plato de Dim Sum humeante.

Solo hizo falta un bocado para que Emily se diera de cuenta de que ese lugar era increíble. De repente ya no le preocupaba que no pudieran escoger lo que iban a comer porque estaba convencida de que le dieran lo que le dieran lo iba a disfrutar.

Y si la comida estuvo deliciosa, la conversación no la eclipsó. Charlaron y charlaron hasta que se dieron cuenta de que se habían pasado de su tiempo para comer.

Caminaron juntos hasta la avenida principal y acompañaron a Emily hasta la boca del metro. Se despidieron de ella, no sin que antes les hiciera prometer a los dos que la próxima vez iban a ir ellos al Greenwich Village para comer con ella.

—¿Por qué no sabía que tenías una hermana tan genial? —comentó Daniel después de que se despidieran de Emily y regresaran a la oficina.

—Siempre está ocupada en el trabajo. Su librería es su mundo.

—Tenemos que ir a verla. Hay que cumplir nuestra promesa.

—Lo haremos. La semana que viene podemos ir a comer un día al Greenwich Village.

—Lo haremos, pero antes de eso tenemos que sacarla de su torre. Tráela el sábado a mi cumpleaños. Tengo un amigo que es un fanático de los libros.

—¿Es una encerrona?

—¿Un empujón? —Sonrió con picardía—. Emily me cae bien y mi amigo también, ¿qué puede haber de malo en presentarlos?

—Visto así...

—¿A que sí? Te mandaré los detalles de la fiesta por mensaje.

—Perfecto.

—Otra cosa, también he invitado a Phil —explicó al tiempo que entraba en el ascensor detrás de ella—. Y le he dicho que puede traer a quien quiera.

Aunque comprendió lo que quería decir, se hizo la tonta.

—¿Y dónde vas a meter a tanta gente?

Daniel se esbozó una sonrisa, consciente de su cambio de tema.

—Mi ático tiene una terraza cubierta maravillosa. Te prometo que cabremos todos. —Y añadió muy serio—: No me he vuelto tan loco invitando a gente.

Ella puso los ojos en blanco.

—Se me olvidaba que eres rico —se burló.

—Yo no, ya te lo he dicho muchas veces, el del dinero es mi padre —dijo con un guiño—. Ni siquiera es culpa mía ser hijo único y, por tanto, el heredero de los Astor —anunció mientras salía pavoneándose por la puerta abierta del ascensor.

—Pobrecito, qué pena me das.

Capítulo 13

El resto de la semana transcurrió sin complicaciones y Alice se centró en el trabajo, en sus amigas y en sus planes para el fin de semana, por lo que no volvió a pensar en cierto abogado atractivo hasta que llegó el viernes y ella y Morgan regresaron a comer al Wonderland. Tenían cosas que hacer esa tarde, la más importante era conseguirle un regalo a Daniel por su cumpleaños, que celebraría al día siguiente.

Emily había propuesto comprarle algún libro especial, una edición rara que él valorara, pero Alice no estaba segura de cuál conseguirle, por lo que lo descartaron con rapidez.

Morgan propuso comprarle unos gemelos bonitos y originales, lo que no era una mala opción, pero no terminaba de convencerla tampoco.

Su propuesta consistía en conseguirle un vale para uno de los mejores spas de la ciudad. Daniel se mantenía en forma, no solo con el ejercicio diario, sino que se cuidaba también la piel y regularmente se hacía tratamientos para mejorarla. Un vale abierto para un día de spa en el que pudiera escoger qué tratamientos

recibir era perfecto para él.

Y las opciones no se limitaban solo a los tratamientos de belleza, sino que también incluían masajes tradicionales o el spa capilar japones, tan de moda últimamente.

El caso era que todavía no se habían decidido y, para cuando terminaran de comer, tenían que haber llegado a un consenso para prepararlo todo a tiempo.

Por primera vez en semanas Alice llegó primero al restaurante. De hecho, no solo no había llegado Morgan, sino que Jacob y su invitada tampoco estaban allí.

Revisó su teléfono y, al comprobar que su amiga no le había enviado ningún mensaje, dedujo que sería cosa del tráfico y se relajó.

El camarero que siempre las atendía, Easton, se acercó hasta su mesa con una sonrisa y una copa de champán.

—Para amenizar la espera —le dijo con una sonrisa amable.

—Gracias.

—Un placer.

Así que era por eso por lo que Morgan siempre llegaba la primera, pensó con una sonrisa.

Para entretenerse le dio un sorbo a su bebida y abrió sus redes sociales. Lo primero que salió en su muro fueron fotografías de su hermana rodeada de libros y otras en una de las presentaciones con autores que se organizaban.

Una de ellas mostraba a Emily mirando fascinada a alguien que salía en la imagen de espaldas, alto y con un cuerpo bastante atlético. Tomó nota mental para preguntarle quién era y siguió pasando imágenes.

Por un segundo se le pasó por la mente buscar a Jacob, pero lo descartó rápido. Era peligroso dado el sitio en el que estaba, decidió.

Otro punto más que añadir a la lista de pendientes.

—Buenas tardes, Alice —la saludó el objeto de sus pensamientos un par de minutos después.

Apartó la mirada de su teléfono y lo vio parado junto a su mesa, con una sonrisa en los labios y una mujer a su lado. Debería de haber superado los sesenta, pero, aun así, tenía una piel estupenda. No muy alta, pero elegante. Tenía la sensación de que la conocía de algo, aunque en esos instantes no estaba segura de dónde.

—Hola —contestó antes de darse cuenta de quién era la mujer —. ¡Mierda! —se llevó la mano a la boca—. Lo siento, quiero decir que usted es Eleanor Vane, ¿verdad?

Ella sonrió. Seguramente acostumbrada a que la gente la reconociera.

Comenzó su carrera como actriz siendo muy joven, pero pronto se pasó al otro lado escribiendo guiones, y terminó con las novelas que la convirtieron en la escritora más leída y traducida de su género. Además, sus obras se habían sido adaptadas en series y películas que habían arrasado entre la crítica y el público.

Se levantó emocionada. No le parecía educado estar sentada cuando ella seguía de pie.

—Lo soy —admitió con una sonrisa amable.

—Mi hermana es una fan absoluta suya y, por su culpa, yo también lo soy —confesó—. No se va a creer que de verdad la he conocido.

—¿Por qué no os hago una fotografía? —ofreció Jacob—. Así seguro que te cree.

—Si a la señora Vane no le molesta...

—Por supuesto que no. Será un placer, y llámame Eleanor. Las amigas de Jacob también son mis amigas.

—Gracias.

Antes de que pudiera arrepentirse, desbloqueó el teléfono, abrió la aplicación de la cámara y se lo dio a Jacob. Alice se acercó discretamente a Eleanor, pero ella cubrió por completo la distancia sorprendiéndola al pasarle el brazo por la cintura.

Sonrieron a la cámara.

—Dime, Alice, ¿cuál de mis libros es tu favorito?

—Me gustan todos, pero si he de quedarme con uno sería Tres noches en París.

—¡Ah, Pierre!

Asintió con las mejillas sonrojadas.

—Los franceses son los mejores amantes —comentó—, y quien lo niegue es porque nunca ha estado con uno —resaltó sus palabras con un guiño.

Jacob le devolvió el teléfono y ella le agradeció por las fotos, aunque en realidad estaba agradecida porque se hubiera detenido para saludarla, ya que gracias a eso había sido capaz de conocer a la mismísima Eleanor Vane.

Tras hablar unos segundos más, Jacob y Eleanor se acomodaron en su propia mesa y Alice no perdió el tiempo, le mandó las fotografías a su hermana, quien la llamó menos de un minuto después, eufórica y arrepentida por no haber acudido nunca a sus comidas de los viernes.

Seguía hablando con su hermana cuando apareció Morgan, quien, por inercia, miró hacia la mesa de Jacob y se dio cuenta de quién era su acompañante.

—¿Esa es… quien creo que es? —susurró.

—Sí, y Emily está enfadada porque se lo ha perdido —le contó, todavía al teléfono con ella.

—Así aprenderá a delegar en el trabajo —se rio—. La clave está en contratar a gente de confianza.

Alice escuchó lo que su hermana le decía y se lo reprodujo a su amiga.

—Dice que sus trabajadores son cien por cien de su confianza.

—Mejor me lo pone —protestó la diseñadora—. Porque entonces la culpa es suya.

Alice retomó su conversación con Emily durante un par de minutos y más y después se despidió de ella, no queriendo dejar a Morgan a la espera.

—Mira —le mostró las fotografías que certificaban que había hablado con la escritora.

—Para un día que llegas antes que yo y te llevas toda la gloria —se quejó.

—Supongo que después de todo le debo una muy grande a Jacob, ya que ha sido él quien la ha traído cuando ha venido a saludar.

—Yo diría que le debes más de una dadas las veces que te ha salvado, pero sí —estuvo de acuerdo—, esta es enorme.

Capítulo 14

El ático de Daniel era mucho más de lo que Alice hubiese podido imaginar. No solo por el edificio en sí, que era moderno, lujoso y estaba en la zona más cara de Manhattan, sino por la propia decoración, el tamaño y, sí, la terraza cubierta con unas vistas espectaculares de la ciudad.

El anfitrión había contratado un catering y las viandas estaban en diversas mesas estratégicamente colocadas con todas las comidas tibias y frías imaginables. También había un DJ que amenizaba la fiesta y una barra con un barman que mezclaba cualquier bebida que le pidieran.

Tal y como le había dicho Daniel, no había tanta gente como ella esperó. Unas veinte personas más o menos, a muchas de las cuales ya las conocía, como los amigos con los que salieron al Aether, Phil y Jacob, quien, sorprendentemente, había aparecido con su jefe. No era que no se lo hubiese imaginado después del velado comentario de Daniel, era más bien que no estaba segura de que sucediera teniendo en cuenta cómo había huido del club la noche en que coincidieron.

Por primera vez desde que sucedió se planteó la posibilidad de que su marcha no tuviera que ver con ella. Quizás tenía otros planes o que madrugar al día siguiente y por eso se fue, en lugar de aceptar la invitación para unirse a ellos.

De cualquier modo, lo que impactó a Alice más que su mera presencia en el cumpleaños fue su aspecto en vaqueros. Si en traje de chaqueta era una delicia para la vista, vestido de manera informal era mucho más que exquisito.

Todos los asistentes vestían de modo informal, ya que ese era el código de vestimenta que Daniel había pedido. Según él, ya llevaba a lo largo de la semana suficientes trajes como para tener que ponerse otro el día de su cumpleaños.

De modo que allí estaban todos vestidos con vaqueros o, como el caso de Alice, un vestido de punto y botas altas.

El hecho era que Daniel era un genio y ella nunca podría agradecerle lo suficiente por elegir el estilo casual, ya que Jacob en vaqueros era puro material para sus sueños.

—Podrías ser algo más discreta —se burló Emily—; un poco más y te cae la baba.

—Muy graciosa. Ni siquiera estoy mirando.

—Claro que no. Equivocación mía, lo siento.

Tras su comentario sarcástico se encogió de hombros sin parar de reír. Alice no pudo replicarle como se merecía porque el cumpleañero apareció de repente para llevarse a su hermana y presentarla a sus amigos, a los que no conocía porque no habían ido al Aether con ellos.

A Morgan la había perdido al llegar porque se había ido a hablar con su nueva mejor amiga: Sarah.

—Parece que a Dan le cae mejor tu hermana que tú.

—Qué palabras tan agradables, jefe —se mofó, un poco molesta.

—¿Qué? Es la verdad.

Se dio cuenta que se había acercado solo y, sutilmente, buscó a Jacob entre la gente.

—Si te sirve de algo, tú me caes mejor.

—¿Gracias?

—Oye, lo digo en serio, y soy más interesante que Dan. —Se detuvo al darse cuenta de sus palabras—. No quiero decir que Dan no sea interesante, sino que yo lo soy más.

—¿Dan es interesante?

—¿Qué? —parecía nervioso.

—Lo has dicho tú. Que Dan es interesante.

—No he dicho semejante cosa —protestó—. He dicho que yo lo soy más.

Alice sonrió.

—Me estás confundiendo a propósito.

—¿Yo?, ¿estás confundido?

—No, yo…

—¿Sí? —le instó a que acabara la frase.

—Hola, chicos —saludó Jacob, acercándose a ellos con un plato de comida en la mano.

—Como siempre, apareces en el momento perfecto —comentó Alice—: Phil necesita que lo rescaten o que le ayuden a ordenar sus pensamientos. —Y con un guiño se dio media vuelta y se alejó a por su propio plato.

Durante la hora siguiente charló con los amigos de Daniel, que había conocido en el club, e incluso con Sarah, que había bajado el ritmo de palabras para engullir la rica comida del catering.

Como en cualquier cumpleaños que se preciara hubo tarta y el momento de abrir los regalos. Al final ellas se habían decidido por el

vale para el spa y fue un completo acierto, porque Daniel pareció encantado con él.

Después de eso, el DJ retomó la música y los corrillos de charlas se fueron reduciendo en favor del baile.

Morgan no tardó en saltar a la improvisada pista de baile e incluso Emily y Daniel se unieron en algún momento. Alice, por su parte, prefería una buena conversación a bailar, de modo que se quedó en los cómodos sillones y habló con todo aquel que se le acercó.

Incluso lo hizo con Jacob, quien también parecía huir de la pista de baile.

—No sabía que tuvieras una hermana —comentó tomando asiento a su lado.

—Tampoco nos conocemos mucho como para que lo supieras.

—Cierto. Y este es el momento perfecto para solucionar ese error.

—¿Perdón?

—¿Qué te parece si jugamos al abogado y el acusado? —dijo en un tono cargado de guasa.

—Déjame adivinar, tú serás el abogado.

—Inteligentísima, tal y como pensaba.

—De acuerdo. ¿Y en qué consiste tu juego?

—Fácil, yo preguntó y tú respondes.

Ella negó con la cabeza.

—Demasiado injusto. ¿Qué tal si lo alternamos?

—Me parece bien. Empiezo yo, que soy el profesional.

Alice sonrió, pero no protestó, le hizo un gesto con la mano para que procediera.

—¿Tienes más hermanos además de Emily?

—No. ¿Y tú? ¿Tienes hermanos?

—Ninguno que cuente —contestó cortante.

—Lo siento, abogado, esa respuesta no sirve.

Vio cómo sus hombros se relajaban y sonreía.

—No tengo más hermanos por parte de madre. Tengo uno por parte de padre, pero le importo tan poco como él me importa a mí.

—Gracias por responder la verdad.

Se encogió de hombros.

—Mentir es perjurio.

—Visto así... —bromeó ella.

—¿Eres de Nueva York?

—Jersey, mis padres todavía viven allí. Mi hermana y yo nos mudamos aquí después de la Universidad, aunque cada una acabó en una zona distinta. Yo en el West Village, y ella en Greenwich Village.

—¿Dónde vives tú?

—En Tribeca. Soy un niño de mamá —confesó—. Vivo a menos de cinco minutos de su casa.

Siguieron con las preguntas y, en varios momentos, Alice estuvo a punto de preguntarle por qué se marchó del club aquella noche, pero no estaba segura de querer conocer la respuesta, por lo que se calló la pregunta. Después de todo, esa misma noche había decidido que quizás no había tenido nada que ver con ella, ¿para qué arriesgarse a que la respuesta la molestara?

—Por cierto, gracias por presentarme a Eleanor Van. Soy una gran fan de sus libros.

Jacob apartó la mirada un segundo antes de responder, más cohibido de lo que lo había visto nunca.

—Lo sé —confesó.

—¿De veras?

Asintió. Sin mirarla.

—¿Te molestaría si te dijera que he visto tu cuenta de Instagram?

Se tragó una risa.

—¿Me has espiado?

—Espiado suena mal, digamos que tenemos amigos en común y que me has salido en mi «para ti».

—Está bien, digamos eso —concedió, más encantada de lo que debería por saber que la había estado acechando en redes.

—El caso es que vi fotos tuyas con sus libros y lo emocionada que estabas con ellos, así que, cuando se dio la oportunidad, te la presenté.

—Gracias, realmente te has ganado a pulso el título de rescatador —bromeó.

—¿Sabes?, creo que después de tanta intervención me debes como mínimo un café.

—De acuerdo —aceptó ella sin dudar.

—Desayuna mañana conmigo.

Alice sonrió. No había esperado que fijara una fecha, sino más bien que quedara como algo pendiente que al final nunca se cobraba.

—Ya es mañana.

—Lo sé, pero te dejaré dormir unas horas. Soy así de generoso.

—Rescatador y generoso. Qué afortunada soy.

Su carcajada despreocupada y divertida le aceleró el pulso.

—Sí que lo eres.

Le ofreció una sonrisa traviesa, que Alice recordaría cada vez que se sintiera deprimida, y metió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros para sacar su móvil. Se lo tendió después de desbloquearlo.

—Apúntame tu número de teléfono. Te haré una llamada perdida

para que puedas mandarme un mensaje con tu dirección. Si te parece bien, te recogeré a las diez y te llevaré a comer las mejores tortitas que has probado nunca.

—Creía que era yo la que tenía que invitarte a ti.

—Tú pagas —zanjó con una sonrisa.

—¡Muy bien! —aceptó ella tomando el móvil—. Espero que tengas razón y sean buenas —requirió—, soy muy exigente en materia de tortitas.

—Buenas no. Las mejores —aclaró satisfecho consigo mismo.

Capítulo 15

A las diez en punto Alice recibió un mensaje de texto de Jacob para avisarla de que estaba esperándola enfrente de su edificio.

Cogió la chaqueta y el bolso y se dispuso a bajar. Se había arreglado tratando de verse guapa sin que se notara que le había dedicado tiempo. Llevaba un jersey de cachemir azul celeste que destacaba el color de sus ojos y de su pelo, vaqueros también azules y botines y chaqueta de piel marrones. El bolso de estilo bandolera le daba el toque especial al outfit, ya que era de un color azul eléctrico que atraía las miradas.

Jacob estaba apoyado en el lateral de un Audi y sonrió cuando la vio salir del edificio. Iba vestido de un modo informal, como el día anterior, con jersey y vaqueros, como ella.

—Buenos días. Estás preciosa —saludó acercándose a la puerta del copiloto para abrírsela.

—Buenos días. Gracias —respondió ella sin saber si debía darle la mano, un abrazo…

Jacob acabó con sus dudas inclinándose y dejándole un casto beso en la mejilla.

Casto beso que aceleró el corazón de Alice y despertó sus partes más… dormidas.

Esperó hasta que ella se acomodó en el asiento antes de cerrar y dar la vuelta para sentarse frente al volante. En cuanto encendió el motor, la famosísima canción de The Smiths There Is a Light That Never Goes Out comenzó a sonar a un volumen suave.

—Me gusta tu elección de música —alabó contenta por descubrir que tenían más cosas en común de las que hubiera imaginado.

—Herencia de mi madre —confesó—. Llevo toda mi vida escuchándolos. Se separaron cuando era muy joven y nunca se lo ha perdonado —se rio del tema—, pero tampoco ha dejado de escucharlos. Supongo que para mí es un gusto adquirido.

—Mi madre adora a Bruce Springsteen. También es un gusto adquirido para mí.

—También escucho a The Boss, aunque menos. —Confesó, apara acto seguido preguntar—: ¿Has dormido bien?

—He dormido poco, pero bien. Gracias.

Jacob esbozó una sonrisa ladeada y ella lo miró a la espera de que le explicara el chiste.

—Estamos siendo demasiado educados para dos amigos que ya han compartido confidencias —bromeó.

—Cierto, me hiciste confesar mis secretos más oscuros con tu juego —le siguió la broma.

Él negó con la cabeza.

—No lo creo, pero lo haré. Soy un experto en interrogatorios —prometió con una expresión traviesa—. Ahora vamos a por esas tortitas —anunció mientras se ponía en marcha.

—¿A dónde vamos?

—Brooklyn.

—Brooklyn es muy grande, ¿puedes concretar?

—Ya lo verás cuando lleguemos.

***

El restaurante al que Jacob la había llevado, The Charming breakfast, estaba ubicado en un antiguo almacén de techos altos en Bushwick.

La fachada de ladrillo a cara vista estaba pintada de un negro mate profundo. No había un cartel luminoso de neón, el nombre del local estaba escrito en letras doradas pequeñas y desgastadas sobre el cristal de la puerta, que era de madera pesada y crujía al entrar.

Las paredes eran una mezcla del ladrillo original y secciones cubiertas con papel pintado floral oscuro de un estilo victoriano decadente. Había estanterías metálicas llenas de libros de poesía de segunda mano y vinilos.

En el techo colgaban bombillas de filamento a diferentes alturas y lámparas de mesa vintage con pantallas de tela que emitían una luz ámbar, creando sombras largas y acogedoras.

El mobiliario era una masa heterogénea donde nada combinaba. Mesas de madera recuperada con marcas de tazas, y sillas de diferentes estilos. En el lateral de la entrada había un sofá de terciopelo verde desgastado donde la gente esperaba su turno; a pesar de que hacía horas de que se había pasado la hora oficial del desayuno, el local seguía lleno. Alice no estaba segura de si era siempre así o estaba tan lleno por ser domingo.

Junto al sofá, reinaba una gramola antigua que solo contenía discos de los ochenta y noventa —The Smiths, Joy Division, The Cure, Cocteau Twins—. El sonido de fondo era un murmullo constante que acompañaba el olor a sirope de arce.

La barra al final de comedor era de zinc, desde donde podías ver

la cocina abierta. Las tortitas se servían en loza desparejada con bordes de flores que parecían sacadas del desván de una abuela británica.

—Este sitio es increíble.

Jacob asintió con orgullo.

—Pues espera a que pruebes la comida.

Alice pensó que debía llevar a Emily a desayunar algún día porque a su hermana le iba a encantar el local.

Un camarero se acercó a ellos, que estaban esperando su turno, dirigiéndose a Jacob por su nombre y, antes de que se diera cuenta. ya estaban sentados en una mesa aguardando su pedido.

—Supongo que tienes influencias, abogado.

—Algo así. Mi madre y yo hemos sido clientes casi desde que abrieron y mi bufete se ocupa de los temas legales.

—Lo que yo decía, influencias.

Él terminó asintiendo entre risas.

Durante los primeros minutos después de que llegara el desayuno la conversación decayó en favor de la comida.

—Así que pensaste en mí —preguntó Jacob tras agotar el plato que les habían servido.

—Cómo no hacerlo. Eras intrigante.

—¿Ya no lo soy?

Alice sonrió con diversión al notar su tono de decepción.

—Lo eres, solo que de otro modo.

—Explícate, por favor.

—Bueno, cuando no te conocía y coincidíamos en el Wonderland todo lo que sabía de ti era que ibas superbién vestido y comías con una mujer distinta cada semana. Era una especie de modus operandi que me tenía completamente fascinada. ¿A qué te dedicabas?, tus citas, ¿eran por trabajo o por placer? Te inventé un montón de

oficios y reconozco que en ningún momento el tuyo real estuvo sobre la mesa.

—¿A qué barajaste que me dedicaba?

—Por el bien de nuestra amistad es mejor que no lo sepas —bromeó.

—Ahora quiero saberlo.

—De acuerdo, te daré uno fácil —concedió—: en algún momento pensé que podrías ser agente de modelos, después amplié horizontes y lo dejé en agente en general, seguros, castings…

—Dime uno con miga —pidió con picardía—. No seas cobarde.

Alice se tapó los ojos con la mano unos segundos antes de hablar.

—De acuerdo, pero solo si me prometes que no te vas a enfadar.

Jacob alzó la mano derecha mostrándole la palma.

—¡Prometido!

—Durante un breve espacio de tiempo jugué con la idea de que fueras un chico de compañía.

En lugar de molestarse hizo todo lo contrario, se echó a reír con ganas. Tanto que se dobló por la cintura aguantándose el estómago.

—¡Vaya!, esa sí que no me la esperaba. Tienes una imaginación prodigiosa.

—Gracias. Mi trabajo depende de eso —bromeó.

Siguieron hablando hasta la hora de marcharse. Cuando llegó la nota, Jacob se hizo cargo.

—¿No se suponía que te invitaba yo?

—No, así todavía me debes una.

Alice sonrió.

—Me parece bien, ¿a qué quieres que te invite?, ¿otro desayuno?

—¿Qué tal una cena?

Asintió mientras se mordía el labio inferior para ocultar su

sonrisita tonta.

—El próximo sábado. Pongamos fecha, no lo dejemos como algo pendiente.

—Me parece bien. ¿Elijo yo dónde cenamos o tú?

—Voy a dejarte a ti la tarea, así me aseguro de que pienses en mí.

—Una táctica inteligente —dijo, sin atreverse a ser abiertamente coqueta y decirle que pensaría en él aunque no tuviera que organizar una cita.

Él sonrió complacido, ya que ella prácticamente había confesado que lo iba a hacer.

—¿Te apetece dar un paseo por Central Park para bajar las tortitas?

—Sí, suena bien.

Capítulo 16

Central Park estaba lleno de vida, como cada domingo cuando llegaba el buen tiempo. Había gente haciendo picnics en Sheep Meadow, paseando, a pie y en bicicleta, haciéndose fotografías en el Bow Bridge o escuchando música en directo en Strawberry Fields o el Bethesda Terrace. Incluso había quien prefería subirse a un bote de remos y pasar su mañana en el lago.

A Alice no podía importarle menos lo que hacer, pasar la mañana con Jacob ya era increíble solo con la conversación y las tortitas de las que habían disfrutado.

—¿Te apetece dar un paseo o prefieres que nos sentemos en una terraza a tomarnos algo? —preguntó en cuanto entraron por Merchants' Gate.

—Estoy llena, andar me parece bien.

—He dicho dar un paseo por el parque, no he dicho nada de andar —comentó enigmático.

Alice se detuvo en su camino para mirarlo con desconcierto.

—Dime que no esperas que me suba a una bicicleta.

—¿Prefieres un bote de remos? —bromeó.

—No.

—En realidad estaba pensando en algo más… cómodo para todos.

Ella esperó a que se explicara, pero antes de que dijera nada una imagen se apropió de su mente y ya no quiso irse.

La de Carrie y Mr. Big paseando en carruaje por el parque. Por supuesto, la escena romántica en su cabeza era mejor porque no había ninguna posibilidad de que alguna de sus s amigas se pusiera de parto.

—¿Hablas por casualidad de coches de caballos?

—Sí.

—Tal vez deberías reservártelo para cuando estés en una cita —ofreció nerviosa.

—Esta es nuestra primera cita.

—No lo es.

—¿Cómo que no?

—Hemos quedado para desayunar —matizó.

Jacob sonrió ante su razonamiento.

—Te invité a salir —dijo levantando un dedo—, hemos compartido una comida —otro dedo en alto—, hemos charlado y compartido secretos —tercer dedo—. Yo diría que estamos en una cita. Nuestra primera cita si somos rigurosos.

—Primer punto: no me has invitado a salir —aclaró—. Mencionaste que te debía una invitación y acepté. Del resto no tengo nada que objetar.

—Muy bien. ¿Señorita Alice Rosewood, aceptaría pasear conmigo en coche de caballos por Central Park?

—Me encantaría. Gracias por preguntar —le siguió el juego.

—¿Ahora es oficial?

—¿Que he aceptado tu invitación a pasear en carruaje? Sí. ¿Que

me hayas pedido una cita? No.

—Eres dura —dijo Jacob fingiéndose dolido—. De acuerdo. ¿Saldrás conmigo en una cita el sábado que viene?

—Creía que eso ya lo habíamos zanjado.

Abrió la boca para protestar, pero terminó cerrándola sin saber qué decir, hasta que Alice dejó escapar la risa que había estado aguantando, riendo a carcajadas de su expresión de desconcierto.

—Lo siento. Ha sido divertido tomarte el pelo —confesó—. Sobre todo, cuando creías que solo considero citas a los encuentros para cenar.

—La verdad es que me lo había creído.

—Soy una actriz estupenda.

—Nada que objetar. Estaba convencido de que hablabas en serio.

Jacob siguió lamentándose de que le hubiera engañado mientras se dirigían al sitio en los que estaban parados los coches. Alice nunca había visitado el parque de esa guisa, por lo que todo era emocionante. Estaba viviendo una escena de serie romántica, con un hombre que le gustaba más de lo que su cordura le permitía aceptar, mientras vivía la mejor cita no cita de su vida.

En el carruaje se sentaron muy cerca. Alice había estado oliendo su perfume desde que se subió a su coche, pero al estar casi pegados en el pequeño espacio fue cuando apreció otras cosas, como el olor de su cabello, la suavidad de su ropa y la dureza de sus músculos. Se sentía temblorosa y emocionada, con el corazón latiéndole tan fuerte que temía que se le saliera del pecho. Si un par de meses antes alguien le hubiese dicho que se iba a encontrar en esa situación con él no se lo hubiera creído y, sin embargo, ahí estaba. A cada segundo más interesada en él, y ya no podía excusarse en la curiosidad que sentía por él y sus secretos, ya que

estos habían sido revelados y su interés seguía vigente y en aumento.

Sacó el teléfono del bolso decidida a entretenerse con algo que le hiciera no pensar en lo cerca que estaban y, al mismo tiempo, a inmortalizar el momento. Echó fotografías de casi todo lo que veía hasta que Jacob le quitó el teléfono y le apuntó directamente con él.

Sonrió por inercia, pero él no estaba mirando la pantalla para ver si encuadraba bien la imagen, sino que la estaba mirando a ella. Tardó unos segundos en reaccionar, sacó unas fotos y después juntó sus caras para hacerse un selfi.

—¿Habías subido en carruaje antes? —le preguntó Alice con curiosidad.

—No. Es la primera vez, ¿y tú?

—Tampoco. Creo que es mi cita más romántica hasta la fecha —bromeó—. ¿Cuál ha sido tu cita más romántica?

—Esta.

—No vale copiar, y sé sincero.

—Estoy siendo sincero. No he tenido muchas citas —declaró—, tampoco he salido con mujeres formalmente. He quedado con ellas, pero los dos sabíamos que no iba a llegar a nada serio.

—¿Por qué?

—No tenía interés en volver a verlas.

—Ya veo, eres de relaciones esporádicas —aventuró, nerviosa por su respuesta.

—En realidad nunca he sido un hombre de relaciones, ni duraderas ni esporádicas.

—¿Por qué?

—El amor romántico casi nunca funciona. No digo que no haya parejas que son fieles y felices por siempre jamás, es solo que he conocido a muy pocas —explicó—. Las estadísticas no están muy a

favor.

—Tal vez estás afrontando mal el asunto. No creo que se trate de cuánto dura o no una relación, sino de lo feliz que te sientes mientras estás en ella. Por supuesto que el amor no siempre sale bien, nadie mejor que tú para saberlo dado a lo que te dedicas, pero el secreto está en no adelantarse a algo que quizás nunca suceda y, sobre todo, tener la madurez y la decencia para saber separarse cordialmente si al final se acaba.

No dijo nada, pero no apartó la mirada de ella. Alice se preguntó si se había excedido en su perorata, pero entonces él le apartó el pelo de la mejilla, fue más una caricia que por evitar que le molestara.

—Tengo muchas ganas de besarte —susurró.

—Pues hazlo —pidió ella—. El marco es incomparable.

Jacob sonrió. Estar con Alice era divertido y emocionante, nunca sabía cómo iba a responder y eso le tenía encandilado.

Negó con la cabeza.

—No he tenido muchas citas en mi vida, pero hasta yo sé que no hay que hacerlo en el primer encuentro. Prefiero aguantarme las ganas porque así me aseguro de que no cancelarás nuestra cena del sábado.

Ella soltó una risita nerviosa y emocionada al mismo tiempo.

—No voy a cancelar la cita.

—Bien, porque me apetece mucho ver a dónde vas a llevarme.

—Claro que sí. Tú ponme más presión.

Jacob sonrió, le pasó el brazo por los hombros para pegarla a su costado y le besó la coronilla.

—No tienes que preocuparte por nada que más que por estar lista cuando pase a recogerte. La comida es lo de menos, lo que realmente me interesa es la compañía.

Ella le sonrió mientras su cerebro cortocircuitaba ante semejantes palabras.

Capítulo 17

El lunes Alice llegó a su oficina casi levitando. La cita con Jacob había sido maravillosa, no obstante, la presión de que la siguiente estuviera a la altura era cosa suya, por lo que tenía que encontrar el restaurante perfecto y planear una noche de ensueño para que no solo se diera el beso que había quedado pendiente, sino también para que hubiera otra cita.

Había llamado a sus amigas pidiendo ideas, pero todo lo que le había dicho Emily era demasiado empalagoso para una segunda cita y Morgan no estaba motivada para dar consejos románticos, por lo que no había servido de nada hablar con ellas.

Barajó la posibilidad de preguntarle a Phil qué tipo de comida le gustaba a Jacob —después de todo era la persona que mejor le conocía a la que Alice tenía acceso—, pero terminó por descartarlo porque era Phil y, además, su jefe.

Eso la lanzó directa a Daniel. Después de la fiesta tan genial que había organizado, él era el indicado para darle alguna idea que mereciera la pena considerar y, si no encontraba una respuesta satisfactoria, siempre podía convencerlo para que le sonsacara

información a Phil sin que se notara que lo había mandado ella.

Por ello lo acechó cerca de la máquina de café y, cuando lo vio entrar en la cocina para servirse su dosis de cafeína, le lanzó el desafío:

—Teniendo en cuenta que te llevó en coche de caballos en tu primera cita, yo apostaría por una cita para escuchar jazz, pero más original. Hay paquetes que te ofrecen navegar por el Hudson frente a la Estatua de la Libertad disfrutando de música en vivo y champán durante la hora dorada —ofreció Daniel.

—¿Y si no le gusta el jazz? Escucha a The Smiths.

—Una cosa no quita la otra, pero también tienes la opción de llevarle a ver una película romántica en alguno de los observatorios más icónicos de la ciudad. Cine romántico en las alturas.

—¿Eso existe?

—¿Qué de todas las maravillosas ideas que he compartido contigo?

—Lo de las películas románticas.

—Por supuesto, pero, si quieres mi opinión, quédate con el paseo por el Hudson. Lo de las películas sería algo que yo haría con una mujer y el crucero con un hombre.

—¿Alguna idea más?

Daniel le lanzó una mirada fulminante, antes de responder.

—Llévale a un bar de jazz clandestino. Hay poca gente, el lugar suele ser oscuro y el ambiente propicio para hacer cosas sexis.

—¿Allí mismo?

—Estoy hablando de cogerse de la mano, besarse y susurrarse al oído. No de exponerte a que te detengan por escándalo público.

—Sí, por supuesto.

Daniel suspiró tratando de parecer exasperado, cuando era evidente que estaba encantado con que le estuviera pidiendo

opinión.

—También puedes recurrir a lo clásico, pero aburrido: cena y cine, cena y copas… O ir a por todas y preparar tu misma la comida en casa y dejarle escoger el postre.

—Será la primera vez que salgamos a cenar, prefiero no asustarle con mis habilidades culinarias. Eso debería dejarlo para cuando ya esté loco por mí.

—Buena idea.

—Creo que voy a ir a lo clásico, al menos en materia alimentaria. Hay un restaurante italiano en Mulberry Street que es de lo mejor que he probado. Encargaré una mesa y cenaremos allí.

—Little Italy siempre es una buena opción y, ya que estás allí, ¿por qué no hacéis un tour por las catacumbas de la Basílica de San Patricio?

—Solo de pensarlo me entra el tembleque —se quejó—. Seguramente lo llevaré a un bar cerca del restaurante. Tiene estética de cine con cabinas de madera originales de los años cincuenta. Dado donde fuimos a comer tortitas es evidente que le gustan los lugares con historia y encanto. Todo lo que me has dicho es genial, el problema es que no nos conocemos lo bastante como para adivinar qué puede gustarle, así que voy a ir a lo seguro.

—Me parece bien. Guarda las ideas para más adelante.

—Todas menos las de las catacumbas. —Se abrazó a sí misma mientras fingían un escalofrío—. Qué miedo.

—Pues te pierdes una oportunidad estupenda para pegarte a él mientras os arrastráis por la silenciosa oscuridad —se burló.

—Definitivamente tachada de la lista.

—No sabes lo que te pierdes.

Ese mismo lunes, cuando salió de la ducha después de llegar a casa

del trabajo, se encontró con un mensaje de Jacob preguntándole cómo le había ido el día. Le respondió entre emocionada y nerviosa y, cuando se dio cuenta, estaba cenando mientras hablaban intercambiando mensajes de texto y de voz.

Al día siguiente se debatió entre ser la primera en escribirle o esperar a que él lo hiciera. Para su malestar, el mensaje nunca llegó y ya era demasiado tarde para iniciar una conversación cuando por fin se decidió a hacerlo. Por ello, el miércoles, en cuanto llegó a casa, se dio una ducha rápida, se puso ropa cómoda y, medio tumbada en el sofá, se sacó una fotografía que le envió con un mensaje diciéndole que ya estaba en casa preparada para ver algo mortalmente aburrido en la televisión que la ayudara a dormir.

Para su sorpresa, no fue un mensaje de texto lo que recibió, sino una llamada telefónica.

—Hola —saludó con timidez.

—Hola, ¿qué tal tu día?

—Intenso, como siempre, ¿qué tal el tuyo?

—Ahora mucho mejor.

Alice se alegró de que no pudiera ver su sonrisa tonta.

Hablaron durante la cena, que ambos compartieron vía teléfono, e incluso vieron un programa juntos. Se despidieron para acostarse porque los dos madrugaban al día siguiente.

Todo con Jacob iba de maravilla, pensó Alice. Tenían una complicidad natural, ya lo había notado desde el primer encuentro o incluso antes, cuando él la saludó desde su mesa, aquella vez antes de que compartieran una conversación. Sin embargo, sentía que debía refrenarse.

El cambio de Jacob había sido repentino, pasó de tratarla con amabilidad a mostrarse interesado, y ni siquiera estaba segura del motivo. La vez que coincidieron en la fiesta se marchó en lugar de

unirse al grupo y en la siguiente ocasión en la que se vieron se acercó a su mesa para ver cómo estaba; todo normal, pero ¿por qué pareció tan insistente cuando coincidieron en su bufete?

Fue desde ese momento cuando su actitud cambió. Y después estaba su confesión de que no tenía relaciones. Por lo poco que le había contado Gabriel sobre el divorcio de sus padres podía entender que no creyera mucho en ellas, pero ¿parecía dispuesto a probar las citas con ella o solo estaba experimentando?

Se dio la vuelta en la cama, decidida a no pensar tanto. El problema era su afán de tenerlo todo organizado en carpetas pulcramente ordenadas.

Estaban bien, se dijo, se estaban conociendo. Solo tenía que mantener los pies en el suelo, su corazón controlado y todo iría de maravilla.

Capítulo 18

Alice y Jacob pasaron de los mensajes diarios a las llamadas después de acabar la jornada laboral, no obstante, ambos sentían que no era lo mismo que verse en persona.

La relación entre ellos iba lenta, pero segura. Alice no quería adelantarse por miedo a sufrir después, por lo que ella misma se frenaba respecto a sus sentimientos por él. Después de todo, Jacob le había dicho que no era un tipo de amoríos duraderos y, aunque había sido él quien llamó primero cita a su encuentro, no quería precipitarse.

Además, ni siquiera sabía si iban a ser compatibles en otros aspectos. No había habido beso, de modo que no tenía material suficiente para juzgar.

Como fuera, era viernes, lo que significaba que iba a coincidir con él en el Wonderland, lo que implicó que esa mañana madrugara más de la cuenta para escoger con cuidado lo que iba a ponerse. Al final se decidió por algo que habitualmente nunca llevaba al trabajo: unos vaqueros.

Escogió unos rectos con bolsillos en la parte delantera, que

resaltaban su figura, una camisa azul de rallas y un chaleco azul marino. En los pies, mocasines marrones, y en la misma gama cromática, el bolso y una chaqueta de piel vuelta con forro de borreguito.

No tenía citas que atender esa mañana y la jornada duraba la mitad de lo que duraba un día normal, por lo que se permitió la informalidad.

Para su sorpresa, todos en la oficina le dijeron lo guapa que estaba, y de algún modo era cierto. Se veía más juvenil, y el hecho de que fuera viernes también ayudaba a que su sonrisa fuera más amplia y frecuente.

La mañana transcurrió con rapidez. Atendió todo lo que tenía pendiente e incluso tuvo tiempo para tomarse un café con Daniel.

—Phil está extraño —le comentó Daniel sacando el tema de repente.

—Phil es raro.

Asintió.

—Ha llegado a cotas extremas de rareza —confesó.

—¿Como cuáles?

—Ha dejado de quejarse por todo, ya no protesta por todo lo que digo o hago. ¿Crees que esté enfermo?

—¿Hay alguna base en tu pregunta o solo especulas?

—Especulo.

—No, no creo que sea enfermedad. Igual es agotamiento —dijo, y añadió en voz más baja, como si estuviera compartiendo un secreto con él—: No te hagas ilusiones de que dure. Es probable que el lunes vuelva a ser el jefe mandón y gruñón que te vuelve loco.

—Hablando de locura… eso espero. Este Phil me desconcierta.

***

Como era habitual, cuando llegó al Wonderland para su cita semanal con Morgan esta ya estaba allí y también Jacob, quien la vio en cuanto entró, y tras hablar unos segundos con su acompañante se levantó de su mesa para interceptarla antes de que se sentara.

—Estás preciosa. Me alegro mucho de verte —dijo, inclinándose para dejar un beso en su mejilla.

—Gracias. Yo también me alegro de verte.

Se sonrieron mutuamente.

—Te dejo que vayas con Morgan.

—Y yo que celebres tu victoria.

La acompañó hasta donde estaba su amiga y, tras saludarla, regresó con su clienta.

Morgan no dejó de mirarla con sorna hasta que se sentó frente ella.

—Estás muy guapa. Parece que el romance te sienta bien.

—Gracias.

—¿Estás lista para mañana?

—Espero que sí —dijo con una expresión nerviosa.

—Ese tipo está loco por ti —la tranquilizó—, le va a encantar lo que elijas.

—¿De verdad lo crees?

—Lo creo.

—Bien, y tú, ¿qué tal te fue la reunión con Gabriel de ayer?

La alegría con la que la había recibido se desvaneció de ella.

—Michael no quiere el divorcio porque, si lo acepta, tiene que devolverme el dinero que se llevó, así que las cosas no van a ser tan fáciles como me hubiera gustado.

—No puede evitar que te divorcies.

—No, pero puede alargarlo.

—Puede hacer lo que quiera, el final es inevitable.

Como el tema entristecía a Morgan, Alice lo cambió rápidamente.

Easton, el camarero que siempre las atendía, se acercó a ellas para tomarles nota, ya con las bebidas que pedían normalmente en la bandeja.

Como cada semana, la comida estaba deliciosa y la conversación fluía entre ellas con facilidad. Hubo algunos momentos en los que Alice se quedó colgada mirando a Jacob, pero Morgan estaba tan acostumbrada a ello que no pareció inmutarse, y lo más importante, lo dejó correr sin burlarse.

La mayor diferencia entre los viernes de unas semanas atrás y esta era que Jacob también la miraba abiertamente y le sonreía cuando sus ojos coincidían cargados de promesas.

—Voy al baño un segundo —se levantó Alice.

Morgan le sonrió con picardía.

—Tarda lo que necesites —la animó—. Yo te espero aquí.

—No voy a decirle nada. Ni siquiera voy a pasar por su mesa —se defendió—. Está con una clienta, puedo esperar hasta nuestra cita de mañana.

—Si tú lo dices...

Alice le frunció el ceño en una mueca molesta y se encaminó hacia el aseo. Tal y como le había asegurado a su amiga, no pasó cerca de la mesa de Jacob, primero porque no quería molestarle, y segundo porque tampoco estaba segura de que pudiera pasar tan cerca de él sin decirle nada.

Entró al baño con la seguridad de alguien que conoce a la perfección dónde va. Cuando terminó, se acercó a la pila y se lavó las manos mientras se observaba en el espejo. Era cierto que estaba guapa. Su piel tenía un aspecto inmejorable y sus ojos brillaban. Además, el azul era un color que le quedaba de maravilla, razón por la que lo había escogido.

Una vez lista, salió por la puerta y sus labios esbozaron una sonrisa enorme.

—Hola —la saludó Jacob, quien estaba apoyado contra la pared fuera del baño de mujeres.

—Hola. ¿Has dejado a tu cita sola?

Él sonrió con picardía.

—Ella no es mi cita, es mi clienta.

—Estás aquí comiendo, ¿no?

—No es lo mismo, y lo sabes.

—No me lo parece. Estás comiendo con ella y espero que no la hayas besado, lo que es casi lo mismo que hicimos nosotros el domingo.

Jacob decidió que la mejor respuesta era la acción, por lo que se apartó de la pared y se lanzó a devorar sus labios.

El beso fue un choque de anhelo contenido durante demasiado tiempo: voraz, desesperado y profundamente tierno. Alice enredó sus dedos en su nuca, ignorando la frialdad del muro a sus espaldas porque el calor que emanaba de él era lo único real. En ese pasillo estrecho y carente de glamour, ese en el que se habían hablado por primera vez, el mundo exterior dejó de existir; solo quedaban ellos dos, rompiendo por fin la tensión que amenazaba con consumirlos.

No estaban en una cita, pero poco importaba. Habían ido demasiado lentos y era el momento de cambiar el ritmo.

Se separaron cuando escucharon pasos que se acercaban. Después de todo, estaban en un espacio público donde cualquiera podía verlos.

—¿Qué vas a hacer después de comer? —inquirió él.

—No tengo planes. ¿Por qué preguntas?

—Vayamos a tomar un café y hagamos algo juntos.

—De acuerdo.

Él se inclinó y volvió a besarla, como si estuviera sellando el trato. Después la cogió de la mano y salieron juntos del pasillo, llegando al comedor. No la soltó hasta que la acompañó a su mesa y le apartó la silla para que se sentara. Le ofreció una sonrisa de disculpa a Morgan por la interrupción y después de eso regresó con su clienta.

—Menos mal que no ibas a tardar —se burló su amiga.

—Lo siento —se excusó Alice.

—No hay nada que sentir, no seas tonta. Te mereces alguna alegría de vez en cuando —siguió con la guasa—. Y ese hombre, además de guapo, es detallista y, lo más importante, se muere por devorarte un poco más.

—¿Cómo…?

—Tienes los labios rojos e hinchados. Supongo que tienes planes para después.

—Sí. ¿Quieres venir a tomar café con nosotros?

—No, gracias. Iré a Dear Reader a por material romántico para pasar el fin de semana.

—Estoy segura de que Emily te proveerá bien —se rio—. Lo malo es que después nos ponemos el listón demasiado alto.

—No te regodees por que tu chico sea un caballero que te acomoda la silla.

—No es mi chico.

—De momento —zanjó Morgan, decidida a tener la última palabra.

Capítulo 19

Alice y Jacob terminaron en una cafetería, tal y como habían decidido hacer, pero, tras tomarse la bebida y charlar durante un par de horas, en lugar de marcharse cada uno por su lado, acordaron ir al cine.

Hacía años que Alice no tenía una cita en un cine, probablemente desde su adolescencia, pero le gustaba la idea de hacer algo tan sencillo y normal como ver una película con Jacob. Había cierto tipo de intimidad en poder estar sentada junto a alguien en un cine a oscuras y que el silencio se sintiera cómodo y agradable.

Por otro lado, él había mencionado que no solía tener citas, por lo que seguramente para él era completamente nuevo ir a ver una película con una mujer, y para Alice era emocionante ser con quien iba a estrenarse en esto de las citas convencionales.

Tras barajar varias posibilidades de la cartelera se decidieron por una comedia romántica que iniciaba con la pareja protagonista divorciándose. Después de poco más de una hora y media de recuerdos compartidos y malentendidos aclarados, decidían que

todavía merecía la pena luchar por su matrimonio y cancelaban los trámites de separación.

La historia de la pareja estaba llena de momentos significativos que habían marcado su relación, por lo que la decisión de luchar por ellos se sentía como algo orgánico, no como un final forzado por el guionista.

—Nunca me ha sucedido algo así —confesó Jacob cuando se encendieron las luces del cine—. Normalmente cuando alguien decide divorciarse es porque ya lo ha pensado mucho y ha valorado pros y contras.

Alice sonrió ante sus palabras.

—Es ficción.

Él asintió, pero su faceta de abogado no pareció entender que una película pudiera terminar de ese modo.

Durante toda la sesión habían estado pegados el uno al otro. Alice podía sentir el calor que emanaba del cuerpo de Jacob, por lo que, por momentos, le había prestado poca atención a la película. La idea de separarse de él no la atraía especialmente, pero era inevitable dada la hora que era.

—Ya es tarde, ¿te apetece cenar algo poco saludable conmigo? —Era como si Jacob tampoco quisiera terminar con la cita.

—¿Como qué?

—Hamburguesa con patatas. Deliciosas y grasientas.

—Suena muy bien.

—Estupendo, porque conozco un sitio increíble.

Ella sonrió, segura de que el local sería de los que merecían entrar en una guía selecta de la ciudad.

Jacob la condujo hasta el distrito de los teatros, la hamburguesería, llamada The Fuse Box, estaba escondida en las entrañas de una antigua estación de servicio eléctrica de 1920.

Sin entrada a pie de calle, para acceder había que bajar al sótano de una lavandería de autoservicio abierta 24 horas en Hell's Kitchen. Entre el ruido de las secadoras y el olor a suavizante, había una puerta metálica gris sin marcar que requería un código que solo se obtenía a través de su canal de Telegram privado.

Al cruzar la puerta, el aire cambiaba: olía a fritanga —sin ser desagradable—, carbón de encina y vinilo viejo. El local era un búnker de hormigón con estética industrial bruta. La iluminación provenía de antiguos voltímetros reconvertidos en lámparas, que parpadeaban al ritmo de la música, punk neoyorquino y jazz experimental. Las mesas eran bobinas de cable eléctrico recuperadas y las paredes estaban cubiertas de fanzines pegados con cola.

Jacob le contó que solo hacían cincuenta hamburguesas al día, ni una más ni una menos. No se permitía el uso de teléfonos móviles, e incluso había un inhibidor de señal para preservar la experiencia sensorial de los comensales.

Se podía hacer fotografías, solo que había que esperar a estar fuera del local para poder compartirlas en redes sociales.

Su especialidad era la hamburguesa de carne de buey madurada y picada a mano cada mañana, con queso cheddar blanco fundido con una antorcha de soldador frente al cliente y una mermelada de bacon y cebolla. Todo ello servido en papel de estraza, sin platos ni cubiertos.

No disponían de refrescos comerciales, solo una selección rotativa de cervezas artesanales locales extremadamente raras o fermentados caseros. El café, servido en tazas de metal esmaltado, era un brebaje oscuro y potente, tostado por un excéntrico químico en Brooklyn.

No había reservas, solo una fila que se formaba desde las seis de la tarde. La espera podía ser de horas, pero formaba parte del rito.

Allí, los habituales intercambiaban chismes de la ciudad y recomendaciones musicales y se forjaban amistades efímeras. Cuando llegabas a la puerta, se te recibía con un asentimiento, no con una pregunta, como si tu presencia fuera esperada.

—Este sitio es increíble —susurró Alice, completamente asombrada por lo que la rodeaba.

Cada vez estaba más convencida de que su elección de restaurante para la cita del día siguiente era más que perfecta. Estaba cada vez más claro que Jacob valoraba los restaurantes poco convencionales donde la comida era deliciosa, y el ambiente, original y heterogéneo.

—Me alegra que te guste.

—¿Cómo diste con él?

Él la miró con fijeza, pero no dijo nada.

—¿Es un secreto? —siguió susurrando.

—No, pero…

—Es algo a lo James Bond —bromeó—: si me lo dijeras, tendrías que matarme.

Jacob echó la cabeza hacia atrás y se rio de buena gana. Ni siquiera trató de ser silencioso.

—Eres maravillosa —la halagó cuando dejó de reír—. No; es solo que es un tema delicado.

—Entonces no hace falta que…

—Llevé el divorcio de la hija del dueño —explicó—. Era muy joven y muy poca gente sabe que se escapó a Las Vegas para casarse con un hombre que solo la utilizó.

—No te preocupes, no sé quién es el dueño y, aunque lo supiera, jamás lo contaría.

—Lo sé. Es simple deformación profesional —aclaró—. Por un segundo me he quedado en blanco sin saber qué responder, pero

confío en ti.

—También lo sé.

No volvió a decir nada porque le dio un mordisco a su hamburguesa y, cuando sus papilas gustativas se empaparon de su sabor, gimió en éxtasis.

—Pues espera a que pruebes las patatas fritas que la acompañan —la avisó Jacob—. No sé con seguridad qué tiene la salsa que llevan por encima, pero es adictiva.

Alice no esperó a que se lo dijera por segunda vez, se llevó una patata a la boca y la masticó. Sus expectativas eran altas, dadas las palabras de Jacob, no obstante, se quedaron en nada ante la realidad de lo que estaba comiendo.

—Lleva mayonesa y ajo negro. El resto no tengo ni idea, pero tienes razón: están exquisitas.

Asintió, orgulloso de que las disfrutara. Alice le gustaba por muchas razones, y una de ellas era que no le hacía ascos a la comida. Devoró las tortitas el día que la llevó a su local favorito para desayunar y estaba disfrutando de su hamburguesa sin preocuparse por mancharse la boca o el número de calorías que consumía.

Terminaron todo lo que les sirvieron para cenar y se marcharon de allí. No era excesivamente tarde, pero Alice tenía cosas pendientes para la mañana siguiente y Jacob también, por lo que este condujo hasta su apartamento para dejarla sana y salva.

Charlaron, como habían hecho durante toda la tarde, mientras de fondo sonaba U2 y su disco «The Joshua Tree».

El Audi negro se detuvo frente al edificio de Alice en West Village, con el motor ronroneando en un susurro metálico. Él no esperó a que ella abriera la puerta; bajó del coche con la agilidad de quien está acostumbrado a tomar el control y rodeó el capó antes de que ella pudiera reaccionar.

El aire de Nueva York todavía era frío por la noche, pero cuando Alice salió, él se detuvo tan cerca que el helor desapareció. Ahí, bajo las luces de la ciudad que nunca duerme, el abogado Rey de Corazones que Alice había conocido parecía haberse trasformado en algo más mundano y peligroso, el Rey de su Corazón.

—No hacía falta que bajaras —dijo ella, aunque sus dedos jugueteaban nerviosos con la correa del bolso.

—En realidad, sí —respondió él. Su voz era un barítono suave que vibraba en el espacio mínimo que los separaba—. Las despedidas a través de una ventanilla no son lo mío —dijo con un tono travieso que Alice le había escuchado en varias ocasiones.

Se quedaron en silencio un segundo, ese segundo eterno donde la ciudad se apaga. Él acortó la distancia, rompiendo la última barrera que les separaba. Con una mano, buscó el mechón de pelo que el viento le había enredado en la cara a Alice y lo colocó detrás de su oreja, dejando que sus dedos rozaran su mandíbula.

Ella contuvo el aliento, abrumada por el aroma del perfume caro que él portaba y que tanto la había obsesionado la primera vez que lo olió.

—Ha sido una noche... inesperada —susurró él, inclinando la cabeza.

Y entonces ocurrió. No era la primera vez que se besaban ese día, pero sí que se sintió distinto. Más intenso, más... Él presionó sus labios contra los suyos con una lentitud deliberada, casi analítica, como si estuviera memorizando su sabor. Ella respondió rodeando su cuello, sintiendo la textura de su abrigo de lana contra sus manos.

Cuando se separaron, a escasos milímetros, él no retrocedió. Apoyó su frente contra la de ella, cerrando los ojos.

—Sube a casa —dijo él con una sonrisa sensual—. Antes de que decida que la cita aún no ha terminado.

—Buenas noches.
—Nos vemos mañana. ¡Descansa!

Capítulo 20

Alice se despertó más temprano de lo esperado esa mañana de sábado, pero, en lugar de remolonear en la cama, se levantó decida a organizar su día a la perfección.

Tenía planes para salir con su hermana y Morgan, pero antes de eso debía asegurarse de que su noche de cita fuera perfecta.

Jacob la había estado llevando a unos lugares increíbles, por lo que ella sentía que tenía que estar a la altura. Estaba bastante satisfecha con su elección de restaurante, el local era tan original y llamativo como a los que la había llevado Jacob, y, sobre todo, era un restaurante que conocía y que la hacía sentir cómoda con su deliciosa comida y su ambiente.

El pub de copas al que iba a llevarle después no se quedaba atrás, la duda era que le gustara a Jacob. Según su propio criterio, eran ideales, solo esperaba que él pensara lo mismo.

Una vez que tuvo las reservas listas, se metió en la ducha y se preparó para encontrar el modelito perfecto para esa noche.

Con esa idea en mente había casi amenazado a su hermana para que dejara por unas horas su librería y a su mejor amiga para que la

acompañaran de tiendas.

Morgan era una diseñadora maravillosa, pero su ropa era para ocasiones superespeciales —como eventos en los que había que acudir vestida de etiqueta— y no cuadraba con el modo de la noche, sin embargo, que la acompañara como si fuera su personal shopper era un lujo que muy pocas podían disfrutar.

Quedaron en una cafetería a medio camino entre Greenwich Village, donde vivía Emily, y el West Village donde lo hacían Alice y Morgan.

Desayunaron juntas mientras las dos disparaban pregunta tras pregunta a Alice, ansiosas por conocer todos los detalles de su cita no cita con Jacob. Alice evitó pedir tortitas porque estaba segura de que no serían ni la mitad de buenas que las que había comido con Jacob y optó por huevos revueltos y tostadas.

—¿Crees que esta noche va a pasar algo interesante? —preguntó Morgan.

—No lo sé.

—Sucederá si lo invitas a subir a casa —anunció Emily convencida.

—Entonces, ¡hazlo! Invítale y no dudes —animó Morgan.

—¿No es un poco pronto?

—¿Perdón? —la incredulidad teñía la voz de Morgan.

Emily no dijo nada, se limitó a mirarla con confusión.

—Quiero decir, será nuestra primera cita oficial.

—Has tenido otras extraoficiales. Es el momento perfecto —siguió Morgan—, antes de que te cuelgues más por él, y si la cosa no funciona donde debe ya no podrás hacer nada porque estarás enamorada y sacrificarás tu vida sexual por un amor insulso que puede que termine mal.

—¿Sacrificar su vida sexual? —preguntó Emily.

—Exactamente. ¿Y si no son compatibles? —Morgan estaba defendiendo sus ideas con vehemencia, tanto que algunas cabezas se giraron en su dirección.

—Eso es imposible —protestó Emily.

—No lo es. La química sexual existe, y no siempre coincide con nuestros gustos.

—No voy a tener ese problema con Jacob —intervino Alice—, así que, por favor, dejemos el tema.

—¿Te da vergüenza? Somos tus amigas.

—No me da vergüenza hablar con vosotras de sexo. Lo que me preocupa es que todas las mesas de alrededor están pendientes de nuestra conversación.

—Panda de cotillas —se quejó Morgan.

Emily se rio entre dientes.

—Seguro que ellos se conformaron y ahora están frustrados sexualmente sin poder escapar de su relación sosa.

La mueca de Morgan alertó a Alice y a Emily.

—Cariño, ¿iba todo bien con Michael? —inquirió la librera con delicadeza.

—Eso ya nunca más será un problema —zanjó, sin dar pie a que le preguntaran algo más.

Cuando terminaron del desayunar y se encaminaron hacia la salida hubo más de tres mesas que no las perdieron de vista hasta que salieron del local.

***

Lo bueno de tener una amiga diseñadora de moda era que conocía las mejores tiendas de ropa de la ciudad y las dueñas y dependientas la conocían a ella, por lo que siempre les mostraban

algo exclusivo a lo que no todos los clientes tenían acceso.

Emily estaba rara, pendiente de su teléfono, preocupada porque hubiera algún problema en la librería mientras se ausentaba.

Ninguna de las dos le llamó la atención. Tanto Alice como Morgan la dejaron hacer hasta que comenzó a relajarse y a disfrutar del día, porque incluso se compró ropa: un par de vestidos preciosos que le quedaban de maravilla.

Alice, por su parte, se compró un vestido lencero de satén en tonos burdeos y, para contrarrestar la delicadeza del vestido y adaptarse al ambiente urbano, añadió una chaqueta de cuero tipo biker de color negro. Fue un capricho comprarla porque Alice nunca vestía tan informal, pero el conjunto quedaba ideal. Tampoco era que en la oficina le fueran a llamar la atención por vestir un poco más informal cuando no tenía reuniones con clientes, el problema era que se había acostumbrado a ese tipo de vestuario y tenía poca así en su vestidor.

Además, tenía unos botines de tacón fino que eran ideales para el conjunto.

—Ponte unos aros dorados no muy grandes y nada en el cuello. Vas a arrasar —la animó Morgan.

—Y el pelo suelto —apoyó Emily.

—¿No voy muy exagerada?

—Vas perfecta —Emily sonrió para infundirle ánimo.

—Si no se desmaya al verte quédate en casa —se rio Morgan—. Ahí no hay química, amiga.

—Y si se desmaya, tírate encima y asegúrate de que sois compatibles —se burló Emily con cariño.

—Tampoco es mala idea. —Morgan parecía darle mucha importancia al tema, aunque se negara a dar pie a preguntas.

A nivel personal, Alice nunca se había encontrado con ninguna

pareja con la que no fuera compatible, aunque no negaba que era posible que se diera el caso. Había gente que disfrutaba de kinks y fetiches, ella no estaba interesada y, por suerte, nunca había tenido un novio que quisiera probarlos, por lo que no había habido discusiones al respecto, pero el tono de Morgan y su insistencia la hacían pensar en que su amiga sabía muy bien de lo que hablaba.

—Le invitaré a subir si la ocasión lo propicia; si no es el caso, esperaré a la próxima cita para hacerlo. Ni siquiera sé cómo va a ir.

—De maravilla, porque vas a estar preciosa y eres divertida, inteligente y una compañía sensacional —apuntó Emily.

Morgan asintió muy seria.

—¿Sabes? Creo que mis preocupaciones sobre vuestra química eran una exageración. Es imposible que te vea con el vestido y no piense en comerte enterita.

Capítulo 21

Cuando le llegó el mensaje de Jacob avisándola de que había llegado barajó la idea de pedirle que subiera, pero, tras unos segundos de duda, optó por avisarle de que bajaba en seguida. Si le invitaba a subir iban a retrasarse para su reserva en el restaurante.

Tenía que dejar de darle importancia a las locuras que Morgan le metía en la cabeza. Jacob y ella eran compatibles, solo con que la rozara o se acercara lo suficiente como para que pudiera oler su perfume ya era suficiente para que su corazón y su pulso se aceleraran.

Nerviosa y expectante de que le gustaran sus elecciones de esa noche, se puso la chaqueta, cogió el bolso y salió por la puerta.

Jacob estaba apoyado en su coche cuando ella se paró frente a él. Sus ojos la recorrieron de arriba abajo.

—¡Wow! Estás preciosa.

—Gracias, tú también estás muy guapo.

Se acercó sin dejar de mirarla y le dio uno de sus castos besos en la mejilla.

—¿Incompatibles? Un carajo —musitó para sí misma.

Si un simple beso hacía que sus piernas se sintieran tan flojas, qué no haría otro tipo de intimidad.

—¿Has dicho algo? —preguntó él mientras le abría la puerta del copiloto.

—Nada importante.

En cuanto ella entró, cerró la puerta y dio la vuelta para ponerse al volante.

—Tú dirás —dijo con una sonrisa de diversión.

—¿Puedo? —señaló el ordenador de a bordo del coche.

—Por supuesto.

Alice se inclinó y escribió la dirección para que el vehículo le diera las indicaciones necesarias para llegar al restaurante. Cuando se apartó y Jacob vio lo que había seleccionado, le ofreció una sonrisa traviesa.

—La noche promete, y no hablo solo de la cena —apuntó con un guiño pícaro.

***

Nueva York tenía esa extraña habilidad de parecer un decorado de película justo cuando uno más necesitaba sentirse protagonista. Alice guio a Jacob por las calles de Little Italy, donde el aroma a albahaca fresca y ajo salteado flotaba en el aire como una advertencia: allí era imposible mantener la dieta.

Se detuvieron ante la fachada de Zia Maria, un rincón que Alice consideraba un refugio contra el caos de Manhattan.

Zia Maria apostaba por un diseño contemporáneo cálido, con paredes de ladrillo visto, una barra de primer nivel y una atmósfera relajante pero moderna. También era famoso por sus noches de música en vivo los viernes y sábados, en las que un cantante

melódico interpretaba clásicos de Frank Sinatra.

El menú se basaba en pasta hecha a mano diariamente y pizzas artesanales cocinadas en un horno de piedra.

—Si el tiramisú no te hace ver las estrellas, me planteo seriamente nuestra compatibilidad —bromeó ella mientras el camarero los conducía a una mesa tan pequeña que sus rodillas se convirtieron en imanes desde el primer segundo.

Jacob rio, esa risa que a Alice le recorría la columna como un escalofrío en pleno agosto.

Durante la cena, entre platos de fetuccini y unas copas de Chianti que parecía evaporarse por momentos, Jacob la observó con una intensidad que Alice intentaba sortear con comentarios de conversaciones cómodas. Sin embargo, cuando él extendió la mano para apartarle un mechón de pelo y sus dedos rozaron su mejilla, los pensamientos sobre su compatibilidad en otros aspectos centraron toda su mente.

—Somos una pareja de sibaritas —bromeó él, ignorando el bullicio de las mesas vecinas—. Este local es increíble. No sé cómo voy a superarte en nuestra próxima cita.

—¿Y si en lugar de tratar de superarnos escogemos un lugar entre los dos?

—Eso suena mucho mejor.

La velada fue tan increíble como había sido siempre entre ellos. Alice ya no estaba preocupada por haber elegido bien, hacía tiempo que se había perdido en la conversación con Jacob.

De hecho, cuando se dieron cuenta ya se habían terminado la cena y las copas de vino que habían bebido. Como Jacob tenía que conducir se habían limitado a una copa para cada uno; ella lo había hecho por pura solidaridad.

—¿Nos vamos? —preguntó él levantándose primero para

apartarle la silla y ayudarla a ponerse la chaqueta.

Alice ya no se sorprendió por el gesto, Jacob siempre había sido educado y detallista. Y no iba a quejarse por ello.

Al salir al exterior, el aire fresco de la ciudad los obligó a caminar más juntos. Alice permitió que Jacob le pasara un brazo por los hombros, un gesto que ella aceptó con una sonrisa mientras caminaban hacia el siguiente destino. El neón rosa y azul de un bar de estilo años cincuenta los saludó desde la acera. Al cruzar el umbral, el tiempo se detuvo entre taburetes de cuero rojo y una gramola que escupía clásicos del rock and roll.

—¿Cócteles clásicos en un lugar que parece sacado de una película? Me estás ganando por goleada —admitió Jacob, fascinado por la estética del local.

Ella le ofreció una sonrisa de agradecimiento, todavía recordando las hamburguesas que habían compartido la noche anterior.

Se acomodaron en un reservado al fondo. Alice pidió un Manhattan, haciendo honor al escenario, mientras Jacob optaba por un agua con gas con una rodaja de lima.

Allí, rodeados de ese aire nostálgico y el sonido del hielo chocando contra el cristal, la conversación siguió siendo tan cómoda y fluida como había sido siempre entre ellos.

—¿Siempre planeas tus citas con tanta precisión quirúrgica? —preguntó él, acercándose lo suficiente para que ella pudiera oler su colonia, una mezcla de madera y algo puramente Jacob.

—Solo cuando tengo que estar a la altura de las tuyas —respondió Alice, sosteniéndole la mirada sobre el borde de su copa.

—Bueno, ya hemos acordado zanjar ese tema y escoger entre los dos.

Alice asintió.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —pidió sorprendiéndole.

—Por supuesto.

—¿Por qué me saludaste aquella vez en el Wonderland cuando me pillaste mirándote?

Él se rio de buena gana antes de poder responder.

—No te pillé mirándome, tú me pillaste a mí —aclaró—. Llevaba meses viéndote cada semana con tu amiga y me pareciste interesante, además de preciosa. No podía evitar mirarte, y después de que me pescaras tantas veces reaccioné saludándote.

—Yo también te miraba. —Hizo una pausa—. ¿Recuerdas que te conté que tenía curiosidad por saber a qué te dedicabas?

—Lo recuerdo.

—Te puse un nombre —admitió, casi en un susurro—. No sabía cómo te llamabas…

Jacob sonrió y se inclinó hacia a ella, para profundizar la sensación de intimidad que aportaba la conversación.

—Me muero de curiosidad.

—El Rey de Corazones.

—¿Perdón? —Había hablado tan bajito que no estaba seguro de haberla entendido bien.

—El Rey de Corazones.

La tensión eléctrica entre ambos era ya casi tangible, más brillante que los carteles de Broadway. En aquel bar que olía a alcohol y a promesas, Jacob no necesitó palabras para demostrarle que, de todas las luces de Nueva York, ninguna brillaba tanto como ella esa noche.

—Eres increíble —dijo, y Alice sintió que no parecía enfadado, sino más bien divertido.

—Gracias. Tú también.

—Aunque entiendo el porqué del nombre, me preocupa que sigas creyendo que soy un mujeriego, porque te doy mi palabra de

que las comidas con mis clientas son solo eso, comidas de celebración.

—Lo sé. Gabriel dijo que jamás sales con tus clientas.

—No lo hago. —Se encogió de hombros—. Pero para mí es importante celebrar esa pequeña victoria.

—No creo que sea algo pequeño lo que haces.

—Cuando mis padres se separaron, mi madre no salió bien parada con la repartición. No quiero que nadie vuelva a quedarse sin nada si puedo evitarlo.

Ella asintió.

—Eres una buena persona.

—No lo soy, pero estoy encantado con que tú lo creas. —Sonrió con calidez—. ¿Quieres otra copa o nos ponemos en marcha? —La mirada hambrienta que le estaba dando no dejaba dudas de qué era lo que tenía en mente.

—A casa —pidió.

Jacob asintió y le dio un beso abrasador. Nada de mejillas en esa ocasión. Un beso en toda regla que dejaba claro cómo esperaba que terminara la noche, o, mejor dicho, dónde.

Capítulo 22

El sonido de la llave girando en la cerradura pareció un estruendo en el pasillo en penumbra. Alice entró primero, dejando las llaves sobre el mueble de la entrada con un tintineo metálico que marcaba el final de la cena, pero el inicio de algo mucho más eléctrico. Se giró para encontrar a Jacob justo detrás. Él no dio un paso más; simplemente se quedó allí, llenando el umbral con su presencia y esa mirada que, durante toda la noche, le había hecho sentir que el vino era totalmente innecesario para estar mareada.

—¿Quieres beber algo?, ¿agua?, ¿un café? —preguntó ella, aunque su voz sonó más a una pregunta de cortesía que a una invitación.

Jacob sonrió, esa sonrisa pícara que Alice ya empezaba a considerar su perdición personal.

—No tomó café después de las seis, pero sí que me apetece algo dulce y cálido.

—¿El qué?

—Tus labios —dijo con la voz ronca.

Acortó el espacio que los separaba. Sus manos, cálidas y

seguras, buscaron la cintura de ella, atrayéndola con una suavidad que la dejó sin aliento. Alice apoyó las palmas de sus manos en el pecho de Jacob, sintiendo el ritmo acelerado de su corazón bajo la camisa. Le gustaba saber que ella le provocaba el mismo caos que él le provocaba a ella.

—¿No has dicho que querías mis labios?, ¿a qué esperas? —susurró ella, inclinando la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos.

—Me gusta tomarme mi tiempo con todo lo que merece la pena —murmuró él contra su cuello, provocándole un escalofrío que no tuvo nada que ver con el frío de la noche.

—No soy partidaria de la lentitud —se quejó.

Jacob se detuvo un segundo para mirarla a los ojos. El beso que siguió no tuvo nada de tentativo. Fue un encuentro de labios que ya se conocían de otras despedidas, pero que esta vez sabían que no habría un adiós en el portal. Alice enredó sus dedos en el pelo de la nuca de Jacob, tirando de él hacia sí, mientras él la guiaba sin que el mapa de la casa importara lo más mínimo. Lo único relevante era el roce de la piel, el suspiro que ella soltó contra su boca y la certeza de que por fin habían llegado al lugar donde sobraban las explicaciones.

Jacob no esperó a llegar al dormitorio, que ni siquiera sabía dónde estaba. Sus manos cobraron una urgencia nueva, recorriendo la curva de la espalda de Alice con una determinación que la dejó vibrando. Ella respondió con la misma intensidad, deshaciéndose de la chaqueta de él como si fuera un obstáculo entre sus mundos. El nombre de ella escapó de los labios de Jacob como un gemido ahogado mientras él encontraba el camino hacia su hombro, dejando un rastro de besos que prometían no dejarse ni un solo centímetro por explorar.

Ella entrelazó sus piernas con las de él, sintiendo la solidez de su

cuerpo contra el suyo. El contacto de la piel desnuda, cuando las prendas empezaron a ceder ante la impaciencia de sus dedos, fue como una descarga eléctrica.

Se habían detenido en medio del pasillo que conducía al dormitorio de Alice, pero sin llegar a él.

No había nada coreografiado; era un caos perfecto de caricias. Alice sentía que cada lugar donde Jacob ponía su mano se encendía, convirtiendo su respiración en un coro de suspiros entrecortados.

Él la elevó con suavidad, obligándola a rodearle la cintura mientras la llevaba hacia cualquier habitación que tuviera una cama.

—La puerta de la derecha —indicó con la voz temblorosa, producto de las caricias.

Jacob no dudó, empujó la puerta sin soltarla y, con cuidado, la dejó sobre la gran cama de matrimonio en la que dormía cada noche.

Al depositarla sobre las sábanas, no rompió el contacto visual. En sus ojos había una promesa silenciosa: la de que esa noche no se trataba solo de saciar un hambre física, sino de fundirse hasta no saber dónde terminaba uno y empezaba el otro.

—No tienes ni idea de cuánto tiempo llevo imaginando esto —susurró él, con la voz rota por el deseo—. Eres la mujer más fascinante que he conocido nunca.

Alice no respondió con palabras. Tiró de él hacia abajo, buscando de nuevo su boca con una sed que solo Jacob podía calmar.

Se quitaron las pocas prendas que todavía llevaban y se quedaron desnudos, piel con piel, aliento cálido sobre aliento cálido.

Alice se irguió en busca de más besos mientras Jacob adoraba con sus labios y sus dientes cada centímetro de piel que sus manos acariciaban.

En un momento dado se separó de ella para conseguir un preservativo y Alice sintió la separación del cuerpo cálido que la adoraba como una pérdida.

—Eres preciosa —musitó—, deja que te vea, cariño —pidió, colocándose entre sus piernas e instándola a separarlas.

Alice hizo lo que le pedía y le facilitó el acceso. Cuando la lengua de Jacob arrasó con su sexo, un pensamiento perdido regresó a su cabeza haciéndola sonreír: no había ninguna duda de su compatibilidad. Absolutamente ninguna. Eran una explosión química perfecta.

Sus cuerpos se acoplaron con una armonía natural, como si hubieran sido diseñados para ese preciso instante. Cada roce era una confesión; cada movimiento, una entrega absoluta bajo la luz tenue que se filtraba por la ventana del dormitorio.

En el clímax de esa unión, el mundo exterior desapareció; fueron solo dos corazones latiendo al unísono. Dos personas que el destino se había empeñado en ponerles delante una y otra vez.

En el silencio que siguió, se percibió una profunda conexión. Las respiraciones se calmaron, acompasándose en un ritmo sereno. Se instaló una sensación de paz y alivio mutuo, un espacio compartido donde las palabras no eran necesarias. Fue un instante de intimidad que fue más allá de lo físico, un entendimiento silencioso que selló su vínculo en la penumbra de la habitación, hasta que un pensamiento intrusivo se coló en la mente adormecida de Alice: ¿qué eran? No habían etiquetado su relación. Sí, habían hablado de otras citas, pero ¿en calidad de qué?

Antes de que pudiera encontrar una respuesta satisfactoria a sus pensamientos, su mente se apagó quedándose dormida en los brazos de su Rey de Corazones.

Capítulo 23

Alice se despertó lentamente. Su mente adormecida sabía que era domingo, por lo que no tenía que madrugar para ir a trabajar, pero había algo que sentía que se le escapaba… Se despertó de golpe cuando el recuerdo de las caricias de Jacob invadió su mente.

Fue en ese instante cuando se dio cuenta de que estaba sola en la cama y tampoco se veía su ropa por el suelo, donde había quedado lo que no se quitaron en el pasillo.

Se dejó caer de nuevo en la cama con la mirada fija en el techo. No sabía si debía deprimirse o enfadarse.

¿Se había ido después de que se quedara dormida o por la mañana temprano? Lo malo de dormir tan profundamente era que una no se enteraba cuando la abandonaban.

Ni siquiera podía ver si le había enviado un mensaje porque había soltado su bolso de cualquier manera cuando llegó a casa y no estaba precisamente con ganas de levantarse.

Le dolía todo el cuerpo deliciosamente.

Se sobresaltó cuando escuchó ruido fuera del dormitorio. Se levantó de la cama, se puso una bata y salió con cuidado para ver

de dónde procedía el sonido.

Una vez fuera se dio cuenta que venía de la cocina, por lo que se relajó al instante. Ningún ladrón se metería en la cocina, allí no había nada de valor.

Consciente de que solo podía ser Jacob, entró con una sonrisa tonta que no pudo ocultar.

—Buenos días —la saludó él devolviéndole la sonrisa.

Llevaba la misma camisa del día anterior, pero sin el jersey, y sus vaqueros. Iba descalzo y parecía atareado con el desayuno.

—Buenos días —respondió acercándose a él para darle un beso casto en los labios. Todavía no se había lavado los dientes, por lo que no tenía intención de ir más allá.

—Espero que no te moleste que haya usado tu ducha y tu cocina.

—Por supuesto que no. Tengo cepillos de dientes nuevos por si quieres asearte mejor.

—Gracias, pero soy de ese tipo raro de personas que se toma antes el café —explicó con timidez—, odio que el sabor de la pasta arruine el momento.

Ella sonrió.

—Entonces desayunemos primero. ¿Qué estás preparando? —preguntó fijándose por primera vez en los ingredientes que había en la encimera de la cocina.

—Tortitas. No serán tan increíbles como las de la cafetería a la que te llevé, pero están deliciosas —dijo muy serio—, he tenido años de entrenamiento para perfeccionarlas.

Alice sonrió encantada. Había pasado de creer que se había ido, a verle cocinar en su casa.

—¿De veras?

—Gabriel, Phil y yo éramos compañeros de piso en la

universidad. Se puede decir que vivíamos de la especialidad de cada uno: Gabriel era un experto en fideos instantáneos; Phil es un hacha con las tortillas: le ponga lo que le ponga, por rara que parezca la mezcla, estarán impresionantes; y yo las tortitas. Sobrevivimos con ese menú en la universidad y seguimos sanos años después.

—Estoy deseando probarlas. ¿Necesitas ayuda o tengo tiempo para darme una ducha rápida?

Él se quedó mirándola unos segundos antes de asentir.

—Ve. Estaba pensando en acompañarte, pero no creo que sea buena idea porque, si te ayudo a frotarte la espalda, no desayunaremos, y necesitas alimento.

—Lo cierto es que estoy hambrienta —confirmó, se puso de puntillas y le dio un beso rápido en los labios—. En seguida vuelvo.

Cuando regresó quince minutos después, había una torre de tortitas que olía de maravilla, café recién hecho y fruta que Alice ni siquiera sabía que tenía.

—¿Yo tenía eso en casa?

—He hecho un pedido mientras estabas dormida.

—Gracias por tomarte tantas molestias.

—No es nada. Tengo que conquistarte con mis escasas habilidades culinarias —bromeó.

—No necesitas ese tipo de habilidades para conquistarme.

—¿Qué tipo de habilidades necesito?

—No te preocupes por eso —dijo ella con un guiño—, ya las has demostrado.

Jacob sonrió.

—Supongo que te refieres a mi capacidad innata para dar con los mejores restaurantes de la ciudad.

—¿Tan obvia soy? Es evidente que me refería a eso —admitió con una risita en la voz.

Él le guiñó un ojo y le hizo una señal para que probara las tortitas.

Alice no dudó y cargó su plato. Le echó un poco de sirope y unas fresas y se dispuso a degustar la comida que Jacob había preparado especialmente para ella.

Ya en el primer bocado tuvo la certeza de que estaban exquisitas, no obstante, quería ponerle nervioso, así que no dijo nada y se llevó otra carga del tenedor a la boca. Sabía que Jacob estaba pendiente de cada uno de sus gestos, por lo que no lo miró en ningún momento. Cargó una vez más y, sin pensar, alzó la mirada topándose con la de él; la seriedad con la que la observaba la hizo reír todavía con la boca llena, lo que propició que se atragantara.

Jacob le pasó la taza de café y, tras darle un buen trago y pasar el bocado, no pudo disimular más y se echó a reír. Consciente de que le había estado tomando el pelo, Jacob se quejó de su crueldad.

—No puedo creer que te hayas hecho la tonta a propósito —se quejó—, creía que no te gustaban y que estabas pensando en cómo decírmelo sin herir mis sentimientos.

—Son una delicia. A la altura de las de la cafetería a la que me llevaste.

—Ahora exageras.

—No lo hago. Están geniales, esponjosas y deliciosas. —Y reiteró sus palabras llevándose otro bocado a la boca.

—Me alegra que te gusten. No puedo hacerte la cena, pero puedo prepararte el desayuno.

Ella sonrió.

—Yo tampoco estoy muy ducha en la cocina, pero, por suerte, somos geniales encontrando restaurantes fabulosos.

—Tienes toda la razón del mundo.

Siguieron con el desayuno y, al terminar, Alice se ocupó de fregar

ya que él había cocinado, mientras Jacob se lavaba los dientes con el cepillo nuevo que ella le había dado. Dudó sobre si debía guardarlo en un cajón para la próxima vez o simplemente dejarlo junto al suyo.

Jacob acabó con su conflicto al hacer precisamente eso último.

Una vez que todo estuvo recogido Alice se planteó la posibilidad de pedirle a Jacob que se quedara si no tenía compromisos, sin embargo, antes de que pudiera hacer su oferta, él le propuso visitar el Met y comer fuera.

No obstante, antes tenía que pasar por su casa para cambiarse y adecentarse.

—No hay problema, quedamos más tarde en la puerta del museo —ofreció ella.

Jacob la miró confundido.

—¿No quieres acompañarme a casa?

—No, yo solo… supuse…

—¡Vamos! —Sonrió él tirando de su mano para que se levantara —, coge una chaqueta y el bolso. Ya estás preciosa como estás.

Alice sonrió encantada. Llevaba el pelo suelto, vaqueros, mocasines planos y un jersey rosa con el cuello asimétrico. El maquillaje justo para que no se le notaran las ojeras por haber dormido poco y una sonrisa de oreja a oreja, por lo que decidió que su elixir de belleza era precisamente su sonrisa de tonta en camino a enamorarse.

Capítulo 24

Volver al trabajo el lunes después de un fin de semana tan increíblemente bueno le costó a Alice más de lo que había previsto.

El domingo se lo pasó enteramente con Jacob. Después del museo fueron a comer y a pasear. Se despidieron poco antes de la hora de cenar y ninguno de los dos hizo el gesto de querer ir a casa del otro; Alice porque no quería que su relación se basara únicamente en el sexo, y esperaba que Jacob por la misma razón.

Su jornada festiva terminó por todo lo alto con la llamada de su madre quejándose porque hacía semanas que no iba a verla, la apaciguó con una conversación que se alargó tanto que tuvo que ponerla en el modo manos libres para poder prepararse algo para cenar.

De cualquier manera, el balance del fin de semana fue inmejorable, por eso le costó tanto regresar a la rutina del trabajo. Con la necesidad más absoluta de conseguir combustible para funcionar como se esperaba de ella en cuanto dejó el bolso y la chaqueta en su despacho, se encaminó hacia la cocina en busca del tan ansiado café.

Para su sorpresa la única persona que estaba allí era Phil. Normalmente a esas horas y, encima un lunes, la cocina estaba llena de compañeros ansiosos por tomarse su taza de café antes de tener que poner el cerebro en funcionamiento.

—No me digas que has espantado a todos nuestros compañeros —le dijo en tono de broma.

—Es posible, pero de forma totalmente involuntaria.

—Es lo que tiene ser el jefe.

Phil se encogió de hombros y siguió removiendo su café, como si no le importara el tema, aunque era evidente, por lo fuerte que movía la cuchara, que sí que era un asunto delicado para él.

Estaba claro que era consciente de que su personalidad no acompañaba a que los compañeros quisieran empezar su lunes escuchando sus regaños. De hecho, había ocasiones en las que se preguntaba cómo alguien tan alegre como Daniel podía soportar trabajar a su lado cada día sin altercados importantes.

—No creo que se trate de eso —comentó resignado—. Nunca se me ha dado bien hablar con la gente sin cabrearles.

—Conmigo hablas perfectamente.

—Eso es porque no eres tan susceptible como los otros.

Alice amagó una sonrisa.

—Tienes amigos de hace mucho tiempo —dijo—. Gabriel Sinclair me dijo que habíais vivido juntos en la facultad, y Jacob también me contó sobre esa época.

—Sí. Son buenos amigos. Supongo que están acostumbrados a mí.

—¿Por eso me lo querías presentar? A Jacob, quiero decir.

—No te sigo —confesó y había confusión real en su mirada.

—El día de la fiesta, cuando me dijiste que querías presentarme a alguien, ¿no era una encerrona para que saliéramos juntos?

Negó con la cabeza antes de hablar y dejar a Alice fuera de juego.

—Jacob no sale con nadie.

—¿Entonces?, ¿por qué?

—Te lo quería presentar porque es mi amigo y tú también. Por eso se lo presenté a Daniel cuando los tres coincidimos en un evento así, y esa era mi idea al querer que os conocierais.

—Entiendo.

—¿He hecho algo mal? —preguntó con preocupación.

—No, no. Todo está bien.

La miró con fijeza, intentando descubrir si decía la verdad. Debió de decidir que no lo hacía y se sintió incómodo, porque se disculpó y salió de la cocina directo a su despacho dejándose la taza de café, que tan enérgicamente había removido, encima de la encimera.

Alice se quedó allí siguiendo la estela de Phil y revolviendo su propia bebida.

Regresó a su despacho dándole vueltas al comentario de su jefe. No había dicho nada que mereciera la desazón que sentía: Jacob no tenía relaciones, él mismo se lo había confesado, por lo que no era una sorpresa para ella.

Lo que realmente la dejó tocada fue pensar en que no podía decirle a Phil que ahora sí que tenía relaciones, puesto que estaban juntos, porque ni siquiera estaba segura de que fuera así.

Y no debería de preocuparse por eso, habían hablado de seguir teniendo citas e incluso de comer juntos un día de esa misma semana, se mandaban mensajes y se llamaban y, además, apenas estaban empezando. Todavía tenían tiempo para ponerle un nombre a lo que fuera que tuvieran, el problema era que Alice era sumamente organizada. En el trabajo, en casa, en todo... y sentía que no establecer en qué consistía algo era como restarle

importancia. Como si no existiera.

No siguió con la línea de pensamientos porque llamaron a la puerta y, tras invitar a quien fuera a pasar, Daniel asomó la cabeza. Llevaba su propia taza de café en una mano y una bolsa de papel en la otra.

—Phil me ha dicho que ya tenías café, así que te he traído un bollo de chocolate para que superes lo que sea que el bocazas de mi jefe te ha dicho.

—¿Cómo sabes…? —se calló y le señaló la silla que había delante de su escritorio.

Daniel no se resistió y tomó asiento enseguida, dejando su taza sobre la mesa para abrir el paquete que llevaba.

—Phil ha llegado nervioso y preocupado y, cuando le he preguntado qué le pasaba, me ha confesado que creía que te había ofendido sin querer.

—No lo ha hecho. Solo me ha obligado a pensar en algo que intentaba olvidar.

—¿Jacob? —preguntó con suspicacia.

Ella asintió.

—No sé lo que somos. En una ocasión me dijo que no tenía relaciones y que no salía en citas, y ahora no sé si estamos saliendo o no.

—Es evidente que estáis viéndoos. Quizás es pronto para hablar de salir como pareja, pero si habéis acordado veros y ser exclusivos yo diría que estáis empezando algo.

Alice enloqueció.

—¡Madre mía! Ni siquiera hemos hablado de ser exclusivos.

—Quizás se sobreentiende. No entres en pánico o evita tanto quebradero de cabeza y pregúntaselo.

—¿Crees que debería?

—Creo que debes hacer lo que quieras y necesites. O puedes no hacer nada y dejar que la relación, sea cual sea, siga su curso.

—Puede que esa sea la mejor opción. No quiero presionar, pero...

—Deberías preocuparte por lo que tú necesitas —dijo muy serio —. Aunque, personalmente, yo esperaría. Es pronto, lleváis poco viéndoos.

Ella asintió.

—De momento voy a esperar. Si me agobio más con el tema le preguntaré directamente, aunque me muera de vergüenza. Ahora dame ese bollo antes de que se me enfríe el café.

Daniel se rio y le pasó su parte.

Capítulo 25

El sol de la tarde se filtraba a través de los grandes ventanales de Dear Reader, proyectando sombras alargadas sobre los gastados tablones de madera del suelo. Ubicada en una de las calles más tranquilas de Greenwich Village, la librería de Emily era un oasis de color frente al gris del pavimento neoyorquino.

Emily se movía por el local con la agilidad de quien conoce cada centímetro de su propio laberinto. Llevaba el cabello recogido de forma descuidada y un vestido de flores que parecía desentonar con las prisas de Manhattan, pero que encajaba perfectamente con el aroma a café y papel viejo que envolvía el lugar. Mientras acomodaba una pila de ediciones especiales de Orgullo y Prejuicio, no pudo evitar suspirar; era una romántica incurable en una ciudad que a menudo olvidaba cómo detenerse a mirar.

A Alice siempre le resultaba fascinante cómo el aire de Manhattan parecía transformarse justo al cruzar el umbral de la librería de su hermana. Mientras el bullicio de la Sexta Avenida quedaba atrás, el tintineo de la campana anunciaba su entrada a un universo donde el cinismo neoyorquino estaba estrictamente

prohibido.

Desde su posición junto a la puerta, Alice observó a su hermana. Emily estaba subida a una escalera de madera, balanceándose peligrosamente mientras intentaba encajar un ejemplar de tapa dura en la sección de small town. Para Alice, que trabajaba en el siempre moderno y tecnológico mundo de la publicidad, la librería de Emily era un anacronismo encantador, un castillo de papel construido sobre la fe ciega de su hermana en los finales felices y el amor verdadero.

Recorrió con la mirada las estanterías que Emily cuidaba como si fueran un jardín botánico. Había decorado los bordes de los estantes con guirnaldas de luces tenues y pequeñas pizarras donde escribía citas de las hermanas Brontë con una caligrafía impecable.

—Emily, si te caes de esa escalera, espero que un conde inglés aparezca para sostenerte —bromeó Alice, rompiendo el hechizo del silencio.

Su hermana se giró con una sonrisa radiante, bajando con una gracia que solo alguien que vive en una novela romántica podría poseer.

—Que sea un duque y me dejaré caer con gracia —bromeó. Se limpió el polvo de las manos en su vestido y abrazó a su hermana pequeña—. Alice, qué sorpresa. Normalmente quieres sacarme de aquí, no vienes a unirte a mí —se rio.

—Supongo que necesitaba un cambio de aires —confesó.

—¿Va todo bien?

—¿Tienes tiempo para un café?

—¿Para ti? Siempre. Dame un segundo.

Alice la vio acercarse a una de sus trabajadoras y decirle algo en voz baja. La chica asintió y la miró con una sonrisa a modo de saludo, que ella correspondió del mismo modo.

—¡Lista! Vamos a mi despacho, allí podemos hablar del tipo que te ha traído hasta aquí. Voy a tener que prepararle un regalo de agradecimiento —se burló.

—Muy graciosa.

Alice la siguió por el pasillo central, pasando el dedo por los lomos de los libros de la sección de enemigos que se convierten en amantes. No podía evitar analizar el local con su ojo profesional: la iluminación era demasiado tenue para ser comercialmente eficiente, y el inventario estaba organizado por tropes literarios en lugar de por orden alfabético. Alice se pregunta cómo su hermana era capaz de sobrevivir en semejante caos.

—Emily, la paleta de colores de este escaparate es un desastre visual, pero de alguna manera hace que quiera comprarlo todo y mudarme aquí —dijo esta en voz alta, interrumpiendo el paso de su hermana.

—Es el desorden del corazón. No todo puede ser una cuadrícula de diseño perfecto —respondió, riendo.

Alice observó a su hermana mayor con una mezcla de envidia y ternura. Mientras ella pasaba sus días analizando métricas de compromiso y campañas de marca, Emily vivía sumergida en la creencia de que el amor lo solucionaba todo. Para el observador externo, Alice era la mujer de éxito, pero en la penumbra acogedora de Dear Reader, era ella quien parecía la verdadera triunfadora: alguien que había logrado convertir su vulnerabilidad y su fe en el amor en un santuario físico en medio de la ciudad más cínica del mundo.

—Solo necesitaba recordar que la gente todavía lee finales felices —admitió Alice, relajando los hombros por primera vez en el día—. Aunque sigo pensando que deberíamos rediseñar el logo de la bolsa de tela.

Emily puso los ojos en blanco con cariño.

—Algunas cosas no necesitan una marca. Solo necesitan una historia.

Se dio la vuelta y siguió andando hasta la trastienda, donde tenía su despacho, una pequeña cocina y un baño.

—Necesito que me ayudes a organizar mi cerebro. Llevo exactamente cuatro citas con Jacob. Cuatro. En mi agenda, después de la tercera cita, debería haber una etiqueta clara: exclusivos, conociéndonos o error de sistema, pero no hay nada.

Se rio mientras le daba una taza de humeante café.

—Ay, mi pequeña Marie Kondo de las relaciones. Apenas estáis en la fase de las mariposas y tú ya quieres ponerles un número de inventario. Disfruta un poco, ¿no?

—¡No puedo! Me genera un cortocircuito. Mi personalidad no me permite vivir en este vacío legal de estamos saliendo, pero no somos nada. Necesito una estructura. No sé si puedo organizar planes a largo plazo o si mañana va a desaparecer porque técnicamente no me debe nada.

—Escúchame, como tu hermana mayor y experta en romances, te digo: el amor es lo único que no puedes meter en una hoja de Excel. Si intentas delimitarlo todo tan rápido, vas a asfixiar la magia. Jacob es detallista, te mira como si fueras lo único en la habitación... Eso es un lenguaje en sí mismo.

—Los lenguajes no estructurados son peligrosos, Emily. Encima Phil no cree que seamos nada.

—¿Te lo ha dicho? —preguntó con sorpresa e indignación. ¿Cómo se atrevía a tratar así a su hermana?

—No, simplemente mencionó que él no salía con nadie.

Emily descartó de inmediato su plan para dar una lección al jefe de Alice.

—Eso ya lo sabías.

—Sí, pero…

—Si el no saber te crea malestar habla con él, pregúntale sutilmente. Aunque mi consejo es que te des un margen de tres citas más sin preguntar. Si para la séptima sigues sin etiqueta, entonces sacas tu carpeta de archivos y se lo planteas abiertamente y sin rodeos.

—Daniel me ha dicho algo similar.

—¿Ves? Las grandes mentes piensan igual.

—No sé si buscar una tercera opinión —se rio—, puede que Morgan esté de mi parte.

—Ten paciencia y no te precipites —aconsejó—, aunque puedes preguntarle a Morgan, pero estoy segura de que te dirá lo mismo que nosotros.

—¿Tres citas más en la anarquía total? Me va a costar no darle mil vueltas, pero... confiaré en tu instinto romántico.

—Eso es lo más inteligente que puedes hacer. Soy una autoridad en el tema —bromeó.

—Seguro que lo eres.

—Y ahora vayamos a lo importante, ¿cómo estuvo la química entre vosotros?, ¿hicisteis estallar el laboratorio o falló el experimento?

Alice se rio ante el modo de preguntar de su hermana.

—¿No me digas que ahora te ha dado por leer romance académico? —se rio.

—¡Lo hago y me encanta! Pero no te vayas por las ramas y responde —exigió, muy seria.

—Sin duda, hicimos estallar el laboratorio.

Capítulo 26

Después de su charla con Emily, Alice decidió que iba a tomarse las cosas con calma. Sobre todo porque, tal y como había predicho su hermana, Morgan estuvo cien por cien de acuerdo con que se diera tiempo antes de hacerle la pregunta. Así que trató dejar de sobre pensar y se dio de margen las tres citas que Emily había sugerido.

Siguiendo las indicaciones de sus tres amigos, se armó de paciencia e intentó disfrutar de los momentos que podía estar con Jacob. Bien hablando por teléfono o bien en su escapada del miércoles a comer.

Habían decidido que el restaurante más cercano para ambos era el Wonderland, por lo que quedaron en verse allí.

Para sorpresa de todos, fue ella quien llegó primero y se ganó ciertas miradas de asombro cuando dio el nombre de Jacob para la reserva.

Easton, el camarero que siempre las atendía, fue todo sonrisas. Como si le emocionara la idea de que dos de sus clientes habituales tuvieran una cita en el restaurante. La acompañó hasta la mesa que los viernes ocupaba Jacob y le llevó un cóctel virgen, seguramente

porque era entre semana y debía regresar al trabajo.

—Muchas gracias.

—Lo mejor para nuestras clientas favoritas —anunció con una sonrisa encantadora.

Alice se rio.

—Eres un adulador.

—Lo soy, pero en este caso es la verdad —dijo él con un guiño antes de darse la vuelta y regresar a su trabajo.

No tuvo que esperar mucho para que llegara su cita. Como cada viernes que lo había visto en ese mismo lugar, llevaba un traje de chaqueta que le quedaba como un guante. En cuanto la vio esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Se acercó a ella sin dejar de sonreír y, sin importarle quién los viera, se agachó y le dio un suave beso en los labios para saludarla.

—Siento llegar tarde.

—No te preocupes. Easton ha cuidado de mí —dijo levantando su bebida para enseñársela.

—Dime que no lleva alcohol.

Ella rio.

—Claro que no. Te he dicho que ha cuidado de mí.

—Eres una de sus favoritas.

—Lo sé —dijo riendo—, soy encantadora y generosa con las propinas.

—Eres encantadora, estoy de acuerdo.

La aparición de Easton hizo que aparcaran la conversación en favor de pedir la comida. Tenían dos horas para comer porque debían regresar al trabajo, por lo que a ninguno de los dos les molestó la interrupción.

Cada uno pidió un plato distinto y los compartieron. Alice siempre se decantaba por la especialidad diaria del chef y, como

Jacob pensaba lo mismo, optaron por pedir los dos platos del día.

—Una de las cosas que más me gustan del Wonderland es la comida —dijo Jacob, muy serio.

—¿Una?, ¿cuáles son las otras?

Él sonrió con picardía.

—El servicio y, por supuesto, la clientela.

—No mientas —se quejó ella.

—No miento. Me encantaba coincidir contigo y con tu amiga.

—¿Por qué? —La curiosidad la estaba devorando.

—Os reís mucho y a veces habláis fuerte. Me parecisteis divertidas y llenas de vida y, cuando te estrellaste contra mí en el baño, me pareció adorable tu reacción.

—¿Te refieres a cómo te obligué a decirme tu nombre?

Él se rio.

—Fue adorable.

—Fue vergonzoso.

Él negó con la cabeza sin dejar de sonreír.

—Esto se siente bien —comentó Jacob—, comer aquí juntos. Con la de veces que te he mirado desde esta misma mesa.

—Las mismas que yo te miré a ti dado que me pillaste la mayoría de las veces, pero no cambies de tema. Cuéntame algo vergonzoso sobre ti.

Él se rio.

—Soy experto en saludar con muchísima energía a gente por la calle que estoy convencido de conocer, para luego darme cuenta de que son completos desconocidos. He llegado a mantener conversaciones de dos minutos por pura vergüenza a admitir que no sé quiénes son.

—Eso no es vergonzoso, es entrañable. Dime algo que de verdad dé vergüenza.

—No se me ocurre nada —dijo sin mirarla a los ojos.

—¡Vamos! Un abogado de divorcios de alto nivel debe tener secretos inconfesables. Cuéntame algo vergonzoso que te haya pasado en el juzgado.

Se tapó la cara con las manos

—De acuerdo esto es horrible. Mi segundo año de ejercicio. Tenía un caso de divorcio supertenso, de esos donde los clientes se odian a muerte por una vajilla de plata.

—Directo al grano, ¿qué hiciste?

—Estaba en sala, delante del juez más estricto de la ciudad. Yo quería demostrar que la otra parte era emocionalmente inestable. En un momento de máxima intensidad, me levanté, señalé al marido de mi cliente y grité con toda la autoridad del mundo: «¡Señoría, es evidente que este hombre no tiene palabra! ¡Incluso me prometió amor eterno el verano pasado y miren cómo estamos!».

—¿Qué?

—Exacto. El silencio en la sala fue sepulcral. Mi cliente me miró como si fuera un alienígena. El juez se bajó las gafas y me preguntó: «Letrado, ¿acaba de confesar un romance con el demandado o se ha equivocado de guion?».

Alice estalló en carcajadas

—¡Te confundiste de cliente!

—¡No! Es que la tarde anterior acompañé a Gabriel a una entrevista con una clienta que quería divorciarse y sus palabras me marcaron tanto que supongo que me las aprendí de memoria y salieron en el peor momento posible. El marido se puso rojo y gritó que no me conocía de nada. Tuve que pedir un receso para ir al baño e intentar teletransportarme a otra dimensión donde no hubiera salas de juicios a las que tenía que volver.

—¿Ganaste el caso al menos?

—Gané, pero ahora el juez me guiña el ojo cada vez que me ve en el pasillo y me pregunta: «¿Cómo va ese corazón, señor Hearst?».

Alice rio de buena gana. Cuando pudo dejar de hacerlo decidió que era el momento ideal para sacar a relucir uno de los temas que no podía quitarse de la cabeza.

—Ya que estamos en tema de vergüenzas, ¿puedo preguntarte algo que me ronda la cabeza desde hace algún tiempo?

Jacob asintió y su expresión se volvió seria a la espera de que ella hablara.

—¿Por qué no te quedaste la noche que nos vimos en Aether?, y ¿por qué no me pediste mi número de teléfono cuando me hice daño en el tobillo? En ese tiempo eras amable, pero distante, así que no entiendo muy bien cuando dices que nos mirabas a Morgan y a mí.

—Te miraba a ti.

—Entonces, ¿por qué fuiste tan amable pero distante todo el tiempo? Y, ¿por qué cambiaste cuando coincidimos en tu bufete?

—De acuerdo —concedió muy serio—, esto va de no tener vergüenza o de compartirla. —Hizo un gesto desdeñoso con la mano —. Me asustaste.

—¿Perdón?

Alice no tenía ni idea de qué sentir ante semejante declaración.

—Si ya me parecías alguien interesante, hablar contigo fue mucho más. Eras divertida, encantadora y estabas obviamente interesada.

—Te diste cuenta.

—El problema era yo. Me asustaba lo mucho que quería volver a verte. ¿Recuerdas que te dije que no tenía citas porque nunca deseé volver a quedar con la misma mujer?

Ella asintió.

—Ni siquiera habíamos hecho nada más que hablar y ya esperaba verte de nuevo, y coincidir en Aether y descubrir que teníamos amigos en común me descolocó mucho. Lo siento si te hice sentir mal.

—No me debías nada —dijo—, es solo que no entendí tu actitud. Viniste a asegurarte de que estaba bien tras hacerme daño en el tobillo y después huiste.

—Lo sé, por eso te acosé en mi bufete.

—No me acosaste, solo… fuiste insistente.

—Y te acosé en la fiesta de Daniel.

Ella rio ante la insistencia de él en decir que la había acosado.

—Lo pasé muy bien jugando contigo al abogado y el acusado.

—Lo inventé porque quería conocerte mejor —confesó.

—Me gustó por la misma razón.

—Bien. —Sonrió él.

—¿Puedo hacerte una última pregunta y nos olvidaremos de esta conversación como si no hubiese existido?

—Ahora estoy asustado de verdad —bromeó.

—¿Somos exclusivos?

Jacob parpadeó sorprendido por la cuestión. Seguramente era lo que menos esperaba que ella le preguntara.

—Por supuesto.

Alice sonrió, encantada.

—Bien.

Él pareció relajarse.

—Bien —secundó.

Capítulo 27

A Alice se le había complicado la jornada laboral y había cancelado la comida de los viernes con Morgan, lo que significaba que no vería a Jacob, al menos hasta el día siguiente, sábado, que habían quedado para cenar.

De hecho, tuvo que quedarse a trabajar en la oficina fuera de su horario laboral con el equipo que llevaba la campaña que estaba dando problemas. De no haber sido porque debían tener el proyecto listo para el lunes siguiente, no habría sucedido, pero el cliente había rechazado cuatro campañas perfectas, lo que los tenía nerviosos y con el tiempo jugando en su contra.

Phil y Daniel también se quedaron. Alice agradeció el gesto de su amigo. Después de todo, no estaba obligado a hacerlo. Ni siquiera lo estaba Phil. Ella, como directora creativa, era la única que tenía que estar junto a su equipo.

Estaban todos en la sala de juntas más grande de la agencia, con las pizarras interactivas encendidas haciendo una tormenta de ideas. El problema era que, dada la naturaleza del producto a vender, todas iban encaminadas en la misma dirección, justo la que

el cliente había vetado.

—¿Y si en lugar de enfocaros en el producto lo hacéis en el dueño? —propuso Daniel, sorprendiéndolos a todos—. Es un tipo peculiar. Ya ha dejado claro lo que no quiere. Con lo que sabéis de él tratad de adivinar qué quiere.

—No sabemos nada de él —se quejó uno de sus compañeros—. Solo que no le gusta lo que le hemos propuesto.

Daniel se rio.

—Conocer a alguien es tan simple como acosarlo en sus redes sociales.

Phil dio una palmada.

—Bill, búscalo en las redes típicas. Probemos con la idea de Daniel —pidió animado.

Alice le dio un asentimiento de cabeza a su amigo para hacerle saber lo increíble que le había parecido su razonamiento.

Durante la siguiente hora revisaron cada una de las publicaciones del tipo. Lo que les ayudó a hacerse una idea real de lo que le gustaba y lo que no. Su producto no dejaba de ser una parte de él, por lo que era inteligente utilizar esa información para preparar la campaña.

De cualquier manera, el grupo se dividió en dos. Se prepararon dos campañas simultáneamente, y la idea era presentárselas el lunes para que viera que habían tenido interés en él y en su producto.

Durante las siguientes cuatro horas todos estuvieron atareados con algo. Jacob llamó a Alice, pero esta no se sentía bien respondiendo cuando sus compañeros estaban tan centrados que apenas pararon para comer algo rápido y ligero, por lo que le mandó un mensaje poniéndole al día de lo sucedido y diciéndole que le llamaría cuando terminara.

Cuando finalmente acabaron, seis horas después, todos estaban reventados. La presión para llegar a tiempo era tan dura como el trabajo manual más pesado.

Poco a poco los compañeros se fueron marchando para disfrutar del fin de semana. Phil se ganó el aplauso de todos cuando les dijo que el lunes podían entrar a trabajar dos horas más tarde del horario laboral; no era mucho, dadas las horas que habían echado, pero fue un detalle de su parte que lo propusiera.

Alice vio como Daniel le guiñaba un ojo a su jefe, en señal de aprecio y este se ponía colorado. Visiblemente nervioso, se retiró a su despacho, seguramente a recuperar sus cosas, y Daniel aprovechó para avisarla de que le esperara para llevarla a casa.

—No hace falta. Tú también estás cansado.

—Estoy bien. ¡Espérame! No se te ocurra escapar —la regañó con afecto.

—De acuerdo. Voy fuera a llamar a Jacob.

Él se rio.

—¡Oh, el amor! —se alejó canturreando.

Alice le devolvió la llamada a Jacob en cuanto recuperó su chaqueta y su bolso. Salió al pasillo, frente a los ascensores, y llamó. Era lo suficientemente tarde como para que hubiera una posibilidad de que él no respondiera, pero, en cualquier caso, quería que supiera que había cumplido su palabra y había llamado.

Por su parte, Alice estaba desesperada por llegar a casa, darse un baño relajante y meterse en la cama. Estaba agotada y hambrienta, el problema era que, a esas horas, no había manera de que pudiera pedir comida a domicilio. Lo que la dejaba con la triste perspectiva de alimentarse con lo que fuera que tuviera en casa. Estaba tan cansada que no recordaba qué sobras tenía en la nevera.

—Alice —saludó Jacob al descolgar.

Parecía aliviado de que le hubiera llamado.

—Hola, siento no haberte podido responder, pero teníamos un problema en la agencia y no podía perder un segundo.

—No te preocupes. He leído tu mensaje. ¿Sales ahora de trabajar?

—Sí —contestó con cansancio.

—Es muy tarde. ¿Quieres que vaya a por ti y te lleve a casa?

—No te molestes, Gracias. Daniel se ha ofrecido a llevarme, así no tienes que salir a estas horas.

—De acuerdo, pero ¿me harás un favor?

—Claro.

—Mándame un mensaje cuando estés en casa. Así me quedo tranquilo.

Ella rio con las pocas fuerzas que le quedaban.

—Por supuesto, pero no te preocupes, Daniel es un buen conductor y no va a marcharse hasta que me vea entrar sana y salva en casa.

—Igualmente, por favor.

—Por supuesto.

—Que descanses, nos vemos mañana. Estoy deseando que llegue —dijo Jacob sin ambages.

—Yo también.

Colgó y escuchó los pasos que venían por el pasillo. Daniel y Phil aparecieron charlando.

—¿Lista? —preguntó Daniel.

—Cuando quieras.

—¿Vas a llevarla a casa? —preguntó Phil.

—Sí. No iba a permitir que se fuera sola en taxi tan tarde.

Phil asintió.

—¿Os apetece comer algo antes? —Había cierta timidez en su

petición.

Alice estaba agotada, pero no había comido nada consistente en el almuerzo y era consciente de que nadie le iba a llevar un pedido a casa a esas horas.

—¿Dónde nos darán de comer a esta hora? —preguntó Daniel, reflejando sus propios pensamientos.

—Conozco un lugar abierto veinticuatro horas en Queens.

—Tengo hambre —dijo Alice simplemente.

—Yo también —la secundó Daniel.

Phil pareció destensarse, como si le hubiese estado preocupando que le rechazasen.

—Te paso la dirección por mensaje —le dijo a su asistente.

—Perfecto. Nos vemos allí.

—¿Os importa si le digo a Jacob que se pase a cenar? Quizás no tenga ganas, pero…

—¡Hazlo! —La cortó Daniel—. Invita el jefe.

Phil dijo algo que no sonó a protesta, pero ella ya no le prestó atención. Le mandó un mensaje a Jacob para decirle que no se iba directamente a casa, sino que iría a comer algo con sus compañeros, y aprovechó para invitarle a unirse a ellos. Para su sorpresa la respuesta le llegó pocos segundos después pidiéndole la dirección.

—Jacob también viene —anunció con una sonrisa.

—Estupendo, cuántos más seamos mejor —contestó Daniel, y añadió, con una sonrisita de sabelotodo—: Si está dispuesto a salir a estas horas solo para verte un rato, eres más que un simple ligue.

Alice se quedó pensando en sus palabras mientras bajaban en ascensor al aparcamiento del edificio y mientras conducían al local donde esperaba cenar y ver a Jacob.

Y siguió haciéndolo cuando Jacob se sentó a su lado y estuvo pendiente de ella en todo momento; él apenas tocó la comida, lo

que le hizo decantarse por la opción de que había salido solo para estar con ella, no porque tuviera apetito y su invitación había llegado en el momento oportuno.

Capítulo 28

De espaldas al bullicio de Brooklyn, el interior de The Gilded Crane envolvía a Alice en una atmósfera de misticismo industrial. Lo que más le fascinaba no era solo el diseño, sino el sonido: una mezcla de agua corriendo por canales de cobre ocultos y un sintetizador que imitaba el canto de aves del bosque de Aokigahara.

El techo estaba cubierto por miles de hilos de fibra óptica que goteaban luz verde esmeralda, simulando una lluvia estática. El aire olía a madera de sándalo y a algo picante, una mezcla de chile de Sichuan y cítricos.

Desde su mesa, tallada en un bloque de resina transparente que atrapaba flores de loto reales, observó la barra de Kintsugi. Los camareros no solo servían bebidas; vertían sake en cuencos que parecían romperse y repararse con oro ante sus ojos. En el centro del salón, una pantalla de vapor proyectaba hologramas de caligrafía japonesa que se disolvían cuando alguien pasaba a través de ellos para ir al baño.

Alice vio a Jacob pedir un cóctel que venía servido en una pequeña pagoda de cerámica que echaba humo de nitrógeno. Era el

tipo de lugar donde el lujo no era mármol y terciopelo, sino una experiencia sensorial que te hacía olvidar en qué siglo te encontrabas.

Sentados frente a frente, la luz esmeralda del techo de fibra óptica esculpía las facciones de Jacob, dándole un aire casi irreal mientras manipulaba sus palillos de obsidiana.

—Me encanta la estética de este restaurante y tiene pinta de que la comida esté al mismo nivel —comentó Alice, observando cómo un camarero depositaba en el centro de la mesa el plato estrella: el Dragón de Ceniza, un sashimi de atún servido sobre una piedra volcánica que aún desprendía un calor brumoso.

Jacob soltó una risa divertida.

—Este lugar es tan increíble que pasas de sentirte un rey a un campesino en el Japón medieval. Todo en él es hipnótico.

—Es una maravilla, y lo mejor de todo es que es la primera vez para ambos.

Él se rio del comentario.

—Es una mujer muy competitiva, señorita Rosewood.

—Culpable de los cargos, letrado.

Alice miró a través del vapor del plato, buscando una respuesta en los hologramas que flotaban sobre ellos. La conversación se volvió un baile de confesiones a media luz.

—Y dígame, señorita, ¿qué planes tiene para después de la cena?, ¿otro local de copas con el que impresionarme?

Ella negó con la cabeza.

—La verdad es que había pensado en algo más… ordinario. Ir a casa, ver una película…

Jacob la miró con hambre en los ojos.

—Eso suena mucho mejor que el local de copas.

El apartamento de Jacob se sentía distinto esta noche. La

primera vez que Alice estuvo allí fue una parada técnica, un paréntesis rápido. Ahora, tras la cena y el paseo, el espacio se sentía como un testigo silencioso de algo que estaba mutando.

Jacob no encendió las luces principales. Se movió con la confianza de quien conoce cada centímetro de su refugio, pero sus ojos no se apartaban de Alice mientras ella dejaba su bolso sobre la encimera de la cocina, un gesto doméstico que hizo que el pulso de él se acelerara más que el mejor vino de Little Italy.

—La última vez que estuviste aquí teníamos prisa —dijo Jacob, atrapándola por la cintura antes de que pudiera alejarse hacia el ventanal.

Alice sonrió, apoyando las manos en el pecho de él, sintiendo el ritmo constante de su corazón a través de la camisa.

—Esta noche no la tenemos.

El beso fue diferente al de la primera vez. Menos urgente, más deliberado. Había una memoria muscular que los guiaba; Jacob ya sabía dónde era más sensible, y ella sabía exactamente cómo inclinar la cabeza para profundizar el contacto. Se movieron hacia el dormitorio casi sin romper el beso, tropezando suavemente con la alfombra, una coreografía torpe y perfecta a la vez.

Al caer sobre las sábanas de Jacob, el peso de la incertidumbre sobre qué eran pareció desvanecerse. En la intimidad de su cama, la falta de etiquetas no se sentía como una carencia, sino como un proceso en marcha. Jacob la recorrió con una parsimonia que decía más que cualquier declaración: sus manos no solo buscaban placer, buscaban anclarse a ella.

—Por favor… —susurró Alice entre respiraciones agitadas, mientras él enterraba el rostro en su cuello.

—Dime qué quieres —preguntó Jacob, deteniéndose un segundo para mirarla a los ojos con una intensidad que casi dolía—. Te daré

lo que sea.

—A ti.

—Me tienes —declaró con solemnidad.

Alice subió las manos por sus costados, delineando la dureza de sus músculos hasta enredar los dedos en su pelo, tirando de él para reclamar su boca. El beso fue profundo, con sabor a vino y a una urgencia contenida que finalmente estalló.

Sus manos eran expertas, trazando el camino desde su cintura hasta la curva de sus pechos con una parsimonia tortuosa. Cada vez que él encontraba un punto sensible, Alice arqueaba la espalda, buscándolo, muriéndose por reducir a cero el espacio entre ambos.

—Te he recordado toda la semana —susurró él contra su oído, y el roce de sus labios envió un escalofrío que Alice sintió hasta en la punta de los dedos—. Pero esto, tenerte otra vez pegada a mí, es mejor que cualquier recuerdo.

Él bajó por su cuello, dejando un rastro de besos húmedos y mordiscos suaves que la hacían jadear su nombre. Se detuvo en el hueco entre sus pechos mientras sus dedos ágiles jugaban con ellos, pellizcando sus sensibles pezones y lamiéndolos para suavizar el pinchazo.

Su boca experta no dejó un centímetro sin homenaje. Alice estaba tan excitada y se sentía tan adorada que ni siquiera tuvo tiempo de devolverle el favor. Jacob la tenía prisionera bajo su cuerpo mientras la llenaba de placer y cuidados.

Y, aun así, no era solo sexo; era una reclamación silenciosa. Jacob la recorría con la devoción de quien estudia un mapa sagrado, deteniéndose en la seda de sus muslos, haciendo que ella se abriera a sus caricias y se deshiciera bajo su peso.

Cuando finalmente entró en ella, el ritmo fue lento y deliberado, una coreografía de fricción y calor que los dejó sin aliento. Alice

cerró los ojos, aferrándose a las nalgas de Jacob mientras el placer se expandía en oleadas, naciendo desde donde sus cuerpos se conectaban y envolviéndolo todo. En ese instante, con el corazón de él latiendo contra el suyo, la falta de etiquetas no importaba. Lo que tenían era físico, era real y ocupaba todo el espacio de la habitación.

Se quedaron entrelazados mientras el pulso regresaba a la calma, envueltos en el aroma de las sábanas limpias y el rastro de su propia piel.

En la penumbra del cuarto, rodeados por el olor del sexo y la calidez del encuentro, la habitación se convirtió en el único lugar donde no tenían que dar explicaciones a nadie, ni siquiera a ellos mismos.

Capítulo 29

La semana había sido muy intensa a nivela laboral para Alice, quien apenas había podido escaparse el martes para comer con Jacob y salir disparada después a la oficina.

El cliente complicado había aceptado una de sus propuestas, pero había pedido ciertos cambios que habían supuesto trabajo extra para todos, por lo que la perspectiva del fin de semana era lo único que había animado a Alice.

Además, estaba cerca de que se cumplieran las tres citas, si no entendía como cita la cena rápida que había compartido con Jacob, Daniel y Phil porque, si lo hacía, ya las había superado. El domingo por la mañana en casa de Jacob tampoco contaba porque era la prolongación de la noche anterior, de modo que todo quedaba pendiente de lo que sucediera al día siguiente, cuando habían quedado para ir a ver un musical.

Suspiró apesadumbrada al pensar en que su hermana y Morgan se enteraran de sus planes, ya que ambas sabían lo mucho que los detestaba.

Podría haberle dicho a Jacob que no quería ir, pero él parecía tan

emocionado por ver Hamilton que no tuvo valor para decirle que, si ya de por si aborrecía los musicales, uno de corte histórico estaba vetado para ella.

Como era habitual, al llegar al Wonderland se encontró con que tanto Morgan como Jacob ya estaban allí, lo que la desconcertó fue que estuvieran sentados juntos en la misma mesa con otra persona que no distinguía, pero que estaba claro que no era Gabriel Sinclair, la única que persona que los dos tenían en común.

Conforme se acercaba a ellos se le aceleró el pulso y sus piernas se debilitaron porque la persona que estaba con ellos era ni más ni menos que Amelia Hearst, la madre de Jacob. La famosa pintora que su madre admiraba al nivel de lo que adoraba al Boss.

Amelia Hearst tenía el cabello más claro que su hijo y el mismo tono de ojos, pero donde Jacob era alto y de hombros anchos ella era menuda y delicada. Al menos en apariencia, porque sus ojos hablaban de fuerza y fuego interior.

Jacob se levantó para saludarla con un rápido beso en los labios.

—Hola, espero que no te moleste, pero le he pedido a Morgan que os unierais a nosotros hoy para comer.

—Hola —saludó ella paseando la mirada de Jacob a su madre y, finalmente, a Morgan, que la observaba entre divertida y preocupada por su reacción.

—Alice —la tomó de la cintura para llevarla al lado de su madre —, esta es Amelia, mi madre; mamá, esta es Alice Rosewood, de quien ya has oído hablar.

La mujer se puso de pie y se acercó para darle un cálido y rápido abrazo.

—Es un placer conocerte, Alice. Eres mucho más guapa de lo que Jacob me había dicho.

—Te dije que era preciosa —protestó este mientras miraba a

Alice con preocupación.

Amelia solo se reía de su apuro.

—El placer es mío. Mi madre es una fan de su trabajo.

Tras las presentaciones tomaron asiento y Easton se acercó a ellos con su sonrisa habitual, dispuesto a tomarles nota.

La conversación fluyó de manera fácil. Amelia era tan carismática como su hijo y tan habladora como Morgan, por lo que todos congeniaron bien.

La mujer le hizo preguntas a Alice sobre su trabajo y sobre su familia, pero en ningún momento se sintieron intrusivas, sino como algo natural de alguien que quería conocer a la amiga de su hijo.

Sin darse cuenta, la conversación derivó en el divorcio de Morgan, que estaba costando más de lo esperado porque Michael se negaba a firmar los papeles, lo que hizo que Alice cayera en la cuenta de que era viernes, pero Jacob no estaba comiendo con alguna clienta satisfecha.

—¿Por qué no estás comiendo con alguna de tus clientas?

Él se rio.

—Mi madre está exponiendo cerca de aquí; como estaba libre para comer, pensé que sería buena idea que la conocieras.

Ella asintió sin saber qué decir. Había estado tan preocupada, por mucho que hubiese tratado de no estarlo, por no haber hablado abiertamente de lo que eran... y en esos instantes él la sorprendía presentándole a su madre. A su madre, nada menos, la mujer que lo era todo para él.

Easton apareció con la comida y, después del primer bocado, Alice comenzó a relajarse.

La velada fue encantadora. En algún momento de la misma, Morgan aprovechó que Jacob y Amelia hablaban de alguien a quien ambos conocían para susurrarle al oído:

—No hay mayor declaración de amor que te presenten a la madre. Te aseguro que, aunque no mencione directamente una etiqueta, te acaba de poner una enorme en este momento.

Alice asintió con una sonrisa enorme.

—Creo que no es necesario preguntar. Todo surgirá cuando sea el momento.

Morgan la miró con una expresión de exagerada sorpresa.

—¿Quién eres y que has hecho con mi mejor amiga controladora? —la pinchó.

—Muy graciosa.

—Estoy hablando en serio. Cuando acabemos de comer voy a llamar a Emily para contarle lo mucho que has cambiado. —Y añadió con exagerada expresión de incredulidad—: No me va a creer.

Cuando terminó la comida, Jacob propuso pasarse por la galería en la que su madre estaba exponiendo, pero Morgan se excusó aludiendo que tenía planes y, tras despedirse de ellos, los otros tres pusieron rumbo a la galería.

Tal y como había mencionado Jacob, el sitio estaba cerca del Wonderland, por lo que dieron un pequeño paseo hasta allí. En menos de cinco minutos llegaron a la puerta que, por supuesto, dada la hora que era, estaba cerrada.

—Tengo la llave —anunció Amelia al ver la decepción de Alice—. Todavía no hemos inaugurado, por lo que estoy en fase de preparación y tengo la llave para entrar cuando quiera.

—Lo que quiere decir que vas a ver su trabajo antes que nadie —comentó Jacob, encantado con la posibilidad de ofrecerle ese privilegio.

Amelia abrió la puerta y Jacob entró en primer lugar para encender las luces y asegurarse de que no había nada por el medio, preocupado por que tropezaran.

—Mi hijo está loco por ti.

—Es mutuo.

—Lo veo —rio ella—, y me encanta ver que por fin ha superado lo que fuera que le impidiera plantearse tener una relación. —Le guiñó un ojo y le ofreció una sonrisa—. Quiero nietos.

Alice rio de buena gana.

—Creo que es un poco pronto para eso.

—Soy una persona muy paciente —admitió con la misma picardía de su hijo.

—Hace unas semanas hubiese dicho que yo no, pero ahora creo que lo soy. Quizás, no mucho, pero un poco sí.

Amelia sonrió, encantada.

Epílogo

*D*os meses después

—Tu novio no te quita los ojos de encima —le dijo Daniel con una sonrisita divertida—. Cualquiera diría que tiene miedo de que te enamore.

Fue el momento de Alice de reír.

—Sabe que eres uno de mis mejores amigos. No piensa eso.

Daniel abrió los ojos de la sorpresa y se llevó una mano al pecho en un gesto teatral.

—¡Qué bonito! Yo también te quiero como mejor amiga —admitió abrazándola con fuerza.

Todavía no se habían separado cuando la voz llena de risa de Jacob sonó cerca de ellos:

—Daniel, suelta a mi novia o pondrás celoso a todo el séquito que te persigue —bromeó.

El aludido la soltó con una sonrisa en los labios.

—Esa es la mejor parte de tener un séquito —le siguió la broma —: ponerlos celosos para que se interesen más y me mimen.

—Dime que no me has abrazado para molestar a alguien —se unió Alice.

—No lo he hecho. Te he abrazado porque me has incluido en tu lista de mejores amigos. —Volvió a ponerse la mano en el corazón—. Ha sido por pura emoción.

Alice sonrió, feliz.

—Os dejo a solas, chicos. Voy a atender a mis invitados —anunció mientras se alejaba de su lado para pasearse por la terraza de su ático, llena de asistentes a su fiesta.

—¿Sabes que le has alegrado el día con tu comentario? —dijo Jacob.

—Lo sé, pero es la verdad. Estos últimos meses he tenido suerte con los hombres —dijo en tono de broma, aunque no dejaba de ser cierto—. He conseguido un amigo leal y divertido y un novio guapísimo y encantador que me hace muy feliz.

Jacob sonrió, encantado.

—¿Dónde está mi abrazo? Porque Daniel ha recibido el suyo y yo…

Alice se lanzó a sus brazos sin pensarlo y él la rodeó con fuerza, pero sin llegar a hacerle daño.

—Te quiero —susurró en su oído—. No hay duda de que el afortunado soy yo.

Ella se arrebujó más en él.

—Yo también te quiero, y no te pongas en plan competitivo conmigo que ya sabes lo que pasa.

Jacob se rio sin dejar de abrazarla.

—En ese caso, tú eres la afortunada.

Alice se apartó lo justo para poder mirarlo.

—¿Ahora me estás dando la razón como a los locos? —se quejó.

La miró desconcertado unos segundos antes de sonreír.

—No —dijo al tiempo que negaba con la cabeza—. No voy a caer. Estás de broma y ya no cuela.

Ella se mantuvo seria e incluso se apartó por completo de él.

—No estoy bromeando. Me estás tratando como si necesitaras apaciguarme.

Un silencio tenso se instaló entre ambos y Jacob comenzó a sudar frío.

—Cariño, yo… —comenzó a escusarse, pero Alice estaba en el límite y no pudo mantener por más tiempo su expresión severa, así que se echó a reír de buena gana.

Morgan, que estaba cerca de ellos hablando con Gabriel, se acercó, miró entre ambos y, tras resoplar, se dirigió a Jacob, que seguía en silencio.

—Te ha vuelto a tomar el pelo —adivinó—. ¿Cuándo vas a darte cuenta de que se tira un farol?

Gabriel se unió a la conversación.

—Déjalo. No hay manera de que lo capte. Es malísimo jugando al póquer.

—No soy malo. Tengo mala suerte con las cartas.

—Claro que sí —se burló Gabriel.

—Bueno, ya sabes lo que dicen... —intervino Alice muy seria. Gabriel la miró sin entender, esperando a que siguiera—. Afortunado en el juego, desafortunado en amores. Supongo que en su caso es a la inversa.

La sonrisa de oreja a oreja de Jacob aceleró el pulso de Alice.

—Cariño, ¿me estás defendiendo? Te burlas de mí y ahora me defiendes.

—Que quede claro que soy la única que puede tomarte el pelo —zanjó muy seria.

Morgan se rio, Gabriel miró a ambos confundido por lo contento

que parecía su socio y el propio Jacob reaccionó tomando la mano de Alice y sacándola de la terraza.

—Nos vamos a casa —anunció—. La fiesta está genial, pero tenemos que irnos ahora.

Alice escuchó a Emily preguntarle a Morgan a dónde iban con tanta prisa, pero no oyó la respuesta de su amiga a su hermana, acallada por su propia risa.

Estaba contenta y era feliz porque el Rey de Corazones había pasado a ser solo el Rey de su Corazón.

Agradecimientos

Soy una persona afortunada y doy gracias cada día por tener la suerte de llevar catorce años en este mundo literario y contar con el cariño y el apoyo tanto de lectoras como de compañeras de oficio.

Por eso aprovecho este espacio y reitero mi sincero agradecimiento por todo el cariño que me dais y por estar siempre ahí, al otro lado de mis historias, compartiendo conmigo esos romances que tanto nos gustan y que espero que os sirvan para lo que los escribo: quitaros las penas del día a día y ofreceros ese hombro en el que relajaros y todas las sonrisas que os merecéis.

Así que, gracias a mis lectoras, a mis compañeras y un gracias enorme a mi familia y amigas que siempre están dispuestas a secundar todas las locuras que se me ocurren.

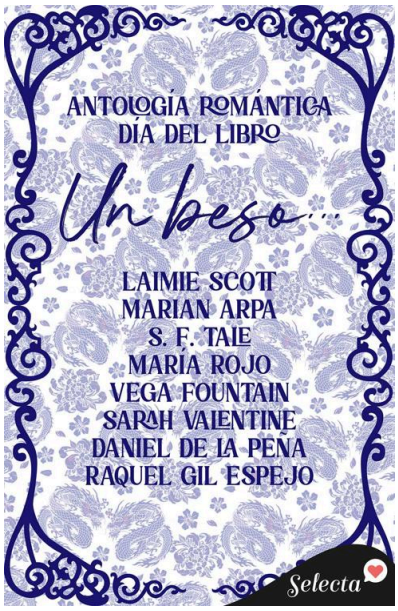
Gracias a las incondicionales: Aitana, Patri, Lorena, Daniela, Lauri, Ruth, Mª José, Marujeta… y también a las demás. De corazón, gracias a todas.

Si te ha gustado

Alice y el rey de corazones

puedes disfrutar de estas

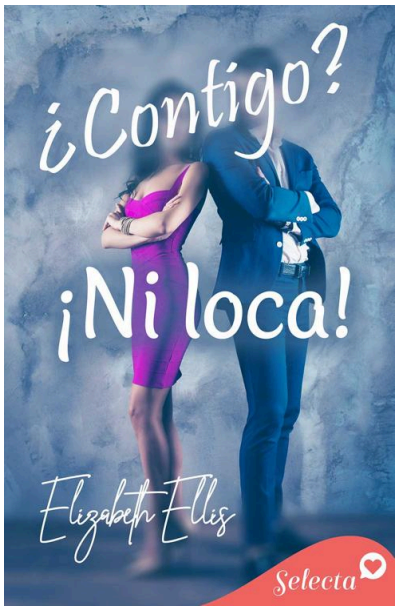


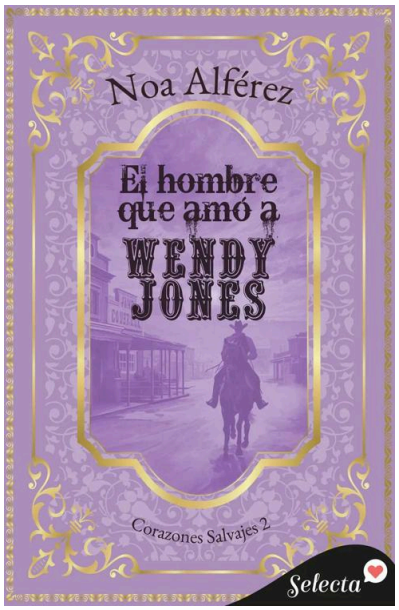


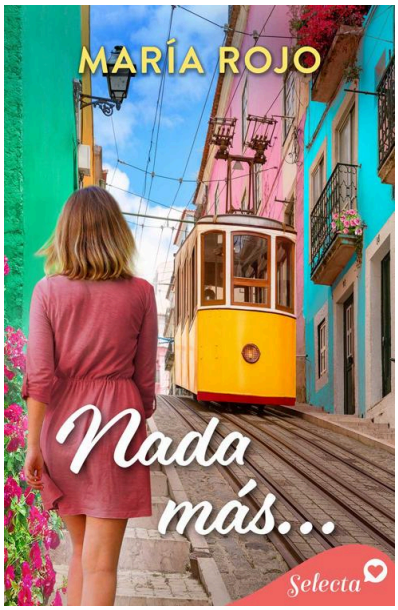

Sombras del ayer, promesas del mañana
ANA ÁLVAREZ
Selecta


JUEGO de CORAZONES ROTOS
Emmanuel Guerra
Selecta

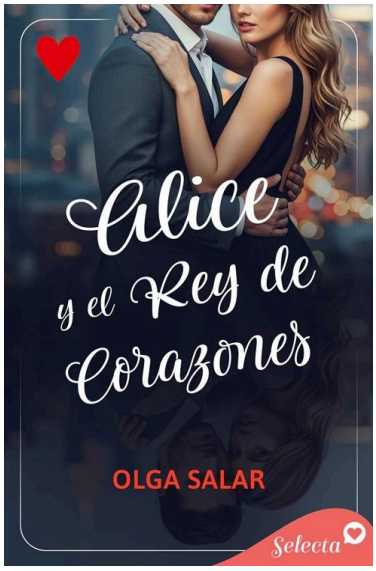

S.F. TALE
PRIMAVERA en Cold Spring
Selecta


¿Contigo?
¡Ni loca!
Elizabeth Ellis
Selecta


Noa Alférez
El hombre que amó a
WENDY JONES
Corazones Salvajes 2
Selecta


MARÍA ROJO
Nada más...
Selecta

En Wonderland, cada viernes se juega una partida de corazones.



Alice Rosewood dirige el departamento creativo de una agencia de publicidad en Manhattan. Brillante, independiente y con una imaginación desbordante, ha convertido los almuerzos de los viernes en el restaurante Wonderland en un ritual sagrado junto a su mejor amiga. Allí, entre risas y confidencias, hay un elemento fijo que **despierta su curiosidad: un hombre deslumbrante que siempre ocupa la misma mesa**… y siempre con una mujer distinta.

No importa el estilo, la edad ni la apariencia de sus acompañantes. Él parece moverse con idéntica seguridad y discreción junto a todas. Ese enigma, unido a su atractivo magnético, prende la chispa de la

obsesión en Alice. **¿Quién es? ¿A qué se dedica? ¿Son citas románticas o encuentros profesionales?**

El destino interviene con una serie de coincidencias que los empujan a cruzar algo más que miradas. Él aparece en el momento justo para evitar que Alice sufra varios percances, y esa cercanía inesperada abre la puerta a conversaciones cargadas de tensión y secretos. **Sin embargo, cuanto más se aproxima a él, más preguntas surgen.**

Mientras tanto, Alice lidia con el doloroso divorcio de su mejor amiga y con el aislamiento voluntario de su hermana, refugiada entre los estantes de la librería familiar. En medio de esas grietas afectivas, el llamado **«Rey de corazones» comienza a ocupar un espacio que ya no es simple curiosidad.**

Jacob guarda una verdad que nadie ha sabido adivinar. Una profesión que explica sus acompañantes y su férrea defensa de quienes han perdido casi todo en nombre del amor. Pero también arrastra una convicción difícil de romper: **la idea de que las historias románticas tienen fecha de caducidad**.

Alice, en cambio, siempre ha creído que algunas partidas no terminan en tablas.

A veces el mayor riesgo no es perder el corazón, sino no atreverse a jugarlo.

Olga Salar es licenciada en Filología Hispánica, ha escrito más de cincuenta novelas de género romántico, de corte histórico, contemporáneas y juveniles. Publica tanto vía editorial como a través de autopublicación. Es una autora apreciada en el ámbito de la novela romántica desde hace más de una década.



Edición en formato digital: abril de 2026

© 2026, Olga Salar
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87818-23-4

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Alice y el rey de corazones
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Olga Salar
Créditos